
JORGE BARADIT
LA CONSTITUYENTE
HISTORIA SECRETA
DE CHILE
SUDAMERICANA

Índice

A Paulina

Será mejor
la vida que vendrá.

SERGIO ORTEGA

PRÓLOGO

Algo de niños terribles vagando por el desierto tenemos. Cazuela cruda con el zapallo duro todavía Somos furiosos Nuestro primer escudo en nuestra primera bandera tenía un volcán y así somos: tímidos, calmos, callados pero de mecha corta; porque sufrimos con los terremotos y no nos gusta que se nos mueva el piso ya más, por favor. Maldadosos somos. Hijos pródigos dejando la escoba, desmemoriados y esperando volver donde la mama y el taita. Estamos amaneciendo. No es raro que la bandera de Carrera tuviese esos colores el azul del amanecer, el blanco del alba y el amarillo de la aurora, las etapas de la salida del sol. Nuestro primer diario se llamó *Aurora de Chile* Post Tenebras Lux nuestro primer lema; el lucero del amanecer en nuestra bandera, la misma de la wenufoye mapuche que ellos llaman wunyelfe El país del amanecer, el país donde aún no sale el sol El país donde estamos permanentemente esperando que salga el sol para entrar a las espléndidas ciudades, pero las espléndidas ciudades se nos resbalan de entre los dedos como la Ciudad de los Césares, que se nos aleja a medida que nos acercamos

Durante el proceso constituyente, el pueblo de Chile abrió las puertas y las ventanas y trajo delicadamente desde diferentes puntos del país a un selecto grupo de hermanos que llegaron con sus trajes, telas, plumas, piedras, metales, ruidos, tintineos y sonidos que salían desde su platería, sus bocas o sus empedrados. En el hemiciclo traje también a mis muertos y en mis discursos a mi abuelo Daniel Morales, obrero pampino en la oficina La Palma, a mi bisabuela Corsina Santos, aymara de Huara; a mi abuela Olga Morales, campesina de Casablanca; a mi bisabuelo Salvatore Squadrito

Porque descubrí que no podíamos escribir una constitución sin reconocernos, porque una constitución es un espejo de lo que somos o no es. Porque primero debíamos decir «aquí estamos todos y no falta nadie» antes de escribir la primera línea o sería la primera línea de una ficción inútil. Reconocer que la bandera y el himno son el cordel con que encordamos las culturas locales como perlas que enjoyan este largo collar que se recuesta tintineando contra la cordillera. Porque lo primero que debe hacer cualquier cuerpo humano o social es reconocerse tal cual es. La mentira, la máscara, el deber ser o la pantomima llevan al desastre, a la pérdida inútil de energía, a la disociación cuando, desde hace mucho tiempo, sabemos que una persona o un pueblo solo son felices cuando son quienes son, se reconocen y sienten orgullo de ser quienes son y no otra cosa, cuando se muestran como quieren, se expresan como quieren y se desparraman como desean por las laderas de su territorio, que también es su cuerpo. Porque eso es también un pueblo, una relación de amor con un paisaje junto al que han modelado sus formas, un romance indisoluble con las nubes y el rocío, la niebla y la gaviota, la nieve o la grava.

En la convención produjimos una utopía, se juntó el aymara con el Larraín Matte a hablarse un café; Lidia González, la artesana yagán, trabajaba en el mismo espacio que el ingeniero Fontaine Talavera; la profesora de Quillota con el latifundista de la Araucanía y durante un año fueron iguales, como se ve el país desde el espacio, plano y sin divisiones, con humanos que nacen y mueren entre fiestas religiosas, danzas y cantos a los espíritus. Porque eso somos: un vergel de culturas como flores, líquenes y musgo que surgen en la humedad de los vados de los ríos del norte y el sur, porque necesitamos agua o nos secamos. Somos vegetación que produce música y levanta sus santos y cruces al cielo con distintos nombres, no más.

No sé qué pasará con lo que hicimos, pero lo que quedó claro es que el mapuche no volverá a los bosques de la Araucanía, los quechua no regresarán a los altiplanos a perderse, ni los pescadores, las profesoras, los actores y escritores regresarán a la gaveta de la biblioteca donde los tenían archivados y catalogados. La cosa ahora será con todos o no será. Porque esto era bastante más desordenado y exuberante de lo que nadie pensaba desde el centro de Santiago. Chile no era solo Colchagua. La revolución de los diferentes donde al final nadie era igual y todos éramos lo mismo.

No sé qué va a pasar, pero el país no volverá a su corsé, faja y zapato chino; se miró al espejo, no se reconoció y se empelotó para bailar una mezcla de sahumerio, cueca brava y huayno sampleado en el laptop del futuro en medio de un huracán, porque los pueblos están vivos, y tampoco se trata de andarlos refrigerando en los museos. El proceso constituyente es el país mirándose a sí mismo, es más grande que un estallido, que una constitución o que un apruebo o un rechazo. Es algo inevitable que seguirá avanzando hacia la historia.

Cuando abres la propuesta de nueva constitución, adentro hay un espejo.

Ese será nuestro único triunfo.

JORGE BARADIT

Julio de 2022

Esa noche no pude dormir. Eran las seis de la mañana y figuraba mirando el techo de mi pieza incapaz de relajarme.

Yo nací en el hospital del Sermena en Valparaíso, crecí en la Villa América en la punta del cerro Esperanza, estudié en la D-255... Y ahora, ¿iba a participar en la escritura de la constitución de la República?

Imposible dormir.

Me imaginaba qué estarían pensando en sus casas los otros 154 convencionales electos. ¿Estarían nerviosos, como yo? Sabía que habían elegido a una señora yagán, que tuvo que viajar dos días en barco para llegar a Punta Arenas, dormir ahí y salir a primera hora en avión a Santiago, donde llegó después de cuatro horas de vuelo.

Recordé la conversación con un convencional electo de origen aymara, que debía bajar a Iquique tras horas de viaje por tierra.

Estaba nervioso porque la Lista del Pueblo, el colectivo de independientes que había obtenido una sorpresiva cantidad de convencionales, había dejado ver que, si no se liberaba a los presos de la revuelta de octubre, boicotearían el acto de inicio y quizá toda la actividad posterior.

Estaba ansioso La noche anterior me había reunido con Maya Fernández, nieta de Salvador Allende, para recibir en préstamo la pluma del expresidente, una forma de llevarlo conmigo a una instancia que sentíamos heredera de sus sueños.

Estaba nervioso porque soy un chileno que vivió casi toda su vida bajo esa nube fatua donde las cosas fallan cuando están a punto de lograrse; el penal de Caszely, el palo de Pinilla, mi abuela diciendo que la vida te cobra las alegrías, que no te rías en viernes porque llorarás en domingo, porque cada vez que el pueblo de Chile había logrado levantarse para construir algo mejor habían caído el rayo y la muerte.

¿Será verdad que ahora sí que sí?, pensaba y miraba el techo.

Las ideas más dementes se me cruzaban por la cabeza. Quizá Alexis Sánchez con ese penal definitivo en la Copa América había roto el maleficio de este pueblo acostumbrado a celebrar derrotas. Puras tonteras y excusas para convencerme de que todo iba a salir bien.

No era menor todo lo que habíamos vivido antes de llegar a ese momento, un estallido social sangriento que había costado treinta y cuatro muertos producto de disparos de civiles y militares, atropellos, asfixia y golpes. El último de ellos falleció en marzo de 2020, Cristián Valdebenito, luego de dos días de agonía y muerte cerebral producto del golpe de una bomba lacrimógena. Imagínate un tarro de duraznos que te golpea a 60 km/h en la cabeza. Ni hablar de las más de cuatrocientas personas con trauma ocular, según el Instituto Nacional de Derechos Humanos, las mujeres abusadas durante su detención, las golpizas que vimos televisadas en vivo y en directo, el horror del mundo frente a lo que un gobierno *democrático* podía hacerle a su propia gente. «Estamos en guerra frente a un enemigo poderoso», dijo el presidente y así se actuó, una vez más el estado en guerra contra su propio pueblo.

Pero el proceso constituyente no culminó ahí su larga caminata por el desierto. Una pandemia mundial se dejó caer sobre nuestro país desatando el pánico y la paranoia. Por primera vez en muchas décadas, la muerte volvía a ser algo que te podías contagiar a través del aire. Vi gente llorar por

oler humo de cigarro, pensando que junto a él venían montadas partículas virales que estaban matando gente como moscas. Las imágenes de largas filas de camiones sacando cadáveres desde Bérgamo, en Italia, fotos de morgues colapsadas en Nueva York, los cuerpos en bolsas de basuras en las calles de Guayaquil. ¿Cómo se podía pensar en una nueva constitución en ese contexto? ¿Sería esta pandemia el reemplazo de los Hawker Hunters?

Imposible que no se me viniera a la cabeza lo ocurrido en abril de 1957, cuando también un alza de transporte público provocó un estallido social que destruyó el centro de Santiago y corrió como reguero de pólvora por todo el país, terminando ahogado bajo una pandemia que se inició al mes siguiente —aunque usted no lo crea—, producto de un virus respiratorio venido desde Asia que provocó miles de muertos y cuarentenas masivas en todo Chile. Así de parecido.

Producto del COVID hubo que correr la fecha del plebiscito que aprobaría o rechazaría la redacción de una nueva constitución. Estábamos en cuarentena estricta, encerrados en nuestros búnkeres, paranoicos y lavando todo con mezclas de agua y cloro. Salí por última vez a la calle el 16 de marzo y no volví a ver las veredas sino hasta el 25 de octubre, siete meses después, el día definitivo del plebiscito *de entrada*. El gobierno, a través de Andrés Allamand, prometía que si rechazábamos ese plebiscito haría profundas reformas en la dirección de las demandas populares. La verdad es que, desde enero de 2020, cuando levantaron el eslogan de «rechazar para reformar», hasta octubre del mismo año, fecha del referéndum, no enviaron un solo proyecto de reforma al congreso.

Ganamos el plebiscito por una de las votaciones más amplias de nuestra historia. El 80 por ciento de los chilenos quería una nueva constitución. Lo celebramos como un campeonato mundial.

Casi nueve meses después, el 4 de julio de 2022, día de la instalación de

la convención, me levanté a las 7 y puse agua en el hervidor. Ya no tenía sentido seguir acostado. Toda mi familia dormía y la ciudad también, el teletrabajo dominaba y las calles continuaban vacías de tráfico. ¿Qué nos deparaba el futuro? Como escritor, sabía que estaba poniendo mi trabajo, mi credibilidad y todo mi capital profesional en la parrilla. Que era imposible que saliera igual a como había entrado, que era una apuesta donde me jugaba todo y tenía que apechugar, lo mismo que los otros 154.

En el sillón del living estaba la bolsa con el abrigo que me había regalado mi jefa de campaña. «Hay que hacer algo con tu pinta, Jorge. Te ves desastroso», había sido su evaluación de mi ropa y mi aspecto antes de hacerse cargo. En enero de 2021 me llevó a la rastra a una peluquería y a una tienda a comprarme camisas y pantalones porque «no puedes estar vestido como mamarracho y esperar que voten por ti», dijo. Y tenía razón.

El 16 de mayo, día de la elección de constituyentes, nos juntamos con colaboradores y amigos en el depa de la Paulina a comernos las uñas. *¿Por qué cresta me metí en esto*?, pensaba agarrándome la cabeza a dos manos. Los números y porcentajes bailaban en la televisión.

Hacia la noche ya no había cómo eludirlo, habíamos ganado y teníamos que celebrar, pero no podía. Me costó sentirme feliz, estaba aterrado frente a la magnitud de lo que se venía. Habíamos ganado, ¡era convencional constituyente! Mi familia estaba orgullosa. El cabro del cerro Esperanza, nieto de obrero y campesina iba a participar en la creación del futuro. Pero figuraba en un sillón, con las cañuelas temblando entre alegre, asustado, emocionado y dispuesto a dejar todo en la máquina de moler carne en la que me metería.

La taza de té humeaba y empañaba el vidrio de mi casa esa mañana de julio. Pleno invierno en un Santiago indiferente, porque el paisaje no se da por aludido en los días históricos.

«Es imposible que los poderosos de este país dejen que la constituyente funcione tranquilamente», me advertían los más viejos. «Van a hacer lo imposible para que fracase». «Todo el país los va a estar mirando», me dijo una señora en una de las decenas de ferias que visitamos durante la campaña, «todo depende de ustedes», insistía... y el peso de la historia me hundía en el asfalto.

Miraba mi departamento y me preguntaba si al cabo de un año seguiría todo igual, si lo lograríamos, si en efecto había llegado ese momento esperado por tanto tiempo.

Durante el estallido social, Patricio Guzmán me invitó a presentar su última producción, *La cordillera de los sueños*, en el Festival de documentales en Ámsterdam. La película muestra un país apaleado por sus dueños, perdido en sí mismo, desconcertado en el lugar inhóspito donde lo había arrojado la historia. Al final, en el filme, Patricio pide a las estrellas que su país vuelva a soñar con su infancia. Yo lloraba a mares en las butacas del teatro pensando que, a lo mejor, había llegado ese momento.

Me duché, me vestí, le di un beso a mi hijo y salí a la calle ese 4 de julio de 2021.

PRIMERA ETAPA

Instalación de la convención

Cuando anuncié que quería ser candidato a convencional, recibí llamadas de distintos grupos y partidos ofreciéndome un cupo. Estábamos borrachos de utopía y yo habría apostado mi mano derecha a que toda la izquierda iría junta en una sola lista, unidos porque *el pueblo unido jamás será vencido* y todo eso que nos quemaba la garganta. Todos los días a las 7 de la tarde abría la ventana y ponía parlantes tocando canciones de Quilapayún, Los Prisioneros, Víctor Jara, Mon Laferte, Alex Anwandter y, de hecho, en esos días demenciales post 18 de octubre llegué a cantar «El pueblo unido» arriba del escenario junto a Inti Illimani en el Teatro Nescafé de las Artes, una noche inolvidable en que leí un poema de Zurita y el propio Zurita se levantó entre el público a saludar y aplaudir la rebelión popular. Todos éramos hermanos y, por empatía histórica, acepté el cupo del partido de Salvador Allende para integrar la bancada socialista al interior de la convención. Luego resultó que no éramos tan hermanos con las otras izquierdas, fuimos en listas separadas y los cupos se pelearon con dientes y muelas.

Esa mañana helada del 4 de julio, los integrantes de este novísimo Colectivo Socialista, venidos desde diferentes puntos de Santiago y de Chile, nos reunimos bajo la estatua de Allende junto al palacio de La Moneda. Militantes de Osorno, Valdivia, Copiapó, La Serena y otros puntos nos congregamos con profunda emoción bajo la mirada detrás de esos lentes gruesos. Ahí estábamos, 50 años después. Le expliqué a alguien por dónde aparecieron los jets de combate y en qué dirección los rockets hicieron retumbar nuestra República y la partieron en mil pedazos. Sentía que estábamos continuando el legado ético del Chicho, que nos habíamos

levantado de entre los escombros y que éramos herederos de una promesa honorable. Sentí que estaba dispuesto a darlo todo por ayudar a abrir por fin las grandes alamedas. Mi cuerpo estaba lleno de electricidad como para iluminar el centro de la capital, pero no había casi nadie en las calles, el empedrado brillaba de frío, todos usábamos mascarillas y no hubo grandes multitudes. Solo diez periodistas, sus cámaras y algunos amigos que llegaron a abrazarnos. Aun así, tomamos un lienzo y caminamos por Teatinos hacia el excongreso cantando «Venceremos» a todo pulmón, porque mil cadenas había que romper. Atravesamos Agustinas, algunas pocas personas aplaudían y nosotros decíamos que de pie había que cantar porque el pueblo va a triunfar, y el corazón se nos salía por el pecho mientras recordábamos la última vez que esos himnos se escucharon en las calles, en tiempos en blanco y negro. Paseo Huérfanos y el control de carabineros en el perímetro de seguridad, el reportero de un canal de TV me pidió unas palabras, se emocionó y al cerrar la nota me abrazó y me deseó toda la suerte del mundo. El alma se me enroscaba por el espinazo, la ciudad era nuestra, éramos los mismos del cuadro «La Libertad guiando al pueblo» acercándonos por diferentes esquinas al edificio viejo y agrietado, cascarón de una República de otra época. Supongo que cada convencional que llegaba a esa nave espacial de mármol venía con un ánimo diferente y también, supongo, que todos pensábamos que el resto sentía y quería lo mismo que uno.

Error.

Algo muy importante que debemos saber para entender este proceso y el relato que les traigo en este libro, es que luego de un año conviviendo con la colección más diversa de personas de todos los colores, ideologías y orígenes, puedo decir que no existe algo así como la mala política. Lo que hay es la política a secas, una herramienta que no sé definir con exactitud,

pero que podría salir de la mezcla de dialogar, conversar, simular, negociar, bloquear y acordar. Es una serie de pasos similares al ajedrez donde juegas, omites, controlas tus gestos, te muestras y escondes para que nadie sepa lo que piensas, falseas y dices la verdad hasta que no se distingue la diferencia, buscas acuerdos con grupos para bloquear los acuerdos de otros grupos y luego te unes a un tercer grupo para conseguir lo que los otros dos no querían. Imposible ir con la carne viva o el corazón en la mano porque te comen vivo. Pero no porque hacer política sea malo, sino porque así es la condición humana. Y ese es el segundo punto.

No existe algo así como los malditos políticos de partidos y los santos independientes, menos pueblos originarios seres de luz llenos de sabiduría ancestral. Existen seres humanos haciendo política. Y en esta convención pude conocer a militantes de partido llenos de ética, personas honorables que me llevo en el corazón —como Mario Vargas, mi amigo de Osorno—, y a independientes enarbolando la bandera de la pureza capaces de traiciones y engaños sacados de la peor vieja política. Durante la votación del preámbulo de la constitución, en mayo de 2022, una independiente del colectivo de izquierda más rabiosamente antipartidos vio que su propuesta no alcanzaba los votos y no tuvo problema para transar con la ultraderecha, es decir, «yo voto a favor algunas de tus propuestas sobre Dios, la patria y el terrorismo, y tú votas a favor de mi frase que estos *traidores* no me quieren aprobar».

De todas maneras, que no se malentienda, salvo un grupo de convencionales que entraron con toda claridad a bloquear el proceso, la mayoría llegó buscando transformaciones para lo que cada uno pensaba que era un Chile mejor. Por eso repito: para entender los hechos ocurridos durante la convención es importante tener presente que no hubo grupos iluminados, personas más o menos dignas, diferencias entre la conducta de

militantes políticos, independientes, pueblos originarios, hombres, mujeres, jóvenes o viejos. Hubo luces y sombras, honestidad y falsedad, venganza, trabajo, heroísmo y miseria, indistintamente. La condición humana. Al final, la redacción de la nueva constitución y la política me recordaron la figura de la flor de loto en el budismo; una flor blanca y hermosa surgiendo del agua turbia que a veces puede ser la vida. Un proceso de inteligencia colectiva que depuró el interés individual de personas y grupos al interior de la convención para convertirlo en una bella expresión comunitaria.

Esa mañana fue una alucinante concentración de historia y energías diversas. Por un lado, los de corazón socialista hicimos un homenaje a Salvador Allende, los radicales iniciaron el día bajo el monumento a Pedro Aguirre Cerda, las feministas marcharon por la Alameda, los pueblos originarios hicieron una rogativa en el cerro Santa Lucía y otros partieron desde la plaza Yungay bajo el monumento al roto chileno. Todos esos símbolos y fuerzas convergieron en el mismo lugar. Estábamos citados a las 10 en el excongreso. Entré pajareando por la esquina de Catedral con Bandera y pegué un salto cuando tres carabineros se cuadraron para saludarme: «¡Buenos días, señor convencional!». Pajareaba porque entré pensando en que, en ese edificio, inaugurado en 1876, se había consolidado la guerra contra Perú y Bolivia, en esos muros habían retumbado las voces de Alessandri, Aníbal Pinto, Balmaceda. Frente al edificio, en la esquina de Bandera con Compañía, donde ahora están los tribunales, se había realizado la primera junta nacional de gobierno en 1810. En el jardín, donde ahora paseaba, habían fallecido más de dos mil personas, la mayoría mujeres, en una de las tragedias más atroces de nuestra historia, el incendio de la iglesia de la Compañía. Me fui a parar delante del monumento que lo recuerda y pensé en el dolor del país. Ese mismo edificio que se cerró con cadenas y

candados cuando una dictadura militar secuestró el territorio y nos dejó mudos, maniatados y prisioneros en nuestra propia patria.

Al interior del jardín todas eran caras de alegría o seriedad, dependiendo del sector. Nos entregaron una cajita con un sándwich, un jugo y un snack para aguantar la mañana. Un lindo sol de invierno y el cielo más azul que había visto en mucho tiempo nos prometían un día luminoso. La carpa de techo transparente que armaron frente a la entrada del Senado poco a poco comenzó a funcionar como un invernadero. Gente vestida de huaso, otros con sus atuendos mapuche, tocados rapa nui, con ternos y encorbatados, chaquetas de cuero, chamantos y colores. Gente blanca, morena, alta, baja, rubia, colorina y todas las combinaciones intermedias. Era cierto, la convención sería diversa, los hijos de los patrones y los hijos de los inquilinos, los nietos de los mineros y los nietos de los latifundistas. Por encima de todo, mitad hombres y mitad mujeres. *Este es el Chile de verdad*, pensé mientras me paseaba entre tanta persona distinta. «Nunca ha habido en la historia un órgano tan representativo como este», le comenté a alguien. Por ahí estaba Hernán Larraín, descendiente de presidentes de la República, millonarios, senadores, diputados, generales, ministros, dueños de forestales, de multitud de empresas productivas y financieras, emparentado con los Vial, los Zañartu, los Ossa, entre muchos; un poco más acá, Lidia González, artesana yagán de Puerto Williams, ambos con la misma voz y voto. Emocionante e increíble momento para el Chile feudal de siempre que tenía a la oligarquía desconcertada.

Tres filas de sillas por lado, enfrentadas. Al medio, una alfombra roja.

Todo me parecía sorprendente: ver a pocos metros de distancia a Jorge Arancibia, edecán de Pinochet, y a Hugo Gutiérrez, activo abogado contra la dictadura; a la machi Francisca Linconao, a Natividad Llanquileo, y un poco más allá al fiscal que persiguió y condenó a su hermano; a Arturo

Zúñiga, investigado por malversación de fondos fiscales y malos manejos durante la pandemia aún en curso; a Roberto Celedón, luchador eterno por los derechos humanos; César Valenzuela, mi compañero en el Colectivo Socialista, exdirigente pingüino en dupla famosa con Karina Delfino; también circulaban por ahí exestudiantes del proceso de 2011, como Giovanna Roa, y de 2019, la convencional más joven, Valentina Miranda. De lejos veía a la exministra de Sebastián Piñera, Marcela Cubillos, sentada junto a Arrau García-Huidobro, Ossandón Lira, Marinovic Vial, Larraín Matte, Jürgensen Caesar, Fontaine Talavera, entre otros. El país y su historia parecían haberse hecho presentes de manera concentrada y explosiva, diría alguien. Y un poco así fue.

La temperatura subía bajo la carpa transparente, la gente se sacaba los abrigos y comenzaban a sonar algunas sirenas a lo lejos. Nos preparábamos para el inicio de la ceremonia cuando se iniciaron movimientos inusuales. Algo ocurría, no teníamos muy claro qué, pero nos comenzamos a poner de pie inquietos. Las sirenas se acercaban. «¡No más represión!», gritó alguien y giré para mirar. Eran las 10.57 y desde el sector de la Lista del Pueblo comenzó el canto. «¡No más represión!», se sumaron los representantes de pueblos originarios, «¡no más represión!», gritaba puño en alto al menos un tercio de los participantes y nadie entendía mucho, hasta que Alejandra Pérez y Manuel Woldarsky exigieron a viva voz que la organización no comenzara la ceremonia hasta que no se detuviera la represión en los alrededores del excongreso.

Así nos enteramos de que un piquete de unas cincuenta personas había superado el perímetro de carabineros y se estaba enfrentando a un camión lanzaaguas a pocos metros de ahí. «¡Son nuestros familiares!», gritó alguien mientras los niños de una orquesta juvenil entraban tímidos a escena y se sentaban en los taburetes designados. Un convencional, mirando la

transmisión televisiva en su celular, nos mostraba a una gran cantidad de ciclistas girando en torno a plaza Dignidad, por esos días cercada por un muro absurdo de planchas de fierro protegiendo un monumento vacío. La estatua de Baquedano había sido retirada de madrugada por el Ejército algunos días atrás. El ruido de sirenas se acentuó y poco a poco el aire se llenó del inconfundible aroma a gas lacrimógeno. Nos pusimos de pie y todo comenzó lentamente a irse al carajo. No entendíamos mucho encerrados en ese jardín. La televisión mostraba manifestaciones violentas en Plaza de Armas, enfrentamientos en la Alameda y a un grupo que se enfrentaba usando las vallas de seguridad en la esquina misma del excongreso. Los ánimos se caldearon tanto como la temperatura bajo la carpa.

En ese momento un grupo de integrantes de la Lista del Pueblo salió al trote por los jardines en dirección a la calle a sumarse a las manifestaciones, a la cabeza de ellos el inconfundible Rodrigo Rojas Vade, el pelao Vade, hasta entonces figura casi sacra de la resistencia octubrista, un joven calvo y sin cejas, cruza entre héroe y mártir del estallido afectado por un supuesto cáncer que no le había impedido enfrentar a carabineros durante los trances más duros del estallido social de 2019.

Los gritos continuaban sumados ahora a trutrucas y cultrunes. Recibí el llamado de mi jefa de campaña quien me preguntó qué estaba pasando, pero le corté porque la organización estaba cometiendo el error de dar inicio a nuestro himno nacional mientras todo se derrumbaba. El grupo que exigía no más represión lo interpretó como una provocación, un intento de acallar su demanda, y los reclamos aumentaron. Los convencionales de la derecha sentían que estaban insultando el himno y se pusieron de pie para cantarlo a gritos, incluso sacaron una bandera. El pasillo central se llenó y comenzaron los empujones. Los pobres niños de la orquesta no entendían

nada y la cara de espanto frente a la situación era evidente. Pensé que todo se iba al garete cuando vi a Arturo Zúñiga con otros integrantes de la derecha gritar «Viva Chile» y un ceacheí a la cara de otros convencionales entre gritos e insultos.

«¡Paren la ceremonia!», gritó Elsa Labraña, convencional de la Lista del Pueblo, mientras se abría paso hacia la mesa donde Carmen Gloria Valladares, abogada del Tribunal Calificador de Elecciones, tomó el micrófono para hablar.

—En mi calidad de secretaria relatora del Tribunal Calificador de Elecciones... —inició Carmen Gloria, entre el bullicio.

—¡No queremos que sigan haciendo esto contra el pueblo! ¡Hasta cuándo se ríen de la gente! —le gritó Elsa Labraña.

—Hoy, 4 de julio... —intentó dar continuidad.

—¡Estamos aquí por estas personas! —gritó Elsa, golpeando repetidas veces la mesa que la separaba de la relatora con una pancarta con la foto de un joven—. ¡Por José Uribe, el primer muerto de la revuelta! —giró para mostrarnos la foto a quienes seguíamos en nuestros puestos.

—Señora, señora linda... —le dijo Carmen Gloria intentando calmarla, pero Elsa estaba fuera de sí—. ¡No los vamos a olvidar!

—Yo soy una funcionaria pública.

—No puedes seguir con esto —objetó Elsa, bajando el tono y mirándola fijamente.

—Yo soy una funcionaria técnica...

—NO SIGAS —amenazó, bajándose la mascarilla y marcando las palabras—. ¡Páralo! Podemos esperar una hora, un día, un año si querís. ¡Páralo!

En ese instante, temiendo algo peor, algunos convencionales nos acercamos a la mesa —entre otros, Patricia Politzer, Ricardo Montero, Jennifer Mella y yo— con el objetivo de calmar la situación y ofrecer

alguna salida. Otros salieron de la carpa para tratar de mediar en las afueras del excongreso.

—¿Qué pasa? —preguntó Carmen Gloria Valladares.

—¡Están nuestras familias afuera, los están golpeando! —volvió a gritar Elsa Labraña.

—Déjeme escuchar a los otros —solicitó la relatora, y fue entonces cuando Patricia Politzer y otros propusimos una pausa para que alguien saliera a mirar lo que estaba ocurriendo, porque nadie entendía nada.

A las 11:23 la relatora anunció un receso hasta el mediodía. Había rumores de que se estaría exigiendo el retiro de las fuerzas especiales de carabineros o la suspensión de la ceremonia. Fue la primera de muchas veces en que sentí una sensación de frustración, impotencia y fracaso a lo largo del proceso. Tenía la percepción cierta de que lidiábamos con un tipo de fuerzas profundas y antiguas. Un primer choque de mundos y urgencias descontroladas. Me pregunté si seríamos capaces de conducir ese torbellino de emociones, arterias de rabia y despojo, para sacarlas de la eterna pulsión autodestructiva nacional y volverlas luminosas y constructivas. Me pregunté también qué puede opinar sobre conducta quien ha vivido en los privilegios acerca de quien viene de la injusticia y la carencia. Estábamos en medio de un terremoto, una explosión volcánica, un potro saltando y lanzando patadas a ciegas. La tarea sería titánica: convertir esa energía de muerte y disociación en un camino de vida y futuro, que le hiciera sentido a la mayoría; procesar en un tiempo reducido siglos de divisiones, mundos paralelos, etnias y culturas distintas, resentimientos, muertes y facturas centenarias. Todas y todos en el primer acto de sanación nacional donde se diría todo, se expresaría todo y se conversaría todo por primera vez en nuestra historia. ¿Cómo pedir maneras?

Debimos haber entendido con mayor rapidez que no nos representábamos

solo a nosotros mismos sino a todo un país bastante más moderado y respetuoso de las instituciones. Que ya no estábamos en la calle donde todo vale; que ese espacio debía ser cuidado de mejor manera. No sería la primera vez que incurriéramos en errores de ese tipo; errores que soy incapaz de juzgar. Yo también guardo cuentas familiares antiguas y los perros en mi estómago ladran fuerte.

Por desgracia, un sector importante de convencionales no perdonó nada, disfrutó y amplificó esos errores. Desde ese primer día solo persiguió hundir el proceso usando todas las armas a su alcance.

Por fin, cuando se aseguró de que no había detenidos y que fuerzas especiales se habían retirado, todos fueron regresando a sus puestos, nos sentamos y Carmen Gloria Valladares logró generar un espacio para la solemnidad usando con destreza la voz y las pausas. Leyó uno por uno los nombres de los entonces 155 constituyentes. Damaris Abarca, la primera. Mi mamá se emocionó al escuchar el mío y ubicarme entre medio de todos en televisión. Nos íbamos poniendo de pie como quien saluda a la profesora, con el corazón latiendo a mil hasta que leyó el último, preguntó si estaban todos presentes, hizo un silencio ceremonioso y declaró:

—En consecuencia, en este acto solemne, invito a las señoras y señores convencionales constituyentes electos a ponerse de pie, para recibir la investidura que el país les ha entregado de convencionales constituyentes.

Nos pusimos de pie, sonaron los abrigos, los trajes, las parkas, los chamantos, se alzaron algunas banderas y hubo silencio en todo el país, o al menos eso nos pareció. Mi jefa de equipo se puso a llorar. Mi familia en Valparaíso también.

—Tras haberse aprobado, en el plebiscito nacional del 25 de octubre de 2020, que la nueva carta fundamental de Chile debe ser redactada por una convención constitucional solo por ciudadanos electos por votación popular

y convocado el pueblo electoral a elegirlos en los comicios de 15 y 16 de mayo de 2021, con el objeto de investirlos en el cargo, les formulo la siguiente pregunta...

Carmen Gloria, haciendo gala de un sentido del drama perfecto, hizo un nuevo silencio y nos recorrió con la mirada.

—¿Aceptan asumir y ejercer el cargo de convencional constituyente, para redactar y aprobar una propuesta de texto de nueva constitución para Chile, cargo para el cual fueron declarados electos y declaradas electas en sentencia, proclamados y proclamadas conforme al acta del tribunal calificador de elecciones ya referida? ¿Aceptan?

El jardín del excongreso retumbó con una respuesta múltiple, desordenada, pero potente. Aplaudimos espontáneamente. El corazón se me salió del pecho y, como siempre en estas ocasiones, me reí de alegría, de emoción a toda boca, aplaudiendo y buscando a alguien para abrazar.

Hoy el momento se ve lejano, pero en esos días llenos de espíritu por supuesto que estaban conmigo mis abuelas, mis bisabuelos, mis padres, veía a mi abuelo Daniel Morales aplaudiendo allá atrás de un árbol, a mi abuela Olga Farías sentada en uno de los bancos del jardín con su estola de piel, única pieza de lujo que ostentaba en momentos como estos; a mi bisabuelo albañil apoyado en un pilar, a mi mamá siempre orgullosa de su hijo, y a mi propio hijo, no entendiendo nada, pero feliz de ver a su papá en un momento clave de nuestra historia. Y como siempre también en estas ocasiones, se me cayeron lagrimones. Los patipelaos, los profesores, pescadores, artesanas, dueños de casa, médicos, enfermeras, actores y escritores estábamos tomando el país por el volante —sentía yo— y por primera vez en la historia tendríamos la posibilidad de dirigirnos a un nuevo destino, bueno para todas y todos, ya nunca más solo para algunos. Lo hacíamos de manera desordenada, popular, no institucional ni protocolar, un

terreno inexplorado que iríamos cartografiando a medida que avanzábamos Si alguna vez sentí una forma de alegría asociada a lo político, nada se comparaba con este momento único, peligroso y real, que podía tocarse No era un sueño, ¡íbamos a escribir una nueva constitución! Cuánta gente me había comentado durante mi vida, mirando hacia el suelo, «tengo miedo de morirme con la constitución de Pinochet» y ahí estábamos, sin poder creerlo

Después de almorzar cualquier cosa, vino el segundo momento importante del día votar por quién sería presidente o presidenta El mismo día de la elección de convencionales, dos meses atrás, había opinado en televisión que quien dirigiera la convención debía reunir las características centrales del estallido: ser mujer, de origen popular, de pueblo originario y de alguna de las regiones Ese día mi corazón   y el de muchos   estaba con Elisa Loncón, de modo que a las 15.19, cuando Elisa alcanzó los 78 votos necesarios en la segunda rueda de votaciones, explotamos de alegría

La derecha no podía creer todo lo que estaba pasando. No solo eran minoría, ahora tenían que ver a Elisa Loncón con la machi Francisca Linconao atravesando la alfombra roja en dirección a la mesa para asumir la presidencia del proceso transformador más importante de nuestra historia Los rostros desencajados de esos hombres y mujeres, de los que con posterioridad escucharíamos los mensajes más racistas y despectivos, no podían creer que esas patipelás, las que les atendían las guaguas en sus fundos, las que vendían hortalizas en las veredas y trabajaban en sus plantíos desde tiempos inmemoriales, iban a convertirse en sus autoridades, en quienes dirigirían el proceso del que participaban Vi a uno, joven de la zona de la Araucanía, de apellido francés, tomarse la cara sin convencerse.

¡*Feley, mari mari pu lamgnen, mari mari kom pu che*!   iniciaba su discurso histórico en mapuzungún la *lamngen* Elisa.

Fue alabada por muchos, pero también despreciada en redes sociales. El racismo de la peor calaña no se hizo esperar. Pero nosotros la escuchábamos perplejos y llenos de emoción.

Elisa Loncón es doctora en literatura de la PUC (Chile), doctora en humanidades de la Universidad de Leiden (Holanda), magíster en lingüística de la UNAM (México), fue considerada por la *BBC* y la revista *Time* una de las mujeres más influyentes del mundo. Hija de madre hortalicera y padre artesano, debía caminar ocho kilómetros diarios en micro o a pie para ir a la escuela. La hermana de seis en un hogar pobre asumía ahora una responsabilidad histórica en cargos vedados para su origen y condición.

—Un saludo grande al pueblo de Chile desde el norte hasta la Patagonia, desde el lafken, el mar, hasta la cordillera; en las islas, a todo el pueblo de Chile que nos está viendo y escuchando —comenzó diciendo entre los aplausos emocionados de la mayoría de quienes estábamos ahí, conscientes de estar presenciando un momento único de nuestra historia.

—... por un Chile que no atente contra los derechos de las mujeres, los derechos de las cuidadoras, en un Chile que cuide a la Madre Tierra, en un Chile que limpie las aguas, en un Chile libre de toda dominación. Un saludo especial a los *lamngen* mapuche del Wallmapu, este es un sueño de nuestros antepasados, este sueño hoy se hace realidad.

Presencié, como nunca antes, la transformación de una persona en la encarnación de *algo*, de pronto no era solo Elisa sino un ícono que reunía dolores y memorias, un tótem humano, la metamorfosis en un símbolo de múltiples luchas, demandas, memorias y vacíos, con un traje que tintineaba y emitía colores de todo tipo. Ella comprendió esa situación y asumió la dignidad de su investidura de inmediato. Habían pasado cinco minutos y ya nadie entendía la convención si no era con Elisa Loncón a la cabeza. Más

que una presidenta, una especie de oficiante Sin duda, había algo de sacro en su asunción, una especie de pieza definitiva que hacía encajar todo aquello por lo que habíamos entrado a la convención

—... debe ser un proceso participativo y transparente, que puedan vernos desde el último rincón de nuestro territorio y oírnos en nuestras lenguas originarias que han estado postergadas durante todo lo que ha sido el Estado nación chileno Por los derechos de nuestras naciones originarias, por los derechos de las regiones, por los derechos de la Madre Tierra, por el derecho al agua, por los derechos de las mujeres y por los derechos de nuestros niños y niñas —Elisa también saludó con emoción a su madre, quien seguía viviendo en la comunidad de Lefweluan, cerca de Traiguén, y que lamentablemente falleció solo un mes después de que asumiera el cargo

El momento desagradable de esa tarde fue cuando Renato Garín, muy molesto por haber obtenido solo dos votos en sus aspiraciones a la presidencia de la convención, se acercó a increpar a diferentes convencionales de los que esperaba apoyo Se enfrascó en una discusión con Agustín Squella. Me acerqué con la intención de calmarlo, pero se dio vuelta y se fue a sentar solo, unos metros más allá Me senté a su lado para decirle que no fuera tan vehemente, que lo tomara con más tranquilidad, siempre pensando en que podría conversar con él Pero se giró con el rostro deformado por la rabia.

¿Qué tenía que hacer para que votaras por mí, ah? me dijo con el volumen de voz un poco más alto de lo aceptable. Siguió insistiendo fuera de sí ¿Quién te crees para compararte conmigo? ¡Soy profesor de la Universidad de Chile! ¡Quién eres tú! ¡Mis libros están en la biblioteca de la universidad, los tuyos andan por ahí tirados en la cuneta! gritó, insultó y entendí que era el momento de parar e irme. Después de ese día se

transformó en un fantasma en la convención. Dejó de lado el traje y la corbata, y circuló cubierto con un polerón con capucha durante algunos días para luego dejar de asistir, diría que durante meses, siempre conectado por zoom, hablando poco. Un personaje que buscó espacio en todos los sectores, incluso entre la Coordinadora Plurinacional, de izquierda más radical. Uno de los personajes extraños del proceso.

Las votaciones de Elisa Loncón para presidenta permitieron ver los primeros movimientos de los grupos políticos para asociarse, generar bloques y crear mayorías que pudieran influir.

La derecha se cerró sobre sí misma y no salió de ahí. Su candidato era Harry Jürgensen.

Independientes no Neutrales hizo lo mismo. Su candidata era Patricia Politzer.

El PC, en cambio, se asoció a los independientes de la Lista del Pueblo más algunos integrantes de Pueblos Originarios (PP.OO.), de izquierda. Su candidata era Isabel Godoy.

El cuarto grupo fue el conformado por Frente Amplio (FA), Colectivo Socialista (CS), parte del grupo Movimientos Sociales (MOSO) y algunos integrantes de PP.OO. Su candidata era Elisa Loncón.

El Colectivo del Apruebo, la exconcertación, perdido, votó en diferentes direcciones.

La fractura estaba en el pacto Apruebo Dignidad. El PC abandonaba a su socio, el Frente Amplio, para aliarse con los independientes de izquierda y crear un bloque más grande. El FA, en cambio, se abría hacia la centroizquierda para aliarse con el Colectivo Socialista y coquetear con INN. Las siguientes votaciones mostraban que el tablero estaba claramente compuesto por tres grupos: la derecha, la centroizquierda y la izquierda.

Ello quedaría aún más claro en la elección de vicepresidente, donde las candidaturas representaban claramente a esos tres grupos: Pollyana Rivera (derecha, Partido Republicano), Jaime Bassa (centroizquierda, FA) y Rodrigo Rojas Vade (izquierda, Lista del Pueblo). Sí, el pelao Vade estuvo cerca de ser vicepresidente de la convención. Su fracaso fue equivalente a esquivar un iceberg sin verlo. El ganador, Jaime Bassa, también tuvo la seriedad, el profesionalismo, la presencia y el soporte técnico —abogado constitucionalista de vasta trayectoria— que la mesa necesitaba. Teníamos pareja constituyente que durante seis meses le dio la altura y la dignidad que el cargo requería.

Otra mujer que brilló esa jornada fue la abogada Carmen Gloria Valladares. La dignidad de su apostura, el control sobre la situación caótica que debió enfrentar y la seriedad que transmitió durante todo el proceso fue el eje que evitó que todo se desbocara. Si hubo un cable a tierra que impidió que el volantín se fuera cortado, fue ella. Cuando se retiró de la mesa se llevó una merecida ovación de pie. La convención la recuerda hasta el día de hoy; representa el profesionalismo, la dignidad y la seriedad de los funcionarios públicos que tanto detestan los sectores amantes de «lo privado».

Antes de terminar la sesión, Elisa Loncón hizo el primer gesto político potente de la historia de la convención, lo que ningún gobierno había hecho: pidió un minuto de silencio por las víctimas de los quinientos años desde la Conquista sangrienta del Imperio español, por las mujeres muertas por femicidio, por los asesinados en dictadura, por las víctimas del estallido social y por las muertes en el Wallmapu durante la ocupación del Estado de Chile. Nos pusimos de pie y sentimos que estábamos haciendo aquello que el Estado chileno debió haber hecho mucho tiempo atrás, pero que debido a trabas políticas, temores y resquemores de grupos de poder demasiado

influyentes nunca se había realizado. Nos sentimos orgullosos de saldar de inmediato una deuda con las víctimas de tanta opresión a lo largo de nuestra corta historia como país.

Ya era tarde noche, o quizá no tan tarde, pero sentíamos que la jornada había durado varios días, las emociones eran demasiadas.

—Cerramos la sesión de hoy —dijo Elisa con su voz dulce de mujer fuerte y salimos de ahí cansados pero felices, de vuelta a nuestras casas de siempre, los convencionales de regiones a sus hoteles. A mí me retumbaban las palabras de Jaime Bassa cuando dijo «esto es un camino popular» hacia la nueva constitución. En ese momento no me quedaba tan claro a qué se refería. Hoy, con el proceso a cuestas y metido en los huesos, lo tengo más claro: era el pueblo de Chile, desordenado, diverso, belicoso, ruidoso a veces, el que se debatiría consigo mismo para parir la forma de obtener una nueva constitución, a veces siguiendo los senderos trazados, a veces zigzagueante, cometiendo errores en la búsqueda de un camino que se iba haciendo a medida que avanzábamos. Desde los palcos, muchos no lo entendían y como entrenadores de tablón criticaban nuestro avance por una selva desconocida para la que no había mapa alguno. «Debieron haber hecho esto, debieron haber hecho lo otro», pero jamás adelantándose. Todas las instituciones funcionan sobre reglas ya construidas en un juego que todos conocen; esto se trataba de crear un deporte nuevo para el que no había reglas ni antecedentes. Nos equivocamos muchas veces, tropezamos y no se nos perdonó nada. Al día siguiente, para mucha gente ya éramos parte de la clase política despreciable, estábamos ahí para enriquecernos, flojos que buscábamos poder. Muchos ya no distinguían entre los diputados, los convencionales o los senadores; éramos lo mismo, el «poder», aquellos que vivíamos de sus impuestos. Desde la calle me gritaron «¡Baradit, zángano, trabaja que para eso te pago!», a una semana de comenzar. El aterrizaje fue

duro, pero no habíamos entrado para recibir halagos, así que había que ponerse duro también y muy rápido.

Esa noche en mi casa la cabeza iba de la alegría a una especie de alerta producto de la más pura ingenuidad... o estupidez, si se quiere. Al estar dentro de un colectivo asociado a un partido político, el socialista, de inmediato vi marcarse la diferencia entre quienes tenían cultura de militancia y quienes no, entre quienes tenían aspiraciones de poder. Los últimos se reconocieron y se organizaron rápidamente. Eran personas que habían trabajado en los recovecos del Estado en subsecretarías, ministerios o algún pequeño cargo previo, conocían los tejemanejes del servicio público y los muñequeos políticos de pasillo. Comenzaron un sutil proceso de aislamiento del resto de nosotros y a tener discusiones y negociaciones propias que desconocíamos. Al inicio insistieron en tener candidato propio a la presidencia, mi posición era que debía ser una presidenta independiente, porque era lo mejor para la convención, pero ellos insistían que representaban a «un partido con historia que podía aspirar legítimamente al poder». Ahí me di cuenta de que integraba una especie de facción que no buscaría lo mejor para la convención y el país solamente, sino lo mejor para ellos. Cuando pregunté para qué querían el poder, la respuesta fue vaga; cuando consulté por qué querían el poder, tampoco hubo respuesta satisfactoria. Con las semanas me di cuenta de que el poder era una pulsión para ellos, una obviedad que no se cuestiona, era una carrera que había que ganar sin saber muy bien para qué o por qué, simplemente había que posicionar gente en esos puestos porque de eso se trataba esto, ¿o no?

Durante las semanas anteriores a la elección de presidenta y vicepresidente, mi posición al interior del colectivo era que la mesa debía estar integrada por Loncón y Bassa. Elisa era el punto de convergencia de

todas las demandas y me gustaba definirla como «inevitable». Y Bassa, porque siempre me pareció que el espíritu de la constituyente pasaba por el Frente Amplio, no por nosotros. Ellos tenían cuatro abogados constitucionalistas de primerísima línea, entre ellos uno de los padres del proceso, Fernando Atria, más Christian Viera, Amaya Álvez y Jaime Bassa, había una ex candidata a la presidencia de la República, Beatriz Sánchez; tiraron lo mejor que tenían. En cambio, a nosotros nos dirigían dos operadores políticos y un partido al que poco le importó si salíamos electos o no, al menos así lo confesaban incluso algunos militantes de relevancia.

La derecha quería obstaculizar, la Lista del Pueblo quería mantener viva la revuelta, Movimientos Sociales quería instalar sus objetivos específicos, los escaños de Pueblos Originarios querían tierras y reconocimiento, Independientes No Neutrales nunca llegó a ser algo definido y se debatieron buscando una identidad política que jamás llegó, el Colectivo Socialista quería control y el Frente Amplio quería escribir una nueva constitución. Mientras estuve en el CS, nunca vi un líder con visión constitucional de futuro y Estado que la permeara a sus compañeros, menos uno con reales ganas de construir un colectivo participativo donde todos colaboráramos con auténtico espíritu de grupo. Ni siquiera entre los asesores, permeados por las mismas prácticas. Ellos eran más bien entrenadores de boxeo buscando que su muchacho le ganara al resto, muy competitivos, cerrados a la posibilidad de compartir información que pudiese darle ventaja a otro compañero del mismo colectivo.

Dejo fuera a algunos, por supuesto, en particular a Simón González y a Santiago Correa, tremendos cabros.

Tampoco pude asistir a las conversaciones sobre la elección de presidenta ni me enteré de su desarrollo; pedí ser incluido, no me gustaba la idea de ser solamente un voto en las decisiones que tomásemos a la luz de lo que los

chiquillos, como empecé a llamar al grupo que había capturado el poder al interior del CS, nos trajeran. Al menos, ser invitado para aprender. En fin, había algo antiguo en la manera en que se movían que me incomodaba. Mi salida del Colectivo Socialista comenzó prácticamente a la semana de instalada la convención. Aunque al inicio fue solo una inquietud, la sensación nunca dejó de crecer en mi interior. Claramente no pertenecía a esa cultura. El problema era mío y me demoré en resolverlo.

El día siguiente a la ceremonia de instalación tampoco fue fácil. Llegamos a las 15 al excongreso, como habíamos sido citados, y para nuestra sorpresa el comienzo de la sesión se dilataba sin explicación alguna. Pasaban los minutos. Por protocolo COVID nos separaron en cuatro salas, me enteré de que me había tocado en el hemiciclo, pero ahí nada funcionaba, ni los micrófonos, menos las pantallas, no había manera de comunicarse entre las salas y la señal de internet colapsaba. Al cabo de un rato comenzó a dibujarse una situación vergonzosa. Logré grabar en video a gente ingresando pantallas y computadores, que entregué a la prensa. La verdad se supo muy entrada la tarde: el gobierno de Sebastián Piñera había tenido nueve meses para preparar las instalaciones y dejar operativo el edificio del excongreso, pero no había condiciones mínimas para trabajar. Nada funcionaba, faltaban pantallas, conexiones, señales de internet, cámaras, no había sistema de votaciones habilitado, softwares de coordinación. La infraestructura para que el excongreso pudiese considerarse un lugar de trabajo simplemente no existía, ni siquiera papeleros o un lugar donde comer. Los equipos de los convencionales no tenían permitido el acceso al edificio, de hecho, no les llegó su sueldo en algunos casos sino hasta cuatro meses después de iniciado el proceso. Ese lunes comenzó una larga pelea para conseguir que la labor de constituyente se desarrollara en condiciones dignas. Por desgracia, cada vez que exigíamos lo mínimo, muchos de

nuestros compatriotas, cansados seguramente de los privilegios de la clase política, nos decían cosas como «hay gente que entra a trabajar a las 6 y en peores condiciones».

El diario *La Segunda* se convirtió en la policía de la convención y no perdió oportunidad de hacer ver cualquier solicitud para mejorar la calidad de las instalaciones como una exigencia desmedida. La bancada de la derecha comenzó a decir que, además, buscábamos subirnos unilateralmente el sueldo, que queríamos aumentar las asignaciones, que buscábamos aprovecharnos de nuestro cargo y la sociedad estaba tan cansada que les creyó. Es importante decir hoy, que ya está todo en el recuerdo, que jamás se subió un solo peso el monto que se nos asignó, que hasta el último día no tuvimos un lugar digno donde almorzar, que jamás contamos con un lugar para guardar archivos, computadores o material de estudio; que los equipos de trabajo de los convencionales laboraron en condiciones paupérrimas, hacinados en salas diminutas en plena pandemia, muertos de frío en invierno. Que lo único que conseguimos en un año de trabajo fue que nos instalaran tres máquinas expendedoras de alimentos, café y ocho mesones de camping en el patio. ¿Nos importó? No, pero quienes digan que tuvimos las condiciones mínimas decentes para trabajar en algo tan relevante están mintiendo.

El segundo día nos juntamos en el Palacio Pereira, un precioso edificio neoclásico restaurado con mucho gusto y sentido artístico conectado a un edificio de oficinas bastante malas en muchos sentidos —pésima acústica que hacía incómodas las reuniones telemáticas, con tan poca privacidad que podías escuchar perfectamente las reuniones de otros grupos políticos en la sala de al lado, condiciones técnicas mediocres y mal soporte—. Por esos días se discutía cómo debía ser esta primera etapa marcada por la elaboración de un reglamento que tenía que indicar todo, desde cómo pedir

la palabra, cuánto tiempo se podía ceder, con qué criterios, qué orden; hasta el plazo y condiciones para recibir los temas a deliberar. Había que crear un organismo desde cero. Nadie sabía cómo. Circulaban muchas ideas, pero certezas pocas. Algunos decían que nos podíamos demorar más de cuatro meses, otros que Bolivia se había demorado siete en tener su reglamento, la derecha postulaba que bastaba un mes y que éramos unos flojos que perdíamos el tiempo en estupideces. La primera verdad a resolver era que solo dos personas dirigiendo toda la convención era un imposible, de manera que decidimos ampliar la mesa. La razón, que no se hizo pública, era que considerábamos como parte de la estabilidad del proceso tener a un representante de cada colectivo político en la mesa directiva. La manera de elegirlos era con las firmas de 35 convencionales. Algunos grupos quisieron subir el número a 40 para que la derecha, que tenía solo 37 integrantes, quedara fuera. Pero nos negamos. Era importante que ellos también estuvieran en las decisiones para poder responsabilizarlos a todos.

Esta propuesta se votó el miércoles en el salón de honor del senado. Después de aprobarla chocamos por primera vez de frente con las maniobras de los escaños de pueblos originarios. Vimos avanzar solemnemente por el pasillo central a una comitiva de pueblos originarios con sus vestimentas tradicionales en dirección a la testera. Conversaron brevemente con Elisa Loncón y Jaime Bassa, y volvieron con la misma solemnidad a sus asientos. A continuación ocurrió algo inesperado. Loncón y Bassa nos anunciaron que se votaría que la mesa fuera integrada además por dos escaños reservados para pueblos indígenas. Todos nos miramos sin entender mucho. ¿De dónde había salido esa solicitud? ¿Por qué tendríamos que votar algo que ni siquiera se había discutido? ¿Podría cualquiera solicitar cualquier cosa y la mesa autorizaría a votarla? El punto es que en esos primeros días estábamos sumergidos en la utopía, idealizando muchas

causas y personajes, creyendo que todos veníamos a construir juntos un texto donde no habría egoísmos ni aprovechamientos sectoriales.

La verdad era otra. En la convención no todos luchaban por una gran idea de país, estaba lleno de grupos que habían ingresado a pelear por causas específicas, por reivindicaciones particulares y algunos, los menos, incluso para defender cuestiones increíblemente pequeñas. Pero era otro el espíritu esos días y cuando la mesa pidió votar la ampliación a dos escaños indígenas, nos miramos y poco a poco empezamos a levantar la mano aprobando, no muy convencidos, todos con cara de «nos están metiendo un gol». El peso moral de la causa indígena nos dobló. Las alertas se encendieron, las cosas no serían como pensábamos.

Cometimos el error de verlos como un pueblo, cuando en realidad eran personas como nosotros que cometían los mismos errores. Al inicio los veíamos con cierta reverencia: eran los pueblos oprimidos y diezmados, los conectados con fuerzas de la naturaleza, seres míticos rodeados de un aura digna de reverencia. Nos costó darnos cuenta de que se llamaban Félix Galleguillos, Lidia González o Luis Jiménez y que se parecían a nuestras tías y abuelas. ¿Ser de pueblo originario te provee de una altura moral superior? No, esa altura moral la puede ostentar el pueblo en tanto comunidad, pero no el individuo que terminó siendo igual de buena onda o mala onda que cualquiera; mejores o peores de formas diferentes. No especiales, sino diferentes y con derecho a existir culturalmente en esa diferencia por el solo hecho de existir y con ello enriquecer al mundo. Un aspecto destacable es que a diferencia de la cultura cristiano occidental, que sitúa lo espiritual en otro plano y tiene una disposición de dominio sobre la tierra, los pueblos originarios americanos sitúan la espiritualidad en la naturaleza y, más que dominarla, funcionan en coordinación con ella. Esto nos da luces acerca de cómo comportarnos en tiempos donde el

medioambiente necesita con urgencia un pacto distinto con los seres humanos. Ahí, los pueblos originarios se convierten en un tesoro social que puede dotarnos de una manera diferente de vivir y relacionarnos con el todo.

Ese día 6 de julio en la noche, recién a dos días del inicio de la convención y como si no tuviéramos ningún problema, Elsa Labraña —sí, la misma del primer día se sentó en los sillones del programa *Mentiras verdaderas* y soltó que el himno nacional que ella había contribuido a interrumpir «genera mucha división en el país» y frente a la incredulidad de los asistentes agregó: «Es la constitución la que vamos a cambiar. Capaz que a alguien se le ocurra hacer un himno nuevo, por qué no, u otra bandera. Estamos en un proceso de refundación del país». En ese momento, al menos yo sentí que al país le había explotado el colon como si se hubiera tragado una granada de mano. Elsa, de un plumazo, había hecho bajar otra vez varios puntos de apoyo al proceso, regalándole a la derecha dos o tres cartas que utilizó hasta el cansancio durante el año completo. Me quería morir

Durante los siguientes meses pudimos ver a otros grupos de activistas empujando causas específicas sin considerar necesariamente el país en su dimensión integral. A muchos de ellos no se les movió un músculo cuando perdimos, en una primera votación, la aprobación del artículo clave de esta constitución, el Estado social y democrático de derecho, pero sin embargo lloraron cuando se aprobaron los derechos de los animales Costó mucho lidiar en particular con los ecoambientalistas. Cuando el pleno les rechazó casi todo su primer informe, en la conferencia de prensa no hicieron un mea culpa, en cambio dijeron que su error había estado en no haber explicado mejor sus posturas, es decir éramos nosotros quienes no les habíamos entendido. Una conocida activista medioambiental de renombre científico

me dijo en un almuerzo en Tocopilla que había que ser puntudo y avasallador para instalar tus verdades, porque «no todo el mundo entiende». Muchas veces nos encontramos con activistas que te decían a la cara que era importante hacerle ver a la gente *lo correcto*. Costó que entendieran que una convención no se trata de mi verdad tratando de ganarle a la tuya, sino de un acuerdo entre muchas verdades para llegar a un consenso colectivo que puede no gustarte, pero que es la media entre todos. Aún hoy pienso que algunos de ellos siguen tristes por no haber impuesto «la verdad». En particular la de un pequeño grupo que a veces mezcla cuestiones científicas con una mixtura de visiones espirituales de orden místico y seudocientífico, que a veces cuesta tomar en serio y le quita algo de legitimidad a sus posturas.

El fenómeno del activismo es muy de nuestro tiempo y a veces tiene que ver más con la búsqueda de la propia identidad y el individualismo que con la solidaridad. La gente más joven, que busca superar el neoliberalismo, está brutalmente permeada por él. Los activismos de nuestro tiempo, muchas veces, más que ser una expresión de la búsqueda de una mejor sociedad, pueden perfectamente operar como una extensión de la personalidad, del interés propio, de esa microcausa que defiendo como expresión de mi identidad y mis objetivos específicos. Regularmente estas causas no incluyen a las personas comunes, a sus propios vecinos; sino son la defensa de algo distinto, notorio, sexy y abstracto. A veces, el activismo es un regreso a lo tribal, donde los *otros* están equivocados y no ven el mensaje mesiánico que los activistas traen para salvar a la humanidad; los *otros* son tontos, hay que instruirlos, están equivocados. ¿Para qué incorporarse a causas añejas y masivas como la justicia social para trabajadores y trabajadoras, si puedes unirte a una causa chic? No tengo nada en contra de la gente que defiende el derecho a existir de algún animal

exótico al borde de la extinción, el compromiso siempre es algo admirable, pero a veces cuesta ver el panorama más amplio desde esa perspectiva. Rechazar toda explotación del litio, porque daña los salares, quizá es un extremo complejo al menos para mí, considerando que es un recurso que le puede significar enormes beneficios al desarrollo y cuidado de nuestra sociedad.

Otro problema de algunos activistas fue la presión que ejercieron sobre ellos los movimientos a los que pertenecían. Las agrupaciones de activistas furiosos que estaban detrás pasaron en muchos casos de ser la plataforma que los impulsó a la elección a ser el grupo de comisarios que vigilaban su comportamiento, grupos de presión que muchas veces los empujaron a rechazar el diálogo e insistir majaderamente en materias que no tenían consenso en el pleno. Los vi estresados y presionados, entendiendo que lo que a veces estaban planteando eran cuestiones sin sentido, pero que si no hacían sus bases los quemarían vivos en la plaza pública del activismo comprometido.

Por desgracia, algunos integrantes de pueblos originarios muchas veces se comportaron de esa manera. Uno sentía que no estaban votando por el bien del país, sino por los intereses de su grupo, como cualquier otro activista. Como dijo el gran y admirable Adolfo Millabur, convencional con escaño reservado, el 12 de mayo de 2022: «Cuando entramos a la convención, los chilenos romantizaron a los pueblos originarios», y agregó: «nosotros comenzamos a mostrar la hilacha, también».

¿Dañó esto el resultado de la convención? No, porque los activismos se diluían cuando llegaban al pleno, ahí operaba la increíble diversidad de la constituyente y no hubo ninguna norma descabellada que instalara ninguno de esos delirios particulares entre los artículos de la constitución. Al final, los activismos y causas específicas ayudaban a instalar temas nuevos, a

darnos a conocer perspectivas diferentes y fueron un gran alimento a la diversidad de la discusión. Pero de que tensionaron innecesariamente el ambiente, generaron discusiones bizantinas y produjeron desgaste, sin duda. Por supuesto que tampoco fueron todos, rescato entre varios a Fernando Salinas, por ejemplo, un comprometido con su causa ecológica, pero alguien con quien podías conversar, discrepar y llegar a acuerdos sin problema. Un grande.

Todos pensábamos diferente al inicio, todos nos pasamos de rosca por esos días. Yo quería aprender a «hacer política», así que me ofrecí para ser representante del Colectivo Socialista en la elaboración de la carta de apoyo a los presos de la revuelta —algo que fue muy mal visto por la opinión pública, que quería vernos preocupados de la constitución y no de cuestiones que al país le parecían anexas—; fuimos dos por colectivo. Entramos al hemiciclo y algunos ya traíamos algo de la redacción preparada. A mi lado se sentaron cuatro personas y abrimos nuestros laptops en un archivo online común, nos repartimos los temas y todos escribíamos una parte de la carta en el mismo archivo. De pronto, llegó una asesora de escaños reservados para decir que nos iban a enviar la parte donde también incluíamos a los presos del Wallmapu, desde 1990 hasta hoy. Ahí quedé helado. No era ese el acuerdo. «No te preocupes, si es cosa de que nos llegue el mensaje y lo pegamos al final», me dijeron. Hice un comentario en el sentido opuesto y casi automáticamente las personas al lado mío, independientes, de movimientos sociales y de la Lista del Pueblo se miraron, cerraron sus computadores y se fueron a sentar a otro lado. Me quedé solo, no entendiendo qué había pasado. Me acerqué haciéndome el tonto y me senté al lado de ellas de nuevo. Seguimos escribiendo sentados uno al lado de los otros hasta que diez minutos después me di cuenta de algo lamentable: habían abierto otro archivo, lo habían compartido solo

entre ellas y me habían dejado fuera sin avisarme, es decir, llevaba trabajando diez minutos en un archivo muerto, sin saberlo. Fue un aterrizaje forzoso frente *la nueva forma de hacer política* Me enteré tarde, cuando alguien dijo «está listo» y ya había sido enviado a la mesa sin consultar a varios de los que estábamos ahí

¿Hermandad? Las pelotas.

Por esos mismos días comenzó la primera de las estrategias de desprestigio contra la convención. La mesa solicitó la ampliación del presupuesto y los discursos de la bancada de derecha de nuevo acusaron que nos queríamos subir el sueldo. La noticia se amplificó por radio, diarios y televisión, recibimos insultos y mensajes de odio por redes sociales. Por supuesto, era falso, la ampliación de presupuesto se solicitó a raíz de la escandalosa falta de recursos con los que contaba la convención y los contratos previos que había realizado el gobierno sin ningún criterio. Por ejemplo, se le habían entregado quinientos millones de pesos a la empresa de seguridad de un excarabinero y ex guardia presidencial de Pinochet para proteger los pasillos de la convención; el mismo dinero destinado a todo el proceso de participación popular que debía abarcar Chile completo, incluidas zonas rurales y australes. Se publicó que habíamos aprobado subirnos las asignaciones, sin explicar que se las habíamos aumentado a los convencionales de zonas extremas y a escaños reservados que, en algunos casos, debían representar a tres regiones del país; asignaciones que se deben justificar boleta en mano y que tenían usos exclusivos relacionados con nuestro trabajo, no con nuestro sueldo, que seguía igual. Pero estuvieron un mes hablando del tema hasta que muchos, por supuesto, se convencieron de que nos habíamos regalado plata. Durante el mismo período presentó su renuncia el encargado de gobierno de la convención y fue reemplazado por

Catalina Parot, quien a su vez renunció al cargo solo un mes después. Los discursos en el hemiciclo hervían de odio: Teresa Marinovic increpó a Elisa Loncón por su ascendencia indígena acusando alguna forma de privilegio, luego subió al estrado para acusarla directamente y Bassa cruzó por detrás para detenerla. El viernes las manifestaciones en plaza Dignidad mantuvieron su intensidad. Ruggero Cozzi, de Renovación Nacional, fue acosado al salir del edificio y recibió algunas patadas. A la semana siguiente, Luciano Silva, también de RN, acusó rayados amenazantes en su casa y cuando salí a hablar con la prensa, muy ofuscado por el contexto, la violencia del gobierno y la historia de opresión que nos había tocado vivir... metí las patas.

Un periodista me consultó por lo ocurrido con los convencionales de derecha y dije: «Me parece conveniente que ellos ahora también sufran un poquito lo que los chilenos hemos sufrido desde el estallido social: persecución, violencia y represión en las calles».

Mal.

Fui portada de *La Segunda*, me llovieron las críticas y las amenazas. Tenían razón, como escritor e independiente puedo decir lo que se me plazca, incluso que me parezca conveniente que una persona de derecha tenga una pizca de experiencia con el miedo, porque pucha que les falta empatía con aquello. Viví un año con ellos y puedo decir que así como hubo integrantes de la bancada de derecha capaces de ponerse en los zapatos del otro, hubo un grupo no menor sin ningún respeto por nada, ni los muertos, ni los desaparecidos, ni las masacres indígenas o de trabajadores, ni el dolor de una enorme parte de los chilenos en nuestra historia reciente. Pero era constituyente, miembro además de un sector que estaba bajo la lupa de unos medios que se te tiraban al cuello por lo primero que pudiese oler a

polémica. Además, ni Luciano ni Ruggero tenían ninguna responsabilidad histórica.

Al día siguiente, en el pleno, pedí la palabra y le extendí mis disculpas a ambos y también a la mesa por los problemas que le pude haber traído a la convención. Luciano cruzó el hemiciclo para darme la mano y me quedé ahí, comiéndome la vergüenza.

Al día siguiente, Manuel Woldarsky y Alejandra Pérez fueron detenidos en una manifestación a favor de los presos políticos de la revuelta, y tuvimos que parar la sesión para revisar el caso.

En la misma semana Loreto Vidal y Elisa Giustinianovich renuncian a la Lista del Pueblo por diferencias con la dureza de sus planteamientos.

Y solo había pasado poco más de una semana.

Parecía que cada día había eventos que la prensa podía utilizar para golpear el proceso, con o sin nuestra ayuda. Además, fue un primer mes donde teníamos todos los ojos escrutando cada paso, exigiendo resultados. Ya había comenzado la segunda etapa de la estrategia de asedio: «Gastan plata y todavía no han escrito una sola palabra de la constitución», argumento falso, distribuido por los propios convencionales de derecha, que sabían que había un cronograma que indicaba que primero debíamos escribir un reglamento antes de hablar siquiera del texto constitucional. Bastaba que la tía Pikachu se pusiera su traje para que fuera fotografía y plana completa en *El Mercurio* y se nos tildara de «circo»; bastó que Elsa Labraña sugiriera muy de costado que todo se podría conversar en la constituyente, incluso los emblemas, para que fuera portada bajo la frase «Quieren cambiar la bandera» y una larga serie de *fake news* que se repitieron durante meses.

Félix Galleguillos bromeó cantando «pluri Chile es tu cielo azulado...» y se cayó el mundo. Dijeron que queríamos cambiar el lema, eliminar la

bandera nacional y reemplazarla por la mapuche o bien que pondríamos las banderas indígenas al mismo nivel de la nacional. La campaña parlamentaria de Ena von Baer lo aprovechó en su propaganda, sabiendo que era falso. Incluso bien avanzada la constituyente, en mayo de 2022, a raíz de una discusión sobre el preámbulo y el 18 de septiembre, circuló la noticia de que queríamos eliminar las Fiestas Patrias. Todas informaciones falsas que circularon y generaron rechazo durante meses, sin tener NINGÚN asidero en discusión alguna que hayamos tenido.

Era como tener a los medios en permanente funa con los 155, día y noche. A algunos la presión les pasó la cuenta, hubo tratamientos de contención, ansiedad, idas al psiquiatra y terapias. La mayoría de los convencionales nunca había participado en política ni había tenido exposición pública; estar de pronto bajo el foco y la lupa en un ring de boxeo a nivel nacional fue una brutalidad pura.

¿Hubo inexperiencia nuestra? Sin duda.

¿Mala leche y tergiversación? Por supuesto.

¿Dimos material? Un montón.

El trabajo fue intenso y demoledor desde el día uno. Pero además, la gente nos exigía que nos comportáramos como lo que no éramos: funcionarios del congreso con trajes azules o de dos piezas, circunspectos y oscuros. Cuando el grupo era una tormenta de colores, edades y temperamentos. Benito Baranda, afable y conversador; Nico Núñez, incapaz de quedarse sentado y disparando cuatro tallas por segundo; Malucha Pinto repartiendo amor y olor a incienso; el histrionismo de Nacho Achurra o los colores de Alejandra Pérez. No, no éramos lo que el chileno más conservador seguramente esperaba y de eso se colgaron muchas veces los diarios. ¿Qué es lo que puedo decir de este heterogéneo ramillete de compatriotas? Que

me sorprendieron con sus diferentes capacidades, profesoras con habilidades jurídicas, artistas con un despliegue y capacidad de cerrar acuerdos como el mejor político de carrera, periodistas que manejaban el trabajo constituyente como el mejor abogado, etcétera. Mujeres y hombres extraordinarios que se dejaron el cuero día y noche estudiando, trabajando hasta el agotamiento. En los momentos más duros nuestro día podía comenzar a las 7.30 y terminar a la medianoche, de lunes a lunes. Además, nos autoimpusimos una semana territorial que significaba que una vez al mes debíamos sostener cabildos, reuniones, asambleas o encuentros diarios con los votantes para informarles de lo que estaba ocurriendo. Mi equipo agregó un programa semanal transmitido por streaming para informar a la manera de un noticiario, «La Bitácora Constituyente». Era importante mantener informada a la gente de lo que hacíamos. Levantamos un canal de YouTube donde subimos cada intervención en el pleno, en terreno y en medios; un canal de spotify con audios, canales de redes sociales, página web, correo y página de Facebook para las actividades en streaming.

SEGUNDA ETAPA

Creación del reglamento y cronograma del trabajo

Habría dos etapas. La primera, en curso, de producción de reglamentos, y la segunda, de producción de la constitución. En la primera etapa, ocho comisiones le darían a la convención una estructura administrativa y operativa para generar una constitución. Fue como crear las áreas de una empresa: comisión de reglamento, que generaría las reglas del juego. Comisión de ética, que generaría criterios éticos de funcionamiento. Comisión de presupuesto, para crear una manera de administrar los recursos. Una comisión de comunicaciones, para diseñar una manera de hablar con el país. Una comisión de descentralización, para enfrentar el tremendo desafío de convertir a la convención en una organización no santiaguina, que sentara las bases para la construcción de Chile como Estado regional. Una comisión de consulta indígena, que se encargaría de implementar una consulta a las comunidades de pueblos originarios, con el objeto de conocer sus demandas y necesidades específicas. Por último, una comisión de participación popular.

Esa última comisión era una de las razones por las cuales había entrado a la convención.

Ingresé buscando el empoderamiento popular, que permitiera que la gente también gobierne, que sea capaz de revocarle el mandato a una autoridad inepta, que pueda colocar proyectos de ley de su interés en el congreso, que pueda convocar a referéndum y mandatar un resultado. Es un lugar común decir que el estallido social ocurrió, en parte, por la carencia de herramientas de expresión y decisión de las personas; como no había mecanismos para cambiar las cosas y las autoridades no escuchaban los

gritos desesperados de la población exigiendo cambios, hubo una catarsis donde salimos a quemarlo todo.

«Es una crisis de representatividad», nos dijeron todos los analistas. «Las personas ya no se sienten representadas por las autoridades y organismos que eligen», señalaban mostrando gráficos de la casi nula credibilidad del gobierno, el congreso y los tribunales.

Sí y no.

Es un error hablar solo de crisis de representatividad, porque hubo muchos momentos de nuestra historia donde el problema se resolvió eligiendo a otras autoridades no desprestigiadas, creando partidos nuevos o simplemente optando por mesías autoritarios. Pero no es esta la situación actual, es más bien la emergencia de la autorrepresentación. Pasamos de ser representados por partidos y políticos profesionales, a querer representarnos nosotros mismos. Algo muy diferente.

La gente quiere hablar por sí misma. Cada uno sabe mejor que nadie dónde le aprieta el zapato. Nadie más que la mujer sabe lo que esta sociedad le debe. Nadie más que el discapacitado sabe lo que le cuesta transitar por la ciudad. Nadie mejor que el trabajador sabe lo que significa esperar una hora a temperaturas gélidas o calores insoportables el bus para regresar a su casa. Nadie mejor que los LGBTIQ+ saben lo que son esas marcas en la espalda, ni nadie mejor que un integrante de pueblo indígena sabe lo que significa vivir en una sociedad racista. Los protagonistas quieren liderar sus propias causas y nuestro deber era dar herramientas para ello.

No queremos que democracia signifique ir a marcar una raya cada cuatro años y que una élite ajena esté siempre decidiendo por nosotras y nosotros. Por eso peleamos para incluir mecanismos de democracia directa en la constitución, para estar permanentemente opinando, siendo escuchados y decidiendo. Eso es democracia. No lo que había en la Constitución del 80,

que convirtió a nuestro país en un juego entre la clase política y el poder económico, decidiendo y sonriendo mientras diecisiete millones de personas mirábamos desde las graderías amordazados y maniatados, sin poder intervenir en el show que se desplegaba ante nuestros ojos. Por eso estallamos, por eso no queremos volver ahí. Por eso incorporamos herramientas como iniciativa popular de ley, iniciativa popular constitucional y referéndums comunales, para cambiar las leyes, la constitución y la vida en nuestros barrios desde abajo, desde nosotros. Por eso peleamos para instalar la revocatoria de mandato, que por desgracia no prosperó; para expulsar de su cargo a las autoridades que tuercen la voluntad popular.

La sociedad de la representación está agonizando. Pero no va a ser suficiente entregar herramientas; se requiere de una educación en la deliberación y el diálogo desde la educación básica y en la familia. La mejor educación cívica es la organización y el diálogo en respeto mutuo, eso es educación para la democracia. El estallido social no solo ocurrió porque no teníamos boca, sino porque tampoco teníamos palabra política. Fuimos despojados de una educación en política. El estallido mismo fue una explosión emocional y se demoró en tener una expresión verbal organizada, quizás aún no la tiene del todo. Soy de los que creen que aún no entendemos por completo lo que ocurrió el 18 de octubre de 2019, la cantidad de energías que se detonaron ese día y quizá nunca lleguemos a entenderlo a cabalidad. Pero seguimos buscando hacernos cargo de algo que creemos entender, llevándolo hacia lugares que quizá no sean los correctos. Seguimos en la lógica representativa del «ya escuchamos, ahora nos encargamos nosotros», pero el proceso constituyente no se agota con la nueva constitución, continúa allá afuera y se expresará a gotas o a inundaciones siempre a través de la gente y su expresión.

Hay que enseñar a debatir, deliberar, dialogar, escuchar y organizarse en la cordialidad y el respeto mutuo o esas ganas de autorrepresentarse pueden convertirse en extensiones del individualismo, como lo decíamos antes. Debemos ayudar a parir el mensaje que yace debajo de la rabia, las piezas del rompecabezas que continúa oculto debajo de una emoción que todavía no logramos verbalizar o la malinterpretamos. Lo digo por la gran cantidad de mensajes, frases en la calle, audiencias en la convención e iniciativas de norma que fueron cambiando mi posición y mis propuestas cuando ya estaba dentro del proceso. Los insumos que trajimos producto de nuestra participación en asambleas y cabildos fueron enriquecidos durante las semanas territoriales donde un pueblo —encantado, crítico y propositivo con el proceso— intervino con fuerza.

¿Qué produjo ese cambio en las personas? ¿Qué cambió entre el trabajador masa que llenaba la Alameda en 1960 pidiéndole al candidato que hablara por él, hasta la señora que me quitó el micrófono en plaza Guatemala y me dijo que era yo el que la tenía que escuchar a ella y no al revés?

Hay una gran responsabilidad de parte de los avances tecnológicos en telecomunicaciones. La transparencia forzada a la que fueron sometidos los grandes poderes, iglesias, partidos, empresas, gobiernos, que les destruyó la credibilidad al exhibir sus miserias a través de wikileaks, los correos de Snowden a principios de los 2000 o las filtraciones anónimas de miles de personas sobre cualquier tema, capaces de saltarse los cercos informativos y correr como regueros de pólvora por redes sociales. A través de esas mismas vías la gente pudo conectarse y descubrir con mucha facilidad que había otros iguales a ellos, peleando por lo mismo. Conectarse, dialogar y armar grupos fue más fácil que nunca. Unirse y emitir una proclama fue cosa de todos los días hasta que, de pronto, teníamos a millones de personas

conectadas, agrupadas, compartiendo sus realidades y decidiéndose a caminar en una misma dirección: luchar por aquello que les apretaba el corazón. Dejaron de necesitar intermediarios. Fueron capaces de conectarse, de informarse y de actuar sin su mediación.

No es crisis de representatividad: lo que ahora visualizamos es la capacidad de autorrepresentarse de las tribus, los micronichos y los grupos con necesidades particulares que deben articularse, orgánicamente, con políticos ejecutivos de visión integradora. Porque no podemos perder de vista que la participación política no puede ser un conjunto de grupos empujando hacia su interés, sino de algún modo también preocupados del total.

¿Alguien tiene alguna duda de que el mundo será digital e interconectado a niveles de consciencia impensables hoy?

¿Alguien tiene duda de que la política operará en ese mundo inevitable de manera cada vez más directa?

Hoy, por ejemplo, existe un proyecto de inteligencia digital que revisa tu comportamiento, aprende de ti y tus decisiones hasta emular tus criterios y, eventualmente, desarrollar una personalidad similar a la tuya, que estaría permanentemente tomando decisiones políticas en tu nombre frente al municipio, el congreso o la junta de padres, sin necesidad de tu asistencia.

Necesitaremos una conversación profunda sobre soberanía popular si queremos que la nueva constitución dure más de veinte años.

Mi mayor preocupación fue trabajar para que los mecanismos de participación popular que ofreceríamos a la población funcionaran. De esa manera probaríamos que el pueblo de Chile estaba preparado para participar.

Pero ¡horror! Después de redactar los mecanismos de participación constituyente —iniciativa popular de norma, cabildos y consultas que

debían iniciarse en noviembre—, me bajó la desesperación porque era evidente que necesitaríamos desarrollar una plataforma digital para albergar todas esas herramientas. Como la comisión de participación permanente iba a iniciar su trabajo en octubre, entré en pánico porque en un mes no íbamos a alcanzar a hacer nada. Me comuniqué con el profesor Claudio Gutiérrez, académico de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile, que había presentado una audiencia previa, y con Mauricio Marín, académico del departamento de Ingeniería informática de la USACH, para armar un equipo de trabajo «fantasma» que desarrollara una plataforma mientras esperábamos que la comisión se formalizara. Convocamos además a miembros de organizaciones de la sociedad civil, interesadas en participación popular. A Carolina Gómez Raby, del Observatorio Nueva Constitución, a Carolina Pérez, de Democracia Viva, al abogado constitucionalista Tomás Jordán, a Vicente Martínez de Constitu+yo, a la abogada Pamela Figueroa de la red de politólogas, pero también integrante del proceso constituyente 2015 de Michelle Bachelet. Ellos fueron, entre otras personas, quienes entregaron su tiempo libre ad honorem en las tardes hasta que nos echaban del palacio Pereira.

No teníamos pizarra así que escribíamos con plumones en los vidrios o en la mesa de trabajo, hicimos diagramas a lápiz y discutimos sobre softwares disponibles o nuevos códigos para diseñar. Fueron reuniones increíbles donde todos sentíamos la urgencia, la sensación de estar frente a una ola gigante, pero con la certeza de estar dibujando el futuro. Uno de los principales problemas que íbamos a tener lo puso en la mesa Pamela Figueroa, dada su experiencia en el proceso Bachelet: en aquella oportunidad, la información, las actas y comentarios que recibieron desde los cabildos demoró seis meses en ser procesada para convertirse en datos útiles. Nosotros no teníamos seis meses, así que recordé la apuesta de

Stafford Beer en Cybersin de 1972: la información se procesaba en el origen y se enviaba a un computador central que solo producía los datos y gráficos. De esta manera, definimos que serían las mismas asambleas las que procesarían su propia información con una pauta única emanada desde la comisión, los integrantes debían validarla y luego enviarla a la plataforma digital, donde sería convertida en datos para los constituyentes. Fue un proceso largo al que se integraron UCAMPUS de la Universidad Católica y académicos especializados en arquitectura de datos y ciberseguridad. Luego de un período de intenso trabajo, cuando estuvo conformada la comisión, entregamos una plataforma digital operativa, que pudo cumplir los objetivos y recibir a más de un millón de personas en su primera etapa. Por supuesto tuvimos a la derecha respirándonos en la nuca. Se sorprendieron de que tuviésemos tanto trabajo adelantado cuando hicimos entrega del proyecto a la mesa. Pedían participar en las reuniones y declararon a la prensa que les causaba extrañeza que no hubiera costos asociados. «Yo entendía que a nosotros como comisión (no a Jorge Baradit) nos correspondía entregar los términos de referencia del producto que queríamos, porque debía ser pagado con platas públicas. ¿Quién va a cobrar lo que se está haciendo y bajo qué norma?», declararon miembros de derecha de la comisión, incapaces de entender que académicos y técnicos estuviesen trabajando gratis solo por apoyar el proceso. Después tuvieron sospechas sobre el mal uso que pudiésemos darle a la base de datos que se generaría. Constanza Hube dijo en una intervención en el pleno: «Baradit se quiere llevar la plataforma digital para la casa». Pura mala fe. De modo que solicitamos a UCAMPUS que cuando entregaran los datos de la participación de las personas fueran anonimizados, es decir, que nadie pudiese asociar ninguna votación a un nombre y carné de identidad. ¿Se imaginan que se

filtrara el nombre de alguien apoyando una propuesta de aborto que trabajara para una empresa conservadora?

La convención no fue solo los 155 constituyentes originales, como demuestra el caso de la plataforma digital. Todos, desde los técnicos que operaban las pantallas, las señales y los softwares de votación, los secretarios en comisión de servicio —encabezados por el mítico *don* John Smok—, los expertos que se plegaron a cada aspecto del trabajo de manera voluntaria, hasta los equipos de trabajo de cada convencional, abogados, sociólogos, periodistas, antropólogos, ingenieros, pelaron el ajo día y noche de maneras heroicas para sacar adelante el proceso. El plazo no daba para todo lo que había que hacer en un año. Pensábamos en pedir una prórroga, y aparecía el fantasma de la derecha diciendo que lo hacíamos para seguir percibiendo el sueldo; la única forma fue doblando las fuerzas, olvidándose de todo, poniendo en riesgo relaciones personales —hubo quiebres efectivos—, las fuerzas y la salud. No fuimos héroes, sino civiles dándolo todo para cumplir ni más ni menos que con su deber, a patadas, golpes y a veces con llantos de rabia, permanentemente acosados, calumniados y amenazados. Porque hubo amenazas de golpizas y muerte a diferentes convencionales. Personalmente tengo una causa en la fiscalía oriente. Manuela Royo interpuso otra por violencia y amenazas en su contra. Hubo manifestaciones de ultraderecha afuera de la convención en las que fuimos agredidos en múltiples ocasiones, ahí estuvo Marco Barraza violentado, la machi Francisca y Elisa Loncón agredidas verbalmente; me tocó ser rodeado por un grupo que me gritaba con un megáfono en el oído, me empujaban y amenazaban con golpearme. «¿Querís que te corte, querís que te corte?», me decía un tipo bailando enfrente de mí, haciendo el gesto de acuchillarme con la mano. Luego, cuando comenzamos las votaciones de

los artículos, grupos disconformes con los resultados esperaban afuera del excongreso a los convencionales para funarlos a medida que salían. Los integrantes del Colectivo Socialista quizá fueron los más abucheados, su postura conservadora en conflicto con lo que se supone debiese ser un socialista los llevó a ser acusados de traidores a gritos en el hemiciclo y otras veces en la calle. Tanto así que a la salida trasera de la convención, aquella pequeña puerta de fierro forjado que da a Morandé, comenzamos a llamarla «la salida socialista», porque por ahí evacuaban para evitar las funas.

El trabajo de esos meses iniciales no fue fácil. Se hizo evidente que los convencionales de derecha no renunciarían a su labor paralela de demolición de la credibilidad de la convención y de la mesa directiva. El asedio a Elisa Loncón fue grosero: se la trató de discriminadora, de privilegiada, de ignorante e incluso de racista en los discursos y declaraciones en televisión. En las intervenciones ante el pleno, se turnaban para interpelarla. La vinculaban a los grupos armados de la Araucanía cada vez que podían. «¿Cree o no en el Estado de derecho o tenemos que defendernos a balazos?», le gritaba Teresa Marinovic en el hemiciclo. Días después de las acusaciones de racismo llegaron a la convención regalando «Negritas», porque le iban a cambiar el nombre a «Chokitas». En un evidente gesto de hostigamiento, la bancada de derecha, hasta ese momento un bloque único de 37 convencionales, decidió instalar en la Comisión de Derechos Humanos nada menos que al almirante Jorge Arancibia, miembro activo de la dictadura militar del que recordábamos su frase dicha en televisión: «Pescar un fusil, subir a un cerro y matar comunistas». Por supuesto, consiguieron lo que buscaban: una nueva polémica, gente que se sintió agredida con su presencia, reclamos de vuelta y más ruido en prensa. Cristóbal Andrade se puso su traje de dinosaurio para tomarse fotos con la

tía Pikachu, ambos de la Lista del Pueblo, en horario de almuerzo, y la bancada del rechazo de inmediato levantó el hashtag #HagamosLaPega y #circoconstituyente. Simultáneamente, la bancada realizó puntos de prensa denunciando una situación de abandono de deberes inexistente.

Se explicó mil veces que por aforo COVID no se iba a permitir la entrada sino a ochenta personas al hemiciclo, lo que significaba dejar fuera a los setenta y cinco convencionales restantes, sus asesores, guardias y por supuesto periodistas; pero la derecha hizo un escándalo y salió a decir que no había libertad de prensa y que la mesa establecía un manto de censura... cuando las sesiones se transmitían por cámara, íntegras. Carol Bown y Ruth Hurtado quisieron vincular a Manuela Royo, coordinadora de la Comisión de Derechos Humanos, a la Coordinadora Arauco Malleco (CAM); luego se sumó Teresa Marinovic para acosar a la machi Francisca Linconao hasta que hubo que denunciarlas por violencia y discriminación racial, haciendo imposible la convivencia en las sesiones.

La comisión de ética no lo pasó mejor. Arturo Zúñiga exigió que se suspendiera una sesión porque no se habrían cumplido las 24 horas reglamentarias para enviar la citación... sino solo 22. Marcos Barraza lo acusó de querer bloquear el trabajo y Zúñiga le respondió en el pleno con un tono muy agresivo: «Lo que usted hace, señor Barraza, es un acto de mala fe. Es una pequeñez política, una mezquindad, un acto de poca cosa. Pero no me extraña, porque usted es comunista y lo único que usted quiere es empobrecer a la ciudadanía y acá lo que está haciendo es llenarse los bolsillos de plata con las asignaciones». A la semana siguiente, los diputados de Chile Podemos Más, Cristián Labbé (UDI) y Karin Luck (RN) denunciaron que doce convencionales habían recibido el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE), un paliativo de la pandemia. Hasta Marcela Cubillos lo

desestimó, pero la prensa hizo un nuevo festín con nosotros, que seguíamos trabajando con la cabeza gacha y los dientes apretados.

A fines de agosto de 2021, a menos de dos meses del inicio de la convención, se desató el descalabro en uno de los grupos más carismáticos del proceso: la Lista del Pueblo. Hasta ese momento gozaban de una especie de blindaje moral que los diferenciaba del resto de nosotros: no eran militantes, no eran de movimiento alguno, no iban por escaños reservados o en cupos de partido y ostentaban una «pureza» que solo parecía ir en aumento. Anunciaban que en las próximas elecciones presidenciales y parlamentarias cambiarían el rostro del espectro político, que eran el corazón de la revuelta de octubre y que inscribirían un candidato propio a la presidencia de la República. Durante una de sus asambleas surgió el nombre del sindicalista Cristián Cuevas para candidato, pero comenzaron los comunicados contradictorios y las peleas internas. En paralelo se supo que un antiguo publicista de la derecha había estado involucrado en la creación de la campaña de la Lista del Pueblo, luego surgieron desmentidos para casi todas las afirmaciones que le llegaron a la prensa. Al final, el lunes 23 no inscribieron a Cristián Cuevas sino a Diego Ancalao, un dirigente de origen mapuche, como su candidato a la presidencia de la República para las elecciones de fin de año. El jueves 26, solo tres días después, el SERVEL dio a conocer que más de veinte mil de las firmas que respaldaban la candidatura de Ancalao habían sido emitidas por una notaría que había dejado de funcionar tres años antes, y no solo eso, el notario titular había fallecido meses atrás. El lunes siguiente, 30 de agosto, una serie de convencionales renunciaron a la lista por diferentes razones. Quedaba reducida de veintisiete a solo trece nominales. Un terremoto político que desbandó lo que era la segunda fuerza en número de los grupos originales y

comenzó a agrietar el mito en torno a quienes se consideraban los verdaderos representantes del pueblo independiente. Pero nada los habría preparado para lo que ocurrió cinco días después, el 4 de septiembre, cuando, a las 6.20, el diario *La Tercera* publicó el reportaje «Rojas Vade admite que no tiene cáncer "Siento que me tengo que retirar de la convención"».

Terremoto 9 5 en la escala de *nos fuimos a la cresta*

Rodrigo Rojas Vade, el pelao Vade, se había convertido en un ícono de la revuelta en plaza Dignidad Cada viernes aparecía con el torso desnudo, catéteres colgando desde el cuerpo, calvo y sin cejas producto de la quimioterapia, interpelando a la sociedad desde su fragilidad si yo salgo a luchar por qué tú no, parecía decirle al país. «No lucho contra el cáncer, lucho para pagar la quimio Salud digna para Chile», decía uno de los carteles que portaba. «Grita libertad, hasta que sangre tu garganta», decía otro escrito con plumón sobre cinta de enmascarar pegada a su pecho desnudo. Se había convertido en una especie de figura sacra, un símbolo no solo de la lucha contra el cáncer tenía un blog muy concurrido sobre los efectos de la enfermedad— sino contra las desigualdades. La gente se acercaba, lo abrazaba, le creía y lo consideraba la quintaesencia de la lucha del débil contra el poderoso. Cofundador de la Lista del Pueblo y convencional electo por el distrito 13, estuvo en la pelea para presidir la mesa junto a Elisa Loncón y logró ser vicepresidente adjunto cuando nos sorprendió la verdad No trabajé con él, pero lo veía circular por los pasillos del excongreso siempre rodeado de gente, muy amable, muy dulce en el trato Era, en efecto, un símbolo de lo ocurrido el 18 de octubre de 2019, la encarnación del estallido social y ahí estaba, expuesto en televisión como un estafador que nunca había tenido cáncer, que había usufructuado del dinero recibido en donación por gente que creyó en su enfermedad, que

había engañado a su propia pareja, a sus padres y amigos. La sensación de todos los convencionales —excepto los de la derecha, que estaban felices— fue devastadora, en mi imaginación los vi a todos inclinados con las dos manos en la cara y meneando la cabeza. Llevábamos un mes ajustándonos al proceso, luchando contra una campaña desatada de desprestigio, acusaciones falsas y permanente acoso y ahora esto. Queríamos morirnos, el verdadero desprestigio a los ojos de la gente no venía de una campaña de los adversarios, sino desde nuestro propio sector —si consideramos «nuestro sector» a todos aquellos que habían entrado a escribir una nueva constitución y no a bloquearla—. «Los ultrones hicieron lo mejor que saben hacer: dispararse en las patas y hundir el bote donde vamos todos», me dijo una compañera. Días después, la Lista del Pueblo prácticamente desaparecía del panorama convencional y se creaba el colectivo Pueblo Constituyente. Pocos días después volvía a quebrarse y los descolgados crearon la Coordinadora Plurinacional y Popular: los integrantes más ultraizquierda de la ex Lista del Pueblo sumados a los escaños indígenas más radicales.

Hubo analistas que situaron este hecho como «el fin del estallido social», el fin de la idealización del «octubrismo», como llamaron a la defensa del espíritu de movilización callejera. No estoy de acuerdo. El estallido no termina con el fin de la Lista del Pueblo. Ese fue solo el término de los varios intentos de utilizarlo electoralmente —y el único exitoso—. El estallido terminó cuando la gente concurrió masivamente, el 25 de octubre del año 2020, a votar a favor de la vía institucional para cambiar la constitución, dejando atrás la vía insurreccional. De ahí en adelante la libido callejera entró en una evidente decadencia y la energía terminó pasando desde plaza Dignidad al edificio del excongreso. Las siguientes manifestaciones por cuestiones sociales fueron casi todas afuera del edificio

de la convención constitucional, la gente entendió que ahí estaban sus interlocutores. Todos los que pensaron que la energía seguía en la plaza quisieron guiarla y fracasaron

Es importante recordar que el estallido social no fue solo aquello que ocurrió en la plaza Dignidad De hecho, los medios utilizaron lo que ocurrió en esos pocos metros cuadrados —cuando se volvió territorio exclusivo de manifestantes violentos y las familias se fueron para su casa   para proyectarlo a todo el país y desprestigiar las causas que había detrás. El estallido lo conformaron los millones de personas de todas las edades y condiciones que salieron a marchar por todas las calles y pueblos del país, mostrando pancartas diversas, exponiendo sus dificultades, sus sueños de un nuevo Chile. También lo fueron las expresiones de violencia iniciales, sin duda, de un país harto y llevado a un límite Pero después del plebiscito y de la elección de constituyentes, lo que ocurría en plaza Dignidad a partir de mediados de 2020 ya era otra cosa el reclamo legítimo de las familias que aún tenían hijos detenidos sin juicio, pero también una cita para el enfrentamiento sin propósito El proceso constituyente estaba en otro lugar Luchar contra el capitalismo botando un semáforo, llamarle «luchar» a tirarle piedras a un guanaco que jamás va a salir dañado se me hizo incomprensible. La gente ya había decidido por abrumadora mayoría «luchar» de otra manera y el proceso de abandono de la plaza Dignidad se pareció a la destilación de un licor muy embriagador. Cada vez iban quedando solo los más persistentes, los más tercos, los más duros, los más ultrones, los más destilados del destilado. Hasta que funaron a la tía Pikachu por traidora   porque ningún convencional era digno de presentarse en ese espacio—, hasta que dispararon un petardo que mató a una veedora de derechos humanos que estaba ahí para protegerlos Hasta

que nadie más que ellos eran dignos de estar ahí y autofagocitaron su legitimidad.

La revolución es siempre un momento, pero algunos no pueden evitar sostenerla, porque la adrenalina es mucha, como los que quieren seguir el carrete cuando ya todo ha terminado. Las flores se secan, la fruta se pudre, la piel se arruga, pero insistimos y nunca aceptamos que es un momento que pasa, que lo importante no es la fruta sino la semilla y que tampoco la semilla sino la planta, y que no hay que tratar de encadenar el sol al arco del mediodía porque se quema todo. Que el estallido de un cohete es para que el vehículo se mueva en alguna dirección y no una permanente oda al fuego.

Pelao Vade representaba esa idea del estallido y su caída representa la caída de esa manera de ver el proceso, el fin del mito de una vanguardia heroica e intachable que le «regaló» el proceso constituyente a Chile. Cuando la verdad es que el pueblo de Chile, en su sentido amplio, se regaló a sí mismo el proceso y siguió un curso propio, indiferente de héroes, candidatos y convencionales ardientes que creyeron encarnar los tiempos. El itinerario del pueblo de Chile fue bastante más nítido y lineal de lo que a muchos teóricos de la revuelta les gustaría reconocer: primero explotó de furia y exigió una nueva constitución; luego fue a las urnas y aprobó el camino institucional; tercero, eligió a los integrantes para escribirla; cuarto, ha seguido el proceso muy de cerca, exigiendo, cuestionando, participando e interpelando; quinto, el plebiscito de salida. Todo el resto circuló por fuera, todos los discursos políticos, populares y académicos que quisieron capturar conceptualmente el proceso se quedaron hablando solos.

La izquierda dijo que el pueblo quería cambios y la derecha dijo que quería orden. Al final, con los meses, ha quedado claro que lo que el pueblo

de Chile quería era «cambios con orden» y cada vez que nos inclinábamos por una u otra interpretación, las encuestas o algún hecho nos pegaban un coscacho muy duro.

Quizá nunca lleguemos a saber lo que realmente ocurrió el 18 de octubre de 2019, cuáles fueron todas esas fuerzas tectónicas que confluyeron en un momento único de nuestra historia, más allá también de lo político. Porque incluso este pueblo estuvo a punto de elegir a Kast, un fascista de extrema derecha, el mismo año que eligió una abrumadora mayoría de izquierda para la convención constitucional. ¿Qué es lo que quiere realmente este pueblo que se expresa de maneras tan taxativas y misteriosas? Es cierto que abrió un proceso constituyente, pero lo que hay detrás es una marea histórica de fuerzas desconocidas que está buscando algo, una nueva sociedad, a ciegas, a tientas, a palos a veces, debatiéndose con sus miedos y urgencias. Nosotros, por acá, tratando de hacerle cauces y cañerías para distribuir esa energía en la dirección correcta, jamás frenarla, jamás desactivarla, intentando conducirla como un médium que transpira y sufre canalizando voces desconocidas que vienen desde debajo de la tierra, con magma saliéndole por la boca.

¿Lo único cierto? Nunca hay que dejar de poner el oído en el suelo, cerrar los ojos y escuchar. La respiración del colectivo está tan a flor de piel que, si no la escuchamos, fallaremos. El animal despertó y no queda otra cosa que ayudarnos a encontrar nuestro camino, tropezando, abriendo matorrales a machetazos, entrando por lugares desconocidos. ¿Lo que no podemos hacer? Detenernos, pensar que ya pasó todo cuando la verdad es que todo está comenzando.

Septiembre de 2021 estuvo concentrado en el desarrollo final de los reglamentos y la estrategia de obstaculización de la derecha cambió.

Insistieron en incluir conceptos que eran propios de la constitución, como definición sobre familia, patria, terrorismo y otras materias. Hasta el presidente de la República de la época, Sebastián Piñera, se sumó al coro declarando en un tweet que «una mayoría de constituyentes, al no reconocer este derecho de los padres (de educar a sus hijos), está debilitando gravemente la familia». Elisa Loncón le respondió de inmediato. «Que todo el pueblo de Chile sepa que estamos votando los reglamentos, no los contenidos (de la constitución». Piñera quería cobrar *offside* cuando todavía no comenzaba el partido.

Por esos días comenzó a ensayarse lo que se volvería la máquina favorita de noticias falsas de la bancada de derecha. Insistían en incluir, por ejemplo, el rechazo al terrorismo en alguno de los reglamentos y cuando se le desechaba, por improcedente, decían que estábamos a favor de la violencia. Porque, además, cada dos discursos nos exigían «condenar la violencia viniera de donde viniera», hasta la náusea. En otra ocasión quisieron incluir definiciones sobre la bandera en los reglamentos. Por supuesto fue rechazado. Salieron a la prensa a decir nuevamente que queríamos dañar nuestros símbolos patrios. En una sesión de la comisión de reglamento se eliminó la frase «República de Chile» de una línea del texto y el titular de radio Infinita fue: «Aprueban eliminar "República de Chile" del reglamento de la convención», con las consiguientes réplicas de los demás medios, cuál más hiperventilado. Martín Arrau, Rocío Cantuarias, Ricardo Neumann, Teresa Marinovic, Carol Bown, entre otros, enviaron un oficio donde denunciaban que «durante el tiempo que la convención constitucional se ha desarrollado, hemos sido testigos de vulneraciones a normas constitucionales, medidas arbitrarias en cuanto al uso de la palabra por parte de los convencionales constituyentes y limitaciones para un pleno ejercicio de la libertad de prensa». Luego, cuando decidimos votar el reglamento por

mayoría simple, enviaron otro oficio donde declaraban que «constituye un quebrantamiento del Estado de derecho inaceptable por todo aquel que se precie de demócrata. Si la mesa y los convencionales que consintieron en esta espuria votación mantiene esta votación la próxima semana, al votar los reglamentos en particular, los días de la convención constitucional estarán contados».

Todo en tono apocalíptico, todo en clave de denuncia, espanto y amenaza.

Caminábamos a diario sobre huevos y no digamos que fuimos muy hábiles en esquivarlos.

En esos días extraños, los miembros de la derecha trabajaban codo a codo con nosotros en las comisiones provisorias —yo estuve en la de participación popular— en muy buenos términos, colaborativos y humanos; pero en el pleno se desataban y veíamos a los mismos con los que bromeábamos, tomábamos café y conversábamos durante las sesiones de trabajo, convertidos en inquisidores a veces brutales. «Supongo que así es la política», pensé. Hay que decir que hubo un grupo de convencionales de la derecha que intentó en efecto colaborar y acercarse para contribuir al proceso. Basta recordar la carta de Hernán Larraín firmada por otros miembros de la bancada donde reconocían la deuda histórica del Estado con los pueblos originarios, entendían la desconfianza que despertaban y declaraban querer ser parte de la solución. Por desgracia, con las semanas fueron consumidos por las mismas fuerzas que movían al sector más duro.

Tengo la impresión de que la bancada de centroderecha no estaba tan consciente del abismo de diferencia que los separaba de la centroizquierda. Personas de buenas intenciones como Hernán Larraín pensaron que estar a la izquierda de su sector los haría más cercanos al «otro lado», pero la verdad es que la derecha de nuestro país está tan corrida hacia el extremo

que incluso sus miembros más «progresistas» siguen estando lejos de los ideales de un efectivo centro político. Lo «progre» de Evópoli se quedó muy corto para llegar a acercar posiciones. Además, lo que estaba viviendo el país era un cambio de paradigma gigantesco: desde el 2019 y aún más al interior de la convención, lo que flotaba en el aire era un giro desde el modelo neoliberal subsidiario hacia un modelo social de derecho, que es como agua y aceite, ni siquiera dos países diferentes, más bien dos planetas distintos. Imposible las medias tintas o los puntos intermedios. Para decirlo de otra manera, la Constitución del 80 era tenis, la convención quería fútbol y la derecha más progre podía llegar a ofrecer... badminton. Nada que hacer. Ahí comenzó la tragedia de ChileVamos que, siendo minoría, en vez de buscar influir en el diseño del fútbol, se atrincheró en su tenis, se desgastó enviando normas e indicaciones sobre la red, el diámetro de las raquetas, el color de la arcilla, insistió en proponer jugar en tres y cinco sets, intentó mil veces proponer un jugador por lado y renunció, en su profunda arrogancia y terquedad, a influir en el diseño de sociedad que evidentemente estaba imperando. Algún día tendrán que responderle a su electorado por una decisión tan torpe y suicida que los volvió irrelevantes. Su paso por la convención fue vergonzoso, se dedicaron a obstaculizar de maneras ridículas, ofendieron y calumniaron a sus colegas, esparcieron mentiras y fueron barridos por la ola de lo evidente: Chile iba en otra dirección.

«Les ruego a estos agentes del desastre que abandonen su estrategia de demolición, que suelten los bidones de gasolina porque dañan a sus propios compañeros. Pero más aún dañan el futuro, los sueños y esperanzas de nuestro país, que hoy está en juego por culpa de estos pocos irresponsables», se les dijo. ¿La respuesta? Denunciaron que los convencionales planeábamos entregarnos un aguinaldo de Fiestas Patrias, cuestión que nunca fue siquiera discutida.

La impresión que tuve durante la convención es que en la derecha hay gente que en efecto piensa que somos antipatriotas, que no queremos a nuestro país y que por alguna extraña razón desconocida querríamos destruirlo. Desde los primeros días compraron banderas chilenas de escritorio para diferenciarse de nosotros, el resto, los *malditos vendepatria*. Me sorprendió que gente inteligente realmente crea que nuestro objetivo es destrozar el país.

El 11 de septiembre toda la bancada de derecha se retiró antes de la hora de término. Se quisieron perder, por supuesto, uno de los momentos más hermosos del proceso, cuando Roberto Celedón, histórico luchador por los derechos humanos, comenzó un largo discurso acerca del dolor, la pérdida, la muerte y la esperanza. Como los discursos solo podían durar tres minutos por persona, el resto pedimos la palabra y fuimos entregándosela a medida que su discurso continuaba. Su apariencia, una persona mayor de pelo y barba blanca, la tremenda dulzura de su voz, el verbo pausado y la frase de otros tiempos fue silenciando el hemiciclo, pero llenándolo al mismo tiempo. Habló sobre sus amigos que ya no están, sobre el dolor, sobre su fe cristiana y la oscuridad de esos días espantosos. Los convencionales de las otras salas se sumaron al salón central y rodearon a Roberto, poco a poco el grupo fue creciendo a medida que sus palabras nos transportaban a otra época y su palabra se extendía. No recuerdo cuántos le entregamos nuestros minutos, no recuerdo cuánto tiempo pasó, pero sí recuerdo que comenzaron a caer solas las lágrimas, empezamos a abrazarnos unos con otros en torno a él, quien, cuando finalizó, se puso de pie, se giró y se abrazó a nosotros. No recuerdo cuánto tiempo lloré abrazado a él, con sollozos audibles, guardados por años, solo recuerdo que me acariciaba la cabeza como un abuelo y trataba de consolarme. «Ahora estamos acá, mijo. Ahora estamos juntos, mijo. Tranquilo», me decía. Cuando logré calmarme, me sequé las

lágrimas y miré hacia el frente. Allá, en una galería vacía, estaba sentado el almirante Arancibia, mirando la escena. Supongo que sintió que no tenía por qué retirarse en un día que para él tenía otro significado. En ese momento, sentí el abismo que me separaba de él y su gente.

¿Está dividido el país? sí.

La derecha le llama *dividir al país* al gesto de denunciar y exhibir esa división.

¿Cómo se une al país? Evitando que haya dos tipos de Chile, que se terminen los privilegios de unos pocos y todos gocemos del mismo estatus. Así de obvio.

Una semana después se celebraba el 18 de septiembre y la bancada de ChileVamos pidió por oficio que se cantara el himno nacional al inicio de la sesión, en un tono que sonaba a desafío. Ellos, los patriotas, quizá esperaban que no nos pusiéramos de pie, que abandonáramos la sala, que tal vez enarboláramos otras banderas diferentes o qué sé yo qué delirio. La verdad es que nos pusimos de pie y estoy seguro de que lo cantamos con más fuerza y volumen que los convencionales de corbata. En ese momento me di cuenta de que ellos se sienten guardianes de lo que significa ser chilenos. Piensan que Chile son ellos y las tradiciones que ellos consideran que son la cultura chilena y no otras.

Me atrevo a incluir acá una alocución solicitada al pleno a raíz de la votación de los principios constitucionales donde abordo ese error.

> Es impresionante ver los rostros de un sector de la convención cuando se aprueba Estado social de derecho, educación sexual integral, derechos reproductivos, Estado regional, etcétera.
>
> Es el rostro de quien ve cómo su mundo se desvanece y da paso a uno que desconocen y al que le temen. Pero no solo sienten que está cambiando, sienten que el país se está derrumbando. Porque ellos saben cómo deben ser las cosas.
>
> Al inicio, la institucionalidad de aquello llamado Chile vivía dentro de las ciudades empalizadas. Afuera estaba la barbarie, los indios, los negros y los mestizos. Adentro, la gente de bien, los colegios, los curas, las cortes y la civilización. Ellos eran Chile, el resto, las encomiendas

que trabajaban para ellos. Luego, ese Chile empalizado se llamaba salitrera; en el centro, fundo, y en el sur, estancia.

Esa constante histórica escaló los pocos siglos que nuestro país tiene. Ese sector sigue pensando que Chile son ellos. Continúan viviendo en ciudades empalizadas donde habitan juntos, van a colegios juntos, asisten a la misma iglesia, se casan entre ellos y hacen negocios entre ellos. No importa si son más o menos inteligentes, más o menos meritorios, más o menos capaces; ellos creen que son Chile. Quienes saben cuáles son nuestras tradiciones, cuáles son los valores que debiesen regirnos, cuál es la cultura aceptable y cuál no. Afuera, sus empleados.

Esa ciudad empalizada de la colonia es el oasis de Piñera... que explotó hace un par de años.

A ellos les invito a entender que Chile no son solo ellos y lo que ELLOS CREEN que es lo bueno.

Sienten que es el fin de Chile, pero es el fin de Chile como ellos lo entienden: «Chile somos nosotros»; por eso lloran por el rodeo y no por las diabladas, porque creen que Chile es Colchagua y debe haber huasos desde Arica hasta Punta Arenas, aunque no tenga ningún sentido. Porque no ven más allá de la imagen que ellos tienen de Chile.

Hoy, el país completo ha tomado el control de su destino en esta convención por primera vez en su historia. Y no es individualista, no es monocromático, no es mercantilista. Es solidario, lleno de colores y mayoritario.

Acusan falta de diálogo, pero la verdad es que las visiones pueden dialogar solo hasta cierto punto. Hay un momento en el que hay que definirse y ahí es la votación —la democracia— la que decide. La verdad es que las visiones de mundo de la mayoría son demasiado diferentes a la que plantea este pequeño grupo. Incluso cuando algunos de ellos hacen el esfuerzo por acercarse, se dan cuenta de que están tan lejos, que ni ese esfuerzo alcanza para acercar posiciones. Por eso históricamente han dependido de artilugios para sobrerrepresentarse en la vida política, a través del voto censitario, el sistema binominal o los golpes de Estado. Hoy, están desnudos en un órgano realmente representativo y les cuesta asumir que no tienen el volumen de poder del que regularmente usufructan.

Los invito a no tenerle miedo a la voz de la mayoría. El miedo y los fantasmas han sido malos compañeros en nuestra historia. Por temor al caos generan caos; por temor a un gobierno que iba a llevar a Chile a un gobierno autoritario, construyeron un gobierno autoritario; por temor a la vía democrática al socialismo, levantaron la vía armada al neoliberalismo; por temor a la dictadura del proletariado, instalaron una dictadura militar.

No tengan miedo, el miedo lleva al enojo, el enojo lleva al odio, y el odio lleva al sufrimiento.

Lo único que está ocurriendo es que se está construyendo, por primera vez, un Chile no de ustedes, sino de todos y todas.

Por eso el artículo primero dice Estado social, para los trabajadores; por eso dice paridad, para las mujeres; por eso plurinacional, para los pueblos originarios; por eso dice ecológico, porque es otra hermana que debemos proteger y cuidar.

Llamo a aprobar el artículo 1º que esperamos que sean las palabras iniciales del nuevo Chile. Un Estado social y democrático de derecho. De carácter plurinacional y ecológico.

> Donde el primer fin del Estado que menciona es garantizar el bienestar de las personas, de la sociedad y la naturaleza. Poniendo a las personas en el centro y en el primer lugar por primera vez en su historia. Esto es el corazón del estallido social y de la larga búsqueda de justicia del pueblo de Chile.

Sí, en ese discurso cito al maestro Yoda... Pocos se dieron cuenta en el hemiciclo, pero mi niño interno de doce años me lo agradece.

En verdad se notaba su desesperación por imponernos su idea única de país, a pesar de tener enfrente a decenas de expresiones distintas, como quien se tapa los ojos para no aceptar la realidad. No era Chile el que se está derrumbando como tantas veces nos dijeron, sino que era el Chile muchísimo más hermoso y florido el que emergía, por fin visibilizado.

Chile es más de lo que ese grupo nos quería imponer.

Mucha de la tarea de la derecha era justamente intentar mantener una visión única y plana del país, sus habitantes y la cultura. Nunca entendieron que el mundo cambió y no podemos esconder cadáveres, hijos morenos o gente diferentes bajo la alfombra. Los pueblos originarios no se van a convertir en chilenos estándar como tanto se intentó golpeando niños cuando hablaban en sus idiomas originales o cuando la derecha insistía en el hemiciclo en decir que éramos todos mestizos. Como si pertenecer a un pueblo se tratara de una cuestión de ADN y no de una cuestión de pertenencia cultural. Tampoco la comunidad LGBTIQ+ va a regresar al clóset —o al seminario— donde los escondían. La gente de izquierda no va a desaparecer como lo intentaron. Las mujeres no van a regresar a la cocina como les gustaría a muchos. Esta convención trató de visibilizar las diferentes maneras de ser chilenos en multiplicidad de términos y las necesidades que cada una de esas maneras tenía para alcanzar la felicidad.

Cuando veía las diferentes causas que se levantaron en la constituyente me demoré un poco en darme cuenta de que el proceso se trataba de eso, de

validar las distintas maneras de ser chileno frente a un modelo que privilegiaba una sola: el hombre blanco, de treinta años, con dinero. En una actividad territorial en la población La Victoria me tocó poner esta reflexión a prueba. Una tarde noche muy fría y lluviosa a inicios de junio, llegué a la iglesia Nuestra Señora de La Victoria, centro cultural y espiritual de la resistencia contra la dictadura encabezada por los curas obreros André Jarlan y Pierre Dubois, para ser recibido por la fuerte y muy dulce hermana Donata, italiana con más de treinta años en la población. Conversamos sobre la nueva constitución con una cincuentena de vecinos muy abrigados y abrazados. En un momento les dije: «Este modelo está hecho para hombres, blancos, ricos, sanos, solteros y jóvenes Si ustedes van a un banco, una aseguradora o una ISAPRE, se darán cuenta de que les van a decir: muy viejo para ese crédito, muy pobre para ese seguro o lo siento, es mujer y su plan de salud le saldrá más caro». Acto seguido la pregunta de rigor fue «¿Cuántas personas hay acá con esos requisitos?» El silencio se hizo, todos se miraron, un par bromearon, pero la verdad era que nadie cumplía con el listado «El modelo no es para nadie acá Considera que todos los que no son hombres, blancos, jóvenes y con plata sobran o son un tipo de chileno o chilena con una falla de origen, personas imperfectas que deben pagar o ser excluidas de los derechos por su condición».

Al menos para mí, el corazón de la constituyente era que buscaba la felicidad para todas las diferentes formas de ser chileno o chilena, ecualizando al Estado para que removiera los distintos obstáculos para cada una esas maneras, incluso entregando derechos específicos si era necesario. «La igualdad no basta», dijo Salvador Millaleo en una audiencia y tiene razón; si pensamos la igualdad como árbol lleno de manzanas —aparentemente igual para todos y todas   es evidente que para alguien de dos metros de altura va a ser fácil, para un bajo de estatura no lo será y ni

hablar de una persona en situación de discapacidad. La igualdad no basta, hay que ayudar a las diferentes formas de ser chilenos a alcanzar la *igualdad sustantiva* para que todos puedan alcanzar su manzana sin importar si es mujer, persona en situación de discapacidad, pobre o con recursos insuficientes, niño, niña o adolescente, trabajador, diversidad sexogenérica, integrante de pueblo originario, migrante, persona mayor o cualquier otra manera de ser chileno. No son ventajas porque ellos nunca las han tenido; no es atentar contra la desigualdad porque esas personas nunca han sido iguales. Eso la derecha lo interpretó como «privilegios» para unos o para otros. Ellos, que los tienen todos.

Por otro lado, otro factor importante que apoyó esa tendencia es que la psicología y sus tratamientos, desde hace casi un siglo, entienden que la felicidad es ser quien se es y no quien se supone debes ser; que mientras más te parezcas a ti mismo menos desgaste sufres por asumir un rol que no te acomoda y por el que a veces eres profundamente infeliz. A diferencia de hace un siglo atrás, donde los roles eran imprescindibles para sobrevivir, hoy la sociedad ha alcanzado un estatus que permite que las personas se busquen y se encuentren a sí mismas para vivir en distintas formas de amar, diferentes formas de familia, creencias y culturas diversas y todo conviviendo en respeto y armonía, en vez de padecer formas dominantes que intentan someter al resto.

A esto la derecha le llama despectivamente «política de las identidades», relacionadas con caprichos zurdos millenial y la incapacidad de la izquierda de proponer una visión integral de sociedad, adoptando un ramillete de causas sin relación. Pero las ramas no los dejaban ver el tronco. Las políticas de identidad no eran una multitud de causas inconexas, sino una gran «idea» que se expresaba de muchas maneras. Es un error verlas como fenómenos individuales. Uno le llama *el espacio para que cada persona*

sea feliz en su diferencia, con un Estado que lo ayude y remueva los obstáculos para alcanzar la felicidad por ser quien es. Nada más.

Por supuesto que al conservador le aterra la pérdida de la forma, de lo «correcto» según la tradición, la palabra de Dios o la piedra sobre la que sea que buscó aferrarse. Pero el mundo avanza. La nueva constitución se trataba, de algún modo, de ponerse al día con lo que ocurría en el resto del mundo. El proceso que se inició en 2006 con la generación de estudiantes secundarios que en 2011 se levantó y que en 2021 tomó el poder. Se trataba justamente de una generación nacida en 1990, que creció en democracia, navegando por internet, que se dio cuenta de que el mundo allá afuera era mucho mejor que esta sociedad transicional que nos parecía tan aceptable a quienes habíamos vivido la dictadura. Nosotros salimos de un sótano y estábamos tranquilos con lo que nos arrojaban desde las mesas de la transición, pero ellos no; ellos querían parecerse al mundo civilizado del siglo XXI y Chile, ciertamente, no lo era. Los saltos que estaban dando las sociedades desarrolladas eran brutales con respecto a los derechos de las personas, y acá la oligarquía seguía en el siglo XIX, esperando que nos sintiéramos agradecidos porque «nos daban trabajo». En la convención estábamos peleando por darle rango constitucional a tratados sobre pueblos originarios, niños y niñas, personas mayores, diversidades, que Chile había firmado ¡en la década de los noventa! con derechos o materias que en otros países eran obvios. Eso a la derecha le pareció excesivo y revolucionario. A ese viejo Chile en barrica de roble solo le queda resistirse y usar todos sus recursos de siempre, la violencia, el miedo... pero da lo mismo. Van a perder. Miren a los jóvenes de quince años, diversos y felices, así será el mundo, aunque intenten clavarles los pies al suelo.

Antes de votar los reglamentos, hacia fines de septiembre, mi colectivo

de entonces comenzó a buscar ampliar su número e influencia y algunos hablaron de generar alianzas con la bancada de la exconcertación e, incluso, acercarse a miembros más moderados de la derecha. Mi respuesta fue: «Si entra Harboe por esa puerta, yo salgo por la otra». Por las mismas fechas integraron al colectivo a Patricio Fernández Chadwick, exdirector de *The Clinic*, en una votación donde no estuve presente. Él inclinó la balanza aún más hacia los concertacionistas y la derecha. Yo sentía que mi labor era ayudar a inclinar al colectivo hacia la izquierda para acercarnos al eje de la convención y que no primaran las fuerzas más conservadoras al interior del Colectivo Socialista, pero mi peso político era pobre, no era militante, carecía de ciertas habilidades y ciertamente nunca se pudo articular un grupo disidente para hacer contrapeso al manejo de los *chiquillos*.

¿Por qué les llamé los *chiquillos*? Porque a cierta reunión a la que estaba todo el colectivo convocado, solo habíamos llegado Ricardo Montero y yo. Alguien entró y preguntó: «¿Dónde están los *chiquillos*?». Ricardo respondió: «Tomás ya viene, César está en reunión, Max no alcanza a llegar y Pedro llega más tarde». Para Ricardo, solo ellos importaban en la reunión; el resto de nosotros, no mucho. Puede sonar a casualidad, pero era la confirmación de algo que estaba claro hacía rato: el colectivo había sido capturado por un grupo que tomaba las decisiones, repartía los cargos y avanzaba sin importarles los que no tenían experiencia, los que no se desenvolvían bien en ese ambiente y además sin ningún interés en enseñarles, incorporarlos o entregarles responsabilidades. Nunca construyeron colectivo, las mujeres eran importantes al momento de la foto y los independientes éramos un número de votos con los cuales negociar cuestiones de las que muchas veces no supimos. Había un impresionante olor a manejo piramidal, verticalismo, machismo, caudillismo, luchas de poder y vieja, vieja, vieja, política. Olor a siglo XX. No era extraño, de todas

maneras, cada joven del Partido Socialista debe ingresar a un lote dirigido finalmente por jerarcas de setenta años o más. Si no lo hace, flota en la irrelevancia absoluta Mi jefa de equipo me hizo un comentario durante una actividad grupal y me quedó clarísimo el futuro por un detalle chistoso: todos los hombres del colectivo socialista estaban vestidos de chaqueta de tela y camisa blanca sin corbata, yo a un costado, separado del grupo, con bototos, el pelo parado, una polera y chaqueta de cuero Chancho en misa El problema era yo.

Durante la última semana de septiembre se votaban los últimos artículos del reglamento y apareció una de las tácticas más funestas de la convención. Muchas veces se presentaban tres o cuatro alternativas para el mismo tema, «transparencia», por ejemplo. Si la alternativa de un convencional sensible perdía, salía raudo al punto de prensa a decir que «¡se rechazó la transparencia en la convención!» y por supuesto quedaba la escoba en redes sociales No era fácil explicarle a la gente que uno había rechazado UNA de las normas sobre transparencia y había aprobado OTRA quizá mejor. Hay que decir que el afán de ganar notoriedad a través de la aprobación de las normas propias les jugó malas pasadas a convencionales ansiosos de reconocimiento Hubo grandes egos que no entendieron que estábamos ahí para trabajar en un proceso de inteligencia colectiva y no para hacer carrera política o conseguir triunfos personales Lo positivo fue que todos los arranques individuales terminaban chocando en el pleno donde desde un inicio funcionó muy bien una forma de sentido común constituyente Por esos días, por ejemplo, me funaron porque no voté a favor de una norma demencial que le exigía a todos los convencionales abrir su secreto bancario de manera permanente, para la institución que quisiera hurgarlo, vulnerando el derecho humano a la privacidad Lo menos que me dijeron era que

escondía los millones que el reptilianismo mundial me había pagado. Obvio.

Luego de terminada la votación del reglamento, luego de solo cuatro meses —un éxito considerando que la elaboración del reglamento del congreso, por ejemplo, demoró años—, celebramos con un aplauso cerrado en el hemiciclo y tuvimos nuestra primera semana territorial. Una instancia donde los convencionales debíamos volver a nuestras comunas del distrito donde habíamos sido electos, para comunicarle a la gente los avances. Mi primera actividad fue una asamblea abierta en el parque Bustamante, junto a la biblioteca pública. Asistieron los convencionales electos del distrito 10, Giovanna Roa, Fernando Atria, Manuel Woldarsky, Patricia Politzer. Cristián Monckeberg y Teresa Marinovic no asistieron. Fue muy emocionante ver a una pequeña multitud de gente entusiasta preguntar, hacer pequeñas declamaciones de apoyo. En un momento alto del entusiasmo vi a Patricio Guzmán entre la gente grabando con su cámara y lo delaté, le anuncié a la gente que el gran cineasta chileno, autor de *La batalla de Chile*, se encontraba entre nosotros y lo hicimos pasar al centro para recibir una ovación llena de cariño. Todo estaba por lo alto cuando una nubecita oscura me atravesó la mente: todo lindo, todo hermoso, pero era el inicio de un problema serio que la convención nunca podría superar. Lo que hacíamos era predicar para convencidos, pero más aún, para convencidos TAN convencidos que eran capaces de ir a una plaza a escuchar lo que ya apoyaban. Nunca pudimos romper ese círculo y las pocas veces que estuvimos frente a detractores descubrimos que el muro era infranqueable. Nadie parecía dispuesto a escuchar, todos habían sido convencidos de una posición y los encuentros no eran lo masivos y diversos como para generar algún cambio. Además, esas semanas territoriales, necesarias para mantener el vínculo con la ciudadanía, nos quitaron tiempo para actividades aún más

necesarias, tiempo que echamos de menos hacia el último tramo. Luego se nos vendría la primera salida regional, también necesaria para un proceso que se enorgullecía de su espíritu descentralizador, pero que también nos significó tiempo. Hoy, con los meses que nos separan de aquello, mi reflexión es que era inevitable salir y utilizar tiempo del debate para mantener contacto popular, era parte de nuestro compromiso y de la naturaleza del asunto. Por desgracia, nos significó plazos aún más apretados y un desgaste físico a veces inhumano, pero estábamos sonados, no se habría comprendido nuestra labor sin esas salidas a terreno.

TERCERA ETAPA

Redacción de la constitución

El 18 de octubre de 2021 la presidenta de la convención, Elisa Loncón, dio por inaugurado el debate constitucional y la emoción nos embargó. Por fin comenzaríamos a discutir normas que le darían forma a la futura constitución.

Nos organizamos en siete comisiones que tratarían diferentes temas:

1. **Comisión de sistema político**, que abordó el sistema de gobierno que debiese regir en Chile: parlamentarista, presidencial, mixto, etcétera.

2. **Comisión de principios constitucionales**, que se encargó de definir los grandes criterios sobre los que se fundaría la nueva constitución. En este ámbito ejercí mi mandato como convencional. También vimos nacionalidad y mecanismos de democracia directa.

3. **Comisión de forma de Estado**, donde se definió el Estado regional, por ejemplo.

4. **Comisión de derechos fundamentales**. Quizá el corazón del estallido. Acá se discutieron los derechos a la salud, educación, vivienda, pensiones, etcétera.

5. **Comisión de sistemas de justicia**. En este grupo se definieron los tribunales, la justicia plurinacional, Corte Suprema.

6. **Comisión de medioambiente y modelo de desarrollo**, donde se deliberaron los derechos de la naturaleza, los recursos naturales como el cobre o el agua, entre otros temas.

7 **Comisión de sistemas de conocimientos y cultura** Una comisión

> extraña que abordó, según mi opinión, temas que debieron ser discutidos en otras comisiones, como el derecho a la cultura, el derecho a la educación, temas relacionados con pueblos originarios, ciencia, neurodivergencias, etcétera.

Durante las semanas siguientes nuestro trabajo fue recibir, mañana y tarde, a decenas de organizaciones, fundaciones, universidades, gremios, niñas y niños, hombres y mujeres de diversas profesiones, que se inscribieron para presentarnos sus preocupaciones en audiencias presenciales en el excongreso o por vía telemática, de Chile y el exterior. Fueron largas jornadas muy extenuantes tomando notas de cada uno de los temas que nos traían, hicimos miles de preguntas, vimos cientos de páginas de información, en nuestro caso sobre sistemas de votación de otros países; estudiamos centenas de artículos sobre medioambientalismo, Estado social de derecho, paridad, plurinacionalidad, multiculturalidad, nacionalidad, ciudadanía, experiencias en Uruguay, Italia o Suiza sobre referéndums y plebiscitos, acerca de cuáles debiesen ser los principios sobre los que levantaríamos el nuevo Chile.

Cuando digo jornadas extenuantes, me refiero a que recibimos alrededor de ocho charlas diarias sobre temas diferentes durante casi dos meses. Todo entre reuniones del pleno, en mi caso durante la implementación de la plataforma digital de participación popular y de los mecanismos de participación, la preparación de las normas constitucionales que presentaríamos, las reuniones de colectivos para discutir cada una de las propuestas que los otros integrantes presentarían, las reuniones con expertos que nos ayudaban a afinar esas mismas normas, las reuniones de lobby que nos solicitaban desde organizaciones civiles o gremiales, los cabildos y

asambleas presenciales con grupos de vecinos o los encuentros con grupos de otras regiones o del extranjero vía zoom.

El trabajo habría sido imposible sin el mínimo equipo en el que nos apoyábamos con los exiguos montos que el gobierno de Piñera destinó para asesores. Nunca podremos agradecer lo suficiente a hombres y mujeres, la mayoría jóvenes, que trabajaron ad honorem o por una miseria en horarios imposibles, mal alimentados, en espacios inapropiados, para entregar el soporte necesario para que cada convencional pudiese hacer su mejor trabajo. En mi caso, habría colapsado a los dos meses si no hubiera sido por mi coordinadora Paulina Rojas. En una primera etapa hicieron comunicaciones Ramón Badillo y Egidio Pérez; el apoyo jurídico lo entregó Juan Peña. A partir del 1 de enero de 2022, comenzamos otra modalidad de trabajo y el equipo se consolidó con Paulina Rojas como jefa de la oficina del convencional, Enza Alvarado como asesora jurídica y Edita Cortés coordinando una idea preciosa: el comité asesor constituyente de personas mayores.

Hasta ese momento, octubre de 2021, la convención volaba por todo lo alto y sentíamos que las críticas de la prensa eran solo parte de una estrategia de desprestigio, que la hubo sin duda, pero que seguíamos teniendo el respaldo de la gente en sus casas. El humo de las barricadas mediáticas de *El Mercurio*, *La Tercera* y Megavisión no nos dejaba ver que había otro fenómeno levantándose.

El 21 de noviembre de 2021 figuraba congelado de pie frente a la televisión. ¿Cómo era posible que el mismo país que había estallado pidiendo solidaridad y cambios votara en su mayoría por un líder de ultraderecha como José Antonio Kast? ¿Era posible que el pueblo de Chile se inclinara por un programa de gobierno que reforzaba a las AFP, que obligaba a ser madre a una niña violada, que creaba una organización para

perseguir internacionalmente a luchadores sociales, que eliminaría el Ministerio de la Mujer, que sacaba de los beneficios a las familias no casadas, que subiría la pensión solo a jubilados de las Fuerzas Armadas, que obligaría a todas las escuelas públicas a enseñar religión, que mantendría la privatización del agua? ¿Un programa que iba en contra de todo lo que nos habían pedido que hiciéramos en la convención?

Ese día, en la noche, fuimos al acto de Gabriel Boric en Santa Isabel con Condell. Los primeros comentarios a medida que íbamos llegando eran «hay prensa, que no nos vean tristes». Todos aplaudíamos sonrientes, pero el funeral interno era terrible. Inti Illimani subió a tocar, el rostro de Jorge Coulon lo decía todo. ¡Pero si hasta ayer estaban en plaza Dignidad cantando con miles que pedían cambios para nuestro país!

Cuando Gabriel subió al escenario me acordé de las asambleas posestallido y comenzó a armarse una explicación en mi cabeza. Recordé perfecto que en la mayoría de ellas el papel kraft sobre el que escribiríamos las conclusiones del encuentro siempre era dividido en dos, un lado para hablar de las necesidades inmediatas y otro para los cambios futuros. Las necesidades inmediatas eran la delincuencia, el valor de los medicamentos, la atención de salud, las pensiones y la migración. En la otra columna quedaban la educación gratuita, el fin de las AFP, un sistema nacional de salud de calidad, el fin del presidencialismo extremo, el término del centralismo, etcétera. Pospandemia, Chile vivía un retroceso económico, el ambiente estaba lleno de miedo, y el estrés producto de la mezcla fue letal. Si durante 2019 la esperanza fue la emoción predominante, a noviembre de 2021 la emoción que lideraba las encuestas era el miedo, la emoción relacionada con la supervivencia inmediata, el hambre, la seguridad y la enfermedad. La convención estaba solucionando problemas futuros, cuestiones que se resolverían con los años, pero todas las situaciones

domésticas que aportaron al estallido no fueron jamás resueltas por Piñera y seguían latentes, incluso peores. La delincuencia creció durante su gobierno, el narco se adueñó de las poblaciones, la inmigración se desató luego de su visita a Cúcuta donde invitó a los venezolanos a venir a Chile, el conflicto en la Araucanía aumentó producto de su política de militarización de la zona que obtuvo en respuesta... una militarización de la resistencia. Cuando las personas comienzan a sentirse en un agujero cada vez más profundo, no se preguntan quién les está estirando la mano para sacarlas de ahí, simplemente la toman. Y ahí estaba Kast, ofreciendo armas, militares y orden.

¿Los problemas del futuro los solucionará la convención constitucional? Ok, voto por ella. ¿Los problemas de hoy me los solucionará Kast? Ok, voto por él.

Así de simple. Así se veía, así lo hacían ver.

Pero no vamos a analizar acá cómo es posible que todo un sector se pusiera detrás de un personaje con estas credenciales: su padre fue denunciado por estar involucrado en la desaparición de personas, como indica Javier Rebolledo en su libro *A la sombra de los cuervos*, es amigo de torturadores y criminales, como Miguel Krassnoff, se ha mostrado racista y ha promovido la violencia en redes sociales. Esa respuesta se la tendrán que dar a la historia políticos como Felipe Kast o Luciano Cruz-Coke que, diciéndose liberales de derecha, se asociaron a un personaje de la ultraderecha más fanática.

Lo que teníamos claro en la convención era que, si en la segunda vuelta ganaba «el rucio de Paine», tendríamos los días contados. Pero había que seguir no más. Habíamos llegado al momento de ver las normas constitucionales, las que decían que tendríamos derecho a la educación gratuita completa y universal, que cada región podría definir su propio

destino sin tener que seguir siendo «colonias» de Santiago, sin ser estrujadas ni definidas como «zonas de sacrificio», sin posibilidad de negarse. Por fin daríamos término a la constitución neoliberal subsidiaria para abrirle paso a una donde la solidaridad y los derechos fuesen las palabras más importantes.

Pero antes saldríamos a nuestro primer viaje regional a la zona del Biobío.

Por supuesto la derecha puso el grito en el cielo porque estábamos derrochando dinero en un «viaje turístico», como le llamó, y utilizó hasta las herramientas más bajas para desprestigiar el objetivo. Un convencional tomó una fotografía, feliz, arriba del avión y la distribuyeron bajo el título «viaje de placer»; otro se tomó una imagen descansando y la hicieron circular como «tour al Caribe». Tuvimos que estar siempre muy alerta porque el mínimo detalle podía ser usado en nuestra contra. Cierta vez, durante esas largas votaciones que nos podían tomar hasta doce horas, apoyé la cabeza en mis brazos sobre la mesa durante un instante. Un convencional de derecha me tomó la foto durante los tres segundos en que estuve en esa posición y se la envió a Teresa Marinovic, quien la hizo circular bajo el título «Baradit, durmiendo durante el trabajo». Por eso no nos extrañó que el viernes amaneciéramos con la noticia bomba de que la noche anterior había habido un carrete en uno de los hoteles, que se habían bañado sin autorización en la piscina y que las risas y carreras en los pasillos habían provocado la molestia de los pasajeros. El hotel negó los hechos, los convencionales dijeron no haber escuchado nada y solo la derecha infló el tema. Algo raro noté en el Colectivo Socialista durante el almuerzo de ese mismo viernes, cuchicheos y pequeñas reuniones donde los *chiquillos* se decían cosas casi al oído. Ese fin de semana avisé por el chat del grupo que el lunes había sido invitado a *Mentiras Verdaderas*, el

programa de televisión de La Red, para hablar del viaje. Les pregunté si tenían algo que contarme, pero nadie se dio por aludido. Silencio sepulcral en el chat. Todos desmentían que hubiese ocurrido algo.

Ese lunes 29 de noviembre me senté muy seguro en el sillón del programa. Hablamos de los viajes en bus a la ciudad de Arauco, al sector de Curanilahue, el paso por Concepción y la visita a la cordillera de Nahuelbuta, donde nos reunimos con tres alcaldes y representantes de las zonas rurales. Por primera vez escuchamos que el problema no era el conflicto con las comunidades mapuche, sino las mafias del tráfico de madera, que reclutaban a jóvenes que abandonaban los estudios para convertirse en soldados de un negocio que movía millones de dólares hacia rutas y puertos clandestinos. En televisión también emplacé a Rocío Cantuarias, miembro de la bancada de ultraderecha de la convención, que nos acusaba de no trabajar. Ella no solo había viajado a Madrid con Teresa Marinovic y el convencional Martín Arrau a entrevistarse con miembros del partido ultraderechista VOX, abandonando sus labores constituyentes, sino que había hecho la cimarra, como le llamé en ese momento, al abandono de deberes constituyentes durante el viaje a Biobío, para reunirse con lo que ellos llaman «víctimas del terrorismo en la Araucanía» y hacer campaña por el rechazo. No es menor recordar que, por aquel entonces, ya las redes sociales estaban llenas de mensajes pagados en contra de la convención, y aún sin haber escrito una sola línea de la constitución, el hashtag #rechazodesalida era uno de los más distribuidos por internet, según la fundación Espacio Público. Por supuesto que el tema de la supuesta fiesta en el hotel Pettra de Concepción también salió al debate. Repetí lo que me habían confirmado, que nada había ocurrido, que nadie del Colectivo Socialista había estado involucrado y que la ridiculez se descartaba sola cuando se planteaba que la propia Elisa Loncón se había bañado desnuda y

borracha en la misma piscina. Por supuesto nos reímos y Rocío Cantuarias quedó bastante en ridículo frente al país.

Al día siguiente, cuando estaba ingresando al excongreso, me encuentro con uno de los *chiquillos*, militante y miembro del Colectivo Socialista, quien me dio las gracias y me dijo que ya estaba más tranquilo porque lo de su fiesta en el Pettra había logrado pasar piola. Sorprendido, pero sobre la marcha, le hice un chiste acerca de la piscina y me confirmó que en efecto había ocurrido así, que él había nadado sin autorización, de noche, en las instalaciones cerradas del hotel, como parte de los festejos. Sonreí, pero me quedé helado. Él suponía que yo era parte de los que sabían. En aquel instante, supe que estaba emocionalmente fuera del grupo. Descubrí que había otros integrantes que estaban comenzando a sentir lo mismo. Además, los roces eran cada vez mayores, hubo peleas a los gritos, pero me costaría unos cuantos meses convencerme de que la cosa no tenía arreglo y que debía buscar mi lugar en otro sitio. Mis objetivos políticos y la manera de trabajar no coincidían con los de los *chiquillos* al interior del colectivo, su agenda era otra.

Para sumarle incomodidades, recibí dos llamadas en el estilo más tradicional de la vieja política chilensis. Dos jerarcas del Partido Socialista me llamaron en distintos momentos, con toda seguridad a petición de alguno de los *chiquillos*, uno para decirme que dejara de intentar hacer política, que me dedicara a escribir bonitas palabras y le dejara la política a los que saben, el otro para aconsejarme que fuera más comprensivo con los líderes del grupo, que me entregara a sus decisiones porque eran ellos quienes sabían para dónde iba la micro, no yo. «Apretones», les llaman.

Un espacio fresco donde poder expresar lo propio en libertad fue como declaramos nuestras intenciones en los «discursos de apertura» con los que

iniciamos las deliberaciones constitucionales a partir del 20 de octubre. Particularmente emocionantes fueron los de Valentina Miranda y César Valenzuela, entre otros. Poco apropiado el de Nicolás Núñez, quien con guitarra en brazos se dedicó a hacer un stand up que a los constituyentes nos hizo gracia, pero que la gente afuera evaluó pésimo; o el de Alejandra Pérez, que quedó con el torso desnudo mostrando los efectos de su mastectomía. Los chilenos y chilenas son conservadores y muy protocolares, en general no les hacen gracia las salidas de madre en espacios oficiales.

Mi discurso se centró en la participación popular. Junto con integrar la comisión de principios constitucionales, entré electo por esa misma entidad a la comisión de participación popular para hacer carne esas preocupaciones. Mi discurso de apertura hizo hincapié en aquello:

> (...) Ingresé a la constituyente con la profunda convicción de que, si bien la base del estallido social era la búsqueda de dignidad a través del reconocimiento de derechos fundamentales, esta constitución iba a fracasar si no incorporaba, además, mecanismos de participación popular para ir modificando y perfeccionando una sociedad cada vez más líquida y cambiante. Porque si los derechos sociales fueron lo que la ciudadanía demandó, la inexistencia de herramientas para exigirlos hizo estallar esta olla a presión sin válvulas de escape.
>
> Por aquello ingresé a la comisión de principios constitucionales y mecanismos de participación. Porque creo que debemos darnos las condiciones para construir poder popular y herramientas para ejercerlo. Porque no concibo una democracia que solo nos permita marcar una raya en un papel cada cuatro años. Desde ya propongo no solo mecanismos como la iniciativa popular de ley o los plebiscitos, sino también la activa participación vinculante en los gobiernos comunales para que los vecinos deliberen y generen MANDATO a sus autoridades y no solo voten lo que se les ofrece. Además, con toda la fuerza de una historia plagada de ejemplos espurios, propondré, promocionaré y lucharé por el referéndum revocatorio de mandato para todas las autoridades electas democráticamente. Para que el pueblo de Chile pueda hacer cumplir las promesas y su mandato. Porque el pueblo que elige debe tener el poder de destituir a quien no cumple. Tenemos hoy el ejemplo vivo de falta de probidad instalado en La Moneda, a un presidente con un prontuario tan extenso como el poder económico que le ha permitido blindarse frente a la ley y la política. Esa impunidad no puede volver a ocurrir.
>
> Esto lo digo desde el excongreso. Desde donde se conversó, se justificó y se celebró la matanza

de obreros de la Escuela Santa María. Hoy, como nieto de trabajador del salitre, de campesina y obrera textil; de madre pequeña comerciante e hijo de un taxista y obrero metalmecánico, que debió irse de Chile como inmigrante ilegal para alimentarnos y que nunca más regresó.

Yo vengo del cerro Esperanza, en Valparaíso, ahora estoy aquí, junto a otros chilenos y chilenas de todos esos sectores olvidados de la sociedad, escribiendo una nueva constitución, en un órgano que le quitó de las manos el poder a las élites político-económicas para dárselo a una diversidad nunca antes vista.

Somos una generación que no solo ha tenido la responsabilidad, sino el privilegio de tomar los sueños y dolores de generaciones de luchadores sociales para dar vuelta una página gigante: la del dominio de los pocos, para dar paso a la democracia de los muchos.

Estoy orgulloso, responderemos al mandato de nuestro pueblo que tanto ha sufrido. Le dedico esta posibilidad a Elizabeth Morales Farías, el resumen para mí de todo lo bueno y hermoso en este mundo. Y a Gabriel Baradit González, luz de mi vida y que representa todo lo que sueño para cada niño y niña de mi país.

Estoy orgulloso de mi pueblo, que hace cincuenta años quiso cambiar este país y el mundo a través del proceso democrático y pacífico de Salvador Allende. Hoy, después de un largo paréntesis, con las mismas herramientas de la razón, el humanismo y la solidaridad, seguimos teniendo fe en Chile y su destino, solo que esta vez sí venceremos.

Ni les explico lo que significó pararme en el podio del hemiciclo de la ex cámara de diputados y largarme con estas palabras. Por ahí, otra vez, creía ver a mi familia y mis abuelos que nunca me abandonaron en todo el proceso. Era muy fuerte para mí la sensación de estar trabajando no solo por los chilenos y chilenas sino por generaciones pasadas que sufrieron y jamás vieron lo que ahora estaba ocurriendo, que jamás lo soñaron. En ese mismo hemiciclo se discutió la guerra del Pacífico, algunas etapas de la pacificación de la Araucanía, la guerra civil contra Balmaceda. Pedro Aguirre Cerda alguna vez miró los mismos pilares que yo veía, Salvador Allende descansó los ojos en la preciosa cúpula vitreaux que corona el recinto y que ahora yo mismo miraba. Mi origen me pesa, normalmente lo recuerdo cuando me veo en situaciones de privilegio o notoriedad, «¿qué hago aquí?» es una pregunta que me hago con regularidad cuando no puedo

creer dónde ando metido. En un país donde los apellidos se repiten y las mismas familias protagonizan los mismos eventos en la «República de la marmota» que nos tocó, estoy seguro de que los estudiantes, enfermeras, pescadores y otros González y Tapia sintieron la misma emoción que yo ese día. Gente común que vino a representar a la gente común y que se sacó la cresta por sacar adelante en andas una catedral histórica como es una nueva constitución. Esa misma participación quería para todos, por eso ingresé a la comisión de participación popular.

En nuestra primera reunión pude hacer entrega de mi labor en la plataforma digital y nos pusimos a trabajar, con algo de atraso, en el mejor aporte que hicimos al proceso: las Iniciativas Populares de Norma. Era la primera vez en la historia de nuestro país que las personas podrían organizarse para ingresar sus ideas a la deliberación de una institución oficial. Era importante porque, además, serviría de antecedente para cuando debiésemos votar esos mismos mecanismos, pero para instalarlos en la constitución en un par de meses más adelante, para que el pueblo de Chile tuviese «mecanismos de democracia directa» y pudiera influir en el destino del país de manera concreta. Con la coordinación de Bastián Labbé y Paulina Valenzuela, logramos poner a disposición del país el primer mecanismo viable de democracia directa en todo lo que llevamos existiendo como República. Y el pueblo de Chile respondió, más de un millón de personas participó proponiendo y dando apoyo a más de dos mil cuatrocientas iniciativas, de las cuales setenta y siete alcanzaron a lo menos los quince mil apoyos de requisito. La plataforma digital aguantó, se portó un siete; el apoyo de decenas de personas de la secretaría de la comisión de participación, más la gente de UCAMPUS encabezada por el gran Víctor Hernández y Rodrigo Gil de ImaginaChile, permitieron que esta experiencia inédita diera sus frutos.

Es importante decir que Sebastián Piñera fue responsable indirecto de muchos de los problemas comunicacionales que tuvimos. Era imprescindible, para evitar los malentendidos, que la gente tuviera un mínimo de educación constituyente; a lo menos saber qué es una constitución Cuando íbamos a territorio nos encontrábamos con que las personas ni siquiera sabían lo que era un artículo, un inciso o la diferencia entre una ley y una norma Eso debió haberse subsanado con una pequeña campaña de educación constituyente para preparar a la sociedad en lo que venía, pero como sabemos, Piñera no movió un dedo por el proceso en todo el año y medio que tuvo para hacer... cualquier cosa.

Una constitución, ahora la mayoría lo sabe, es el cuerpo de normas que dibuja los grandes y medianos criterios y procedimientos con los que después se diseñan las leyes Si las leyes son las maneras en que un gobierno o un congreso mete goles contra la delincuencia o la pobreza, las normas constitucionales son las leyes del juego, el rayado de la cancha, las cosas que están permitidas y las que no. También los objetivos del juego. Piensen en los diez mandamientos, allí dice «no robarás», por ejemplo Establece que en esta sociedad se respeta la propiedad privada, pero no dice no robarás camellos, no robarás matando a la víctima, no robarás gallinas, no podrás robarle a tu pareja porque tienen patrimonio común, el Estado no robará las casas de sus ciudadanos La constitución establece el gran criterio: «no robarás»; los detalles, por así decirlo, los ve la ley en su Código Penal, donde está el catálogo de las diferentes formas de robar y las penas que cada una de esas formas merece. Por eso no correspondía poner en la constitución que eras dueño de tus ahorros previsionales, o que eras dueño de tu vivienda, o de tus tierras, etcétera, porque bastaba con consagrar el derecho a propiedad en general De ahí nacieron muchas de las estrategias de la derecha para desprestigiar el proceso. «¡Ah! ¡En la

constitución no dice que tus automóviles son tuyos! ¡Eso significa que te los van a expropiar!», por ejemplo.

Una constitución permite o no permite, orienta en una dirección. Declara la libertad de circulación, pero no dice que debe ser en bicicleta o en vehículos eléctricos, por ejemplo. Eso es más una política pública, como alimentarse sano, hacer ejercicio o usar preservativo. Si la ciudadanía hubiese sido educada en aquello, no habría tenido a cincuenta ciclistas funándome afuera de mi casa cuando no aprobamos constitucionalizar el uso de la bicicleta.

Por esos días nuestro equipo levantó una de las iniciativas más lindas de nuestro paso por el excongreso. A Paulina Rojas, mi coordinadora, se le ocurrió convocar a personas mayores para generar un comité asesor. Decidimos que haríamos una convocatoria abierta para quien quisiese integrarse. Fue un éxito, llegamos a tener ciento veinte personas mayores trabajando para la constituyente a través nuestro. Nos juntamos por primera vez en el auditorio subterráneo del palacio Pereira para indicarles que no se ocuparían solo de los temas relacionados con su edad, sino que los considerábamos personas en sus plenas facultades, de quienes queríamos rescatar la experiencia y la memoria histórica. De manera que armamos siete comisiones espejo y trabajaron en informes para los mismos temas que veía la convención, tuvieron reuniones, se coordinaron bajo la dirección de la preciosa Edita Cortés y generaron insumos valiosos. Se reunieron con otras organizaciones de la sociedad civil y trabajaron en la norma constitucional para personas mayores que fue, finalmente, la que, cambios más o menos, quedó en la propuesta de nueva constitución. Cuando terminó el período de normas se reorganizaron para trabajar en la campaña del apruebo produciendo cápsulas educativas, capacitándose como monitores y piquetes de volanteo. Edita, mujer maravillosa, exintegrante del

Movimiento contra la Tortura Sebastián Acevedo, del movimiento feminista Mujeres por la Vida, ayudista de la resistencia, merece un libro completo solo para ella

Durante diciembre estuvimos recibiendo audiencias para presentar las normas constitucionales los artículos de la constitución a un ritmo frenético. De nuevo nos vimos asistiendo a ocho, diez presentaciones diarias sobre diversas normas y temas; tomamos muchas notas y nuestros equipos nos preparaban minutas que debíamos estudiar antes de enfrentar las exposiciones En paralelo, trabajábamos en la plataforma digital que presentaba una curva de participación ascendente. Teníamos reuniones por zoom a veces a las 8 de la mañana y a veces a las 8 de la noche para coordinar los pasos a seguir, escuchar a los expertos en ciberseguridad o arquitectura de la información Finalmente respiramos cuando, el 6 de diciembre, la comisión de participación declaró admisibles las primeras 97 iniciativas populares de norma para que fueran subidas a la plataforma y pudieran ser apoyadas por la gente. Fue muy emocionante ver cuando aparecieron en pantalla esas primeras propuestas surgidas desde las personas y el marcador de apoyos comenzó a moverse. Era el viejo sueño de la democracia directa ¡puesta en marcha por primera vez en nuestra historia!

Algunos pensaban que, una vez alcanzadas las quince mil firmas de apoyo, esa norma quedaría escrita automáticamente en la constitución. Tuvimos que aclarar que las IPN (iniciativas populares de norma) eran una de las dos formas en que las normas ingresaban a la constituyente para ser deliberadas En ese momento nos dimos cuenta de que tampoco había claridad de cómo sería el proceso.

Para entender el proceso de deliberación constitucional que comenzó

después de tener el reglamento es importante explicar cómo se producirían las normas constitucionales. Una norma es, por ejemplo:

> Artículo 15
> El Estado reconoce que los trabajos domésticos y de cuidados son trabajos socialmente necesarios e indispensables para la sociedad y deben contar con remuneración propia.

Las propuestas de norma se ingresaron por dos fuentes: los convencionales electos presentaban directamente sus ICN (iniciativas convencionales de norma) y las personas comunes a través de las IPN (iniciativas populares de norma) respaldadas por quince mil firmas. El saco total de normas que llegaron a la convención fue distribuido, según sus temas, entre las siete comisiones, igual como un croupier distribuye cartas en una mesa redonda. Cada comisión hizo el primer filtro del grupo de normas que recibió: las revisó, las deliberó y se decidió solo por algunas, que envió en un paquete para que todo el pleno, los 154 convencionales, votara por ellas. El pleno hizo el segundo filtro —más amplio políticamente, más representativo de la voluntad popular— y eligió solo algunas normas de ese paquete, otras las envió de regreso a la comisión para afinarlas y otras simplemente las desechó. Cada comisión volvió a revisar las normas que habían sido devueltas, les arregló lo que no había concitado acuerdo y las reenvió al pleno para una segunda votación, donde se eligieron algunas y se desecharon para siempre otras con las que no hubo caso.

Todas las normas que el pleno elegía se iban a un canasto que al final fue ordenado y se llamó «borrador», el que todos vimos vendiéndose en los quioscos antes de la entrega de la propuesta definitiva; un pegoteo medio Frankenstein que tenía los contenidos definitivos, pero sin «armonizar», que es otra historia.

Nosotros, la comisión de principios constitucionales, escogimos a través de votaciones alrededor de setenta artículos en el primer paquete. Les llamábamos informes.

Ordenamos esos más de setenta artículos por títulos de acuerdo con los contenidos que encontramos. Por ejemplo, vimos que un montón se referían a Estado paritario, otros a Chile como Estado regional, otros sobre plurinacionalidad, etcétera. Al final definimos diecinueve títulos, por ejemplo:

- Propuestas soberanía
- Propuestas plurinacionalidad
- Propuestas familia
- Propuestas naturaleza, medioambiente y buen vivir
- Propuestas relación Estado con las iglesias
- Propuestas emblemas nacionales

Entre muchísimas más.

Pusimos al lado de cada titular los artículos que se referían al tema y nos juntamos todos los colectivos afines (Pueblo Constituyente, Colectivo Socialista, Lista del Pueblo, Independientes No Neutrales, Frente Amplio) a conversar para generar una propuesta fundida. ¿Qué significa esto? Que había a veces cinco artículos definiendo Estado regional, por ejemplo. Entonces ¿cuál elegir? ¿Y si me gustaba la primera parte de uno y la segunda línea de otro? Decidimos tomar las mejores frases de los cinco artículos y produjimos uno solo. Estuvimos semanas trabajando en ellos todos los días, diez horas, incluso más, debatiendo los convencionales, abogados, antropólogos, biólogas y asesores varios de los equipos, conversando, eligiendo y votando palabra por palabra, coma tras coma, para

producir un artículo común de cuatro o cinco líneas en horas irrisorias. Todo por vía telemática, compartiendo una pantalla donde movíamos frases, pegábamos palabras, borrábamos otras, les poníamos colores a algunos términos o verbos para irlos votando, ensayábamos alternativas, retrocedíamos a cero a veces cuando surgía una duda en un trabajo agotador que te comía los ojos y las neuronas, que requería mucha disposición y capacidad de diálogo. Fue de relojería. A esos artículos les llamábamos «de consenso», porque habían sido producidos en votación, acuerdo y diálogo entre todos. Estábamos felices, el acuerdo significaba que sería fácil que fueran aprobados en el pleno, cada colectivo había participado, votado y validado los contenidos. Pero el día de la votación nos encontramos con una sorpresa: los colectivos independientes, INN, Coordinadora Plurinacional, Movimientos Sociales y Pueblo Constituyente habían presentado correcciones a los artículos de consenso sin el acuerdo del grupo de trabajo. Estaban intentando instalar párrafos nuevos y eliminar otros que no habíamos acordado. Fue una amarga sorpresa descubrir que a la primera oportunidad no respetaban la palabra. Cuando le consulté a un integrante del grupo Movimientos Sociales, me dijo que sus bases les habían pedido que incluyeran tal o cual contenido extra. Mi respuesta fue obvia: «Si nos reunimos fue para llegar a acuerdos de palabra, consensuarlos y sellar una alianza que permitiera que los artículos alcanzaran los 103 votos en el pleno», pero era una lógica que pocas veces respetaron. Muchas veces nos dijeron «presento esta alternativa solo para dejar tranquilo a mi grupo», pero luego votaban por ella quebrando los acuerdos. En innumerables ocasiones llegamos a consensos y a la hora de votar rompían su palabra para ganar sin respetar los acuerdos. Para los independientes, las personas relacionadas con partidos políticos al parecer no merecían respeto y todo

era válido. Los escuchamos muchas veces criticar a los partidos mientras eran capaces de maniobras igual de sucias y traiciones harto más alevosas.

La política no es un juego limpio, no me cabe duda. La diferencia está, quizá, en que los políticos profesionales y militantes tienen ciertos protocolos para relacionarse. No se dañan ni rompen su palabra entre sí porque saben que deberán volver a encontrarse, deberán conversar de nuevo y alcanzar acuerdos, necesitarán de ese adversario en otro momento, dos meses o dos años después. Pero los independientes entraron a matar o morir en un lapso de tiempo único que no se repetirá. Loreto Vallejos, de Pueblo Constituyente, lo repitió en varias oportunidades: «Esta es la única oportunidad que tendremos de influir en los cambios». Los cuchillos independientes resultaron más largos y su capacidad de desconocer acuerdos dejó desconcertados a los propios militantes de partido. Aun así, hasta el último día muchos de ellos siguieron sintiéndose con altura moral como para cuestionar a «los de la vieja política». Entraron rechazando esas prácticas, pero las usaron hasta el cansancio. Al final, en muchos casos resultaron ser peores. Usaron códigos tribales muy básicos como la cancelación, la ley del hielo, la mentira directa, entre otros. Eso fue desgastando las relaciones a muy poco andar y hacia el final muchas de las decisiones se tomaban entre personas y grupos que ya no se soportaban. Al punto que pudimos ver a colectivos de izquierda independientes asociándose con la ultraderecha para instalar sus ideas a toda costa, en algo que nunca entendieron: si no tiene aprobación entre la izquierda es porque no es una buena idea de izquierda, no puedes ser tan individualista como para ir a buscar apoyo en la UDI para instalar tu capricho. Nunca entendí cómo después eran capaces de criticar a los grupos de centroizquierda por votar algunas cosas con RN o los exconcertación.

«Si no votan por nuestra norma, votaremos en contra de todas las normas de justicia», le dijo la misma Loreto Vallejos a otra convencional, en tono amenazante, hacia el final del proceso, sin importarle si con hacer fracasar esas normas de justicia le hacía un daño irreparable al texto constituyente.

Repito, la política es la misma siempre, lo que hay son buenas o malas personas, y esas las encuentras en todos lados. Vi a militantes de partido admirables y a militantes maquineros que estaban ahí con un pie en la convención y el otro cuidando su futura posición en el escalafón de su partido. Vi a independientes llenos de ética y valores y a independientes capaces de vender a su madre por instalar un tema de interés particular.

En la convención se vio bastante la falta de cultura política de la que adolecemos todos los chilenos de la posdictadura.

Durante una reunión de la comisión de preámbulo, hacia junio de 2022, una independiente muy conocida se salió del grupo de trabajo porque no iba en la dirección que ella quería. Al día siguiente, presentó una propuesta individual. Insistió en imponer su punto de vista por sobre el de la mayoría, pero al no encontrar apoyo, sino por el contrario, molestia, acusó discriminación, maltrato y misoginia. Insistió en que querían silenciarla y se retiró de la reunión con sus asesores. Curiosamente, luego de su salida, el archivo común sobre el que estábamos trabajando online perdió su formato y se borró la información. Su gente publicó en redes que eran víctimas «de la imposición de los bloques que quieren asegurar su espacio en el poder», con copia a los periodistas de CNN que, por supuesto, nos llamaron para pesquisar la chimuchina.

Al día siguiente vino una arremetida de su grupo a través de WhatsApp y llamadas telefónicas directas a convencionales de la comisión para quebrar el acuerdo que habíamos aprobado. Entre otras cosas, se nos insinuó que

llamarían a sus colectivos a votar en contra del preámbulo completo si no aceptábamos incorporar sus demandas.

En la tarde, durante la votación en el pleno, ella y su grupo llenaron de indicaciones el texto de consenso intentando perforarlo para lograr incluir lo que querían. Llegaron a decir que no entendíamos lo que realmente había pasado el 18 de octubre —como si alguien tuviera la verdad exclusiva sobre aquello—, nos acusaron de livianos y a nuestro texto de decorativo, quisieron incluir cuestiones que no habían sido aprobadas en el texto constitucional, como el respeto a los instrumentos internacionales o frases que habían sido votadas en contra durante el trabajo colectivo. Les explicamos por última vez que todos habíamos renunciado a nuestros propios textos e intereses para construir uno colectivo, donde todos se vieran reflejados, uno donde seguramente no quedaría todo lo que cada uno quería o pensaba que debería incluirse, sino un preámbulo que tuviera algo de todos. También insistimos en que los temas específicos serían mencionados pero no desarrollados en extenso, porque para eso estaba el texto constitucional. Pero insistieron en que su tema era más importante y que merecía un párrafo aparte. Salieron a los pasillos a transar con la ultraderecha para aprobar uno de sus temas a cambio de que apoyaran alguna de sus obsesiones personales. Casi lo lograron. Finalmente ocurrió lo que pasa en democracia, los acuerdos mayoritarios consiguen votos mayoritarios: la propuesta trabajada colectivamente, con generosidad y sin egos, triunfó en la comisión. Las propuestas individuales que satisfacían el ego o las obsesiones personales perdieron.

Por desgracia, según un diario, la última jugada de esta persona ocurrió el mismo día de la votación final del preámbulo, en el pleno, cuando se cayó el famoso «párrafo 3»:

> En este contexto, hemos decidido mirar hacia el futuro con esperanza y cambiar nuestro destino sin

importar el origen, la condición o las creencias de cada cual; para construir una sociedad justa, consciente de su relación indisoluble con la naturaleza, amenazada por la crisis climática, que promueva una cultura de paz y diálogo, con un compromiso profundo por los derechos humanos, la justicia, la igualdad y la libertad.

El diario publicó al día siguiente:

La caída de este párrafo se debió principalmente al voto en contra de convencionales de Movimientos Sociales. Esto debido a que (nombre), quien integra este grupo, había presentado una indicación para agregar un párrafo adicional (...) (que) fue rechazada.

Es decir, como no pudo incluir lo que persiguió, dejó al preámbulo sin su párrafo más bello.

Hasta diciembre de 2021, la vida en la convención era del terror para mí, esa es la verdad. Habitaba un colectivo donde no me sentía cómodo, estaba permanentemente tensionado por cuestiones que tenía que aprender sobre la marcha, había que cuidarse de no hacer ningún mínimo comentario que pudiese ser leído mal, porque estaban todos los ojos sobre nosotros, la cantidad enorme de materias que debíamos estudiar, el mar desconocido de procedimientos, las urgencias, los acuerdos y negociaciones, los sitios oscuros donde se transaban cosas y un innumerable etcétera. Me costó agarrar velocidad en los primeros meses. Vi compañeras preguntándose si debían renunciar, otros cuestionándose la convención misma, algunos descolocados sin poder ajustarse a la modalidad de trabajo. Todos haciendo su mejor esfuerzo para sacar adelante una pega que nadie conocía, totalmente nueva, dejándose la piel todos los días.

A todo eso se sumaba el fantasma que flotaba sobre Chile. El del fascismo kastiano.

Se acercaba el domingo 19 de diciembre y estábamos muy nerviosos. La

campaña de Boric cambió. Al parecer, después de dos años desde el estallido, el pueblo de Chile estaba más golpeado y conservador que antes. Desaparecieron los puños en alto, las alusiones a Allende y los mensajes más de izquierda. La campaña de derecha estaba para variar sumiendo en un pantano al país bajo su vieja premisa: si no tenemos el timón, hundamos el buque. Total, tenemos salvavidas.

El 19 de diciembre voté temprano, pero al llegar a ver la transmisión televisiva recibí un balde de agua fría: ¡No había micros para trasladar a la gente! Las personas se apelotonaban en los paraderos sin poder llegar a sus lugares de votación. Hubo denuncias de boicot, videos de micreros diciendo que los dueños de las máquinas no querían dejarlos salir. Desmentidos del gobierno, pero imágenes de los patios de las empresas llenos de buses detenidos. No aguantamos más y con mi jefa de equipo partimos a Puente Alto a ayudar a llevar gente a los puntos de votación. El calor era infernal, los vecinos estaban muy agradecidos. La tele se llenó de noteros reporteando el fenómeno espontáneo con que la ciudadanía se ayudaba entre sí. Hubo denuncias de cierre de locales con gente esperando en las filas, hubo grupos de personas que echaron abajo un par de rejas para exigir su derecho a voto. El país estaba al borde de un ataque de nervios, pero de pronto, a menos de una hora del cierre de las votaciones, apareció Gonzalo de la Carrera, miembro del Partido Republicano, para admitir el triunfo de Boric antes de siquiera empezar a ponernos nerviosos por el conteo de votos.

El lunes fue pura risa y alivio. Hubo celebraciones, pero no tantas para nosotros, porque al día siguiente tendríamos una reunión con el grupo de trabajo a las 7 de la mañana, reunión de comisión a las 9.30, luego reunión del Colectivo Socialista a las 15.30 hasta las 19.00 y después una reunión de trabajo con Tomás Jordán y Pamela Figueroa, a partir de las 20 horas y

hasta las 22, para seguir armando la propuesta de norma de nacionalidad y ciudadanía que presentaríamos en enero. Al día siguiente partíamos con una reunión con el grupo técnico de la plataforma de participación popular a las 8, seguíamos con comisión de principios hasta las 13.30, luego una reunión con la gente de No+AFP, a las 15 pleno hasta las 22 y luego otra reunión, con Mario Vargas y Catalina Lagos, de 22 a 23, para revisar nuestra propuesta de principios constitucionales. Todas estas reuniones las trabajé telemáticamente porque estaba en cama con síntomas de COVID.

Así se nos iban los días de lunes a lunes, de mañana a noche, a todos.

Por supuesto, producto de la cuarentena por mi contagio, pasé Navidad y Año Nuevo solo y aislado, acompañado de una caja de pañuelos desechables y paracetamoles. Preparándome para lo que se vendría: la elección de la nueva mesa directiva. Otro de los momentos clave en la percepción que la ciudadanía tuvo de nosotros.

En simple, lo que debíamos hacer ese 4 de enero era elegir a la nueva directiva para reemplazar a Elisa Loncón y a Jaime Bassa después de los seis meses convenidos, pero la cosa se dio bastante más cerrada que el 4 de julio anterior. El eje Frente Amplio/Colectivo Socialista buscaba mantener la conducción de la convención en una alianza que le había dado cierta estabilidad al ciclo. La idea era llevar a Ramona Reyes (CS) de presidenta y a Beatriz Sánchez (FA) como vicepresidenta, al menos ese era el plan. Había mucha tensión en el ambiente, Elisa y Jaime hicieron una entrada triunfal con música al salón de honor que no fue tan bien vista. Quizá un exceso de pompa que a esta convención tan horizontal le pareció inapropiado. Un extremo llevaba a Bárbara Rebolledo como candidata, el otro se desgranaba entre Eric Chinga, de la Coordinadora Plurinacional, Cristina Dorador, de

Movimientos Sociales, y Daniel Bravo, de Pueblo Constituyente Patricia Politzer insistía por Independientes No Neutrales.

A las 11 45 comenzamos a votar En la primera ronda Ramona Reyes obtuvo 34 votos y tomó la delantera con cierta comodidad, seguida por Bárbara Rebolledo con 32 votos, que eran su techo y no crecería mucho más. Las miradas entre quienes apoyaban a Ramona eran de tranquilidad y cierta satisfacción, el plan era sumar a los de Independientes No Neutrales y a partir de ese piso construir la mayoría necesaria de 78 votos.

A las 14:30, luego del receso para almorzar, INN apoyó a Ramona, que sumó 54 votos y continuó su camino firme hacia la presidencia. Eric Chinga y Dorador estaban bien atrás con 34 y 30 votos, respectivamente. Al no haber nadie que alcanzara la mayoría, se produjo un receso donde ocurrió lo inesperado. Se me acercó Giovanna Roa, del FA, para preguntarme qué íbamos a hacer con lo que estaba pasando con Ramona Reyes. Tenía el rostro desencajado. Me indicó que Ramona era *trending topic*. «Yo creo que tiene que bajarse. Las acusaciones de fraude durante su gestión en el municipio están reventando twitter». La miré y recuerdo la conversación del día anterior con Ramona. «Pero, Ramona, ¿es cierto esto?», le pregunté en el auto camino al excongreso luego de una reunión almuerzo con la expresidenta Bachelet. «Todo está en orden», me respondió, «son cosas antiguas que no pasaron más allá de la denuncia. Tengo mis papeles en orden». Me mostró unos reportajes, me contó de una exautoridad obsesionada con dañarla, y dijo que nos iba a mandar los papeles del juicio. Le creí. Le dije a Giovanna lo mismo: «Son acusaciones infundadas, sus detractores levantan estos sumarios para dañarla». Pero Giovanna me dijo que estaban pensando en bajarse de la candidatura de Ramona. Mi colectivo citó a reunión urgente en un receso forzado y nos juntamos en la sala 3, una

enorme sala de reuniones donde los diez o doce que estábamos ahí nos miramos a la cara con gestos que iban desde el desconcierto hasta la preocupación más profunda. Allá afuera, una tormenta caía sobre la convención. Ya sabíamos que el FA se había bajado de la alianza y estábamos solos. Uno de los *chiquillos* se adelantó y dijo algo que me descolocó: «Yo sabía que era verdad, pero como ustedes estaban presionando para que no le quitáramos la candidatura a la Ramona, preferí no insistir». Era una respuesta insólita a unas discusiones muy sucias que habíamos estado teniendo sobre la candidatura socialista a la mesa. En los días anteriores, descubrimos que había dos facciones peleándose para bajar a Ramona y llevar otro nombre a la papeleta. «Montero ya tiene el negocio listo con la Politzer para llevarse la presidencia y la vice», le comentó uno de los *chiquillos* a otro integrante del colectivo. Había una lucha de poder al interior del CS que se había peleado de forma soterrada y discreta, diputados amigos de uno u otro candidato llamaron a militantes del colectivo para presionarlos en una u otra dirección. Ramona acusaba, no por primera vez, de machismo al grupo, de querer desbancarla. Mi primera frase fue: «Si ustedes creen que un hombre militante del Partido Socialista puede llegar a ser presidente de la convención, están locos. Si por algún milagro llegara a salir electo, al día siguiente vendría una turba a quemar todo esto». Me llamaba la atención que la disputa no estuviera siendo a quién otro apoyar, sino cómo mantener a Ramona, otros viendo alianzas para sacar a uno de los *chiquillos* a pesar de todo. En el fondo, ganar el poder porque sí, porque de eso se trata. La guinda de la torta ocurrió cuando Patricio Fernández pidió la palabra y comentó que se le habían acercado de la derecha, le habrían propuesto que si iba él como candidato estarían dispuestos a apoyarlo. La discusión se encendió como si le hubieran arrojado un bidón de bencina a la fogata.

—¿Pero ¡¿cómo vamos a votar con la derecha?! —dijo Matías Orellana.

—¿Patricio Fernández sería el candidato de la derecha? —pregunté—. ¿Los socialistas en alianza con la UDI? ¿Ese es el plan?

—No sería el candidato de la derecha, sería nuestro candidato y si resulta que ellos votan por Pato, bueno, no es nuestro problema —respondió Montero.

—¿Y tú crees que somos huevones? —insistí—. Las deudas que tendríamos con ellos no se pagarían solas. Yo no voy a votar por un candidato de la derecha para presidente.

—Si el problema es cruzar el río para hablar con los del otro lado... —dijo alguien.

—Es que yo ni siquiera creo que haya un río —dijo Andrés Cruz, y me quedé helado.

—Me molesta que hablen como si yo no estuviera —murmuró Ramona—. Yo todavía tengo posibilidades de salir y pido que respeten el acuerdo y mi candidatura.

Nadie respondió, todos sabíamos que esa posibilidad había muerto allá afuera, con un escándalo mediático que nuevamente había manchado el proceso.

Me fui al baño a respirar unos segundos. Esto era muy grave. Si había algo en lo que el Colectivo Socialista no podía verse involucrado era en corrupción, su marca ya estaba suficientemente manchada. Pero también noté que no les parecía tan raro a algunos, escuché de al menos tres integrantes la frase: «Pero si esto les pasa a todos los alcaldes, no hay problema».

Volvimos al pleno, donde ocurrió uno de los eventos clave del segundo tiempo de la convención. Frente al descalabro, el Frente Amplio se volvió hacia la izquierda y votó por Cristina Dorador (me sumé a aquello),

mientras que el Colectivo Socialista miró hacia un sector más conservador y votó por Patricia Politzer. Pero ya en la quinta vuelta de votaciones, miró aun más allá y votó por Patricio Fernández en alianza con la exconcertación, Renovación Nacional y la UDI.

Las cosas quedaron así: Dorador con 64 votos y Patricio Fernández con 60. Mi voto seguía con Dorador, en disidencia con el CS.

Eran las 9 de la noche, llevábamos casi doce horas en un reality que la derecha interpretaba, y así se lo hacía saber a los medios, como una incapacidad de la convención de tomar acuerdos. «¡Qué ocurrirá cuando estemos votando artículos de la constitución, entonces!», gritaba alguien frente a las cámaras. Me comía las uñas, movía frenéticamente el pie derecho, miraba fijamente hacia donde estaban sentadas Yarela Gómez y María José Oyarzún, las coordinadoras del Frente Amplio. Un par de minutos después miré la pantalla de votación, el almirante Arancibia estaba votando por Patricio Fernández. Me decidí y crucé la alfombra roja que divide los dos sectores de sillas del salón de honor. Me senté en la escalinata junto a las sillas de las chicas y le pregunté a Yarela: «¿Habrá espacio para mí en el Frente Amplio, Yare?».

En la siguiente votación INN le quitó el apoyo a Pato Fernández y subió a Gaspar Domínguez a la pelea. Luego de eso vino un nuevo descalabro y los votos se fragmentaron aún más. INN levantó a Benito Baranda, Eric Chinga no se bajó a pesar de nunca haber contado con más de veinte votos.

A las 2:15 de la madrugada, Cristina Dorador retiró su candidatura, debido a la continua baja de apoyos en las últimas rondas y se fue del

excongreso Dos horas después y con un acuerdo frágil en torno a la candidatura de María Elisa Quinteros, se suspendió la sesión hasta las 15 del día siguiente

Lo que ocurrió el segundo día de votaciones, 5 de enero, es un ejemplo nítido de lo que hemos venido conversando en este libro sobre la política, los militantes y los independientes.

A las 15 30, llegó el negociador del Colectivo Socialista, Max Hurtado, a decirnos que ya había acuerdo sobre la presidencia: María Elisa Quinteros, pero aún no por el cargo de vicepresidente

—Estamos a punto —nos comentaba—. Hay un acuerdo entre el FA, nosotros e INN de no votar por María Elisa Quinteros hasta no tener acuerdo sobre quién va a ir a la vicepresidencia. A ella le faltan esos votos, así que no va a salir hasta que no tomemos la decisión

—Vayan a pedirle a Bassa media hora más para cerrar el tema —le propuse Max y Tomás Laibe se dirigieron a la mesa, pero regresaron derrotados.

La votación empezará ahora Bassa no nos dio los minutos

—Votemos cada uno de los colectivos por cualquier nombre y en el receso antes de la próxima votación definimos el nombre del vicepresidente —dijo alguien. Lo comentamos con el FA y estuvieron de acuerdo; alguien fue a hablar con INN y regresó con el mismo acuerdo Nosotros le haríamos un homenaje a Roberto Celedón votando por él como saludo a la bandera, el FA votaría por Beatriz Sánchez e INN supusimos que por Gaspar Domínguez.

Comenzamos a caminar uno a uno hacia la famosa ensaladera de plata donde depositamos los votos, cuando se me acercó Claudio Gómez, creo recordar, para decirme por lo bajo

—Nos cagaron. INN está votando por María Elisa Quinteros. Parece que

negociaron por debajo darle los votos que les faltaban, a cambio de la vicepresidencia para Gaspar Domínguez. Quedamos fuera.

Nadie lo podía creer. La gente del FA nos miraba a lo lejos con el rostro lleno de estupor. Los Independientes No Neutrales nos habían fileteado sin asco. Ahí estaba John Smok cerrando el conteo de votos, el FA y nosotros quedamos en ridículo votando por nombres fuera de competencia y los independientes de izquierda y derecha celebraban a María Elisa Quinteros.

Como comenté antes, los cuchillos de los independientes resultaron más largos y afilados de lo que cualquiera hubiese pensado.

—¿Qué hacemos? —nos decíamos, mirando hacia el FA.

—Fue un acuerdo, significa que también tienen los votos para elegir al vicepresidente.

—Votemos por Gaspar o de nuevo quedaremos solos —admitió alguien, con la voz baja, asumiendo que nos habían asaltado a plena luz del día.

A las 20 del segundo día de votaciones y en la primera ronda de votaciones, Gaspar Domínguez ganó el cargo por 112 votos contra 35 del candidato de la derecha, Felipe Mena. No podíamos quedar más en el suelo.

Además, mi lealtad hacia el grupo se había quebrado. Les solicité urgente una reunión para conversar los temas pendientes que se acumulaban, necesitábamos aclarar lo de la fiesta en el Biobío, necesitábamos conversar abiertamente los problemas que varios integrantes tenían acerca de la conducción del grupo, era importante que les expresara mis dudas sobre mi continuidad, debíamos aclarar las verdades o mentiras en torno al caso de Ramona, era necesario un cara a cara porque me sentía al borde de un acantilado. Citamos reunión, sin muchas ganas, para el viernes 7 a las 8:30. A la hora no llegó nadie, a las 9:00 había tres, a las 10 decidimos comenzar la reunión con los que estábamos —faltaban nombres importantes de los *chiquillos*—. Pedí poner en tabla mis temas. La reunión avanzaba lento y

como a las 11 fui al baño, cuando regresé me comunicaron que habían decidido que mis temas los veríamos otro día. Tomé mi bolso y me despedí. Fue mi última reunión presencial con ellos.

El día de la elección de nueva mesa se configuró el juego político de los siguientes meses. El Colectivo Socialista, buscando tener fuerza propia más allá del FA, jugando cada vez más hacia los conservadores, cerca de la exconcertación, INN y la derecha. Y el Frente Amplio, buscando generar mayorías dentro de la izquierda, pero claramente disminuido con respecto a la primera mitad del proceso. El CS sentía que siendo aliado del FA siempre terminaba como el arroz, un acompañamiento simplemente, así que buscó sus alianzas con mayor independencia y flexibilidad.

Fueron días de cuchillo y sangre.

Me concentré en mi trabajo y me despedí internamente del CS. A la semana siguiente, el 16 de enero, viajamos a Copiapó con la comisión de principios constitucionales. Sesionamos en la plaza de Copiapó, en Tierra Amarilla, Huasco y viajamos a Freirina, donde nos recibió muy emocionado César Orellana, el alcalde que apoyó y dio la lucha junto a su población contra las instalaciones insalubres de Agrosuper en 2012. Fue terrible constatar en terreno lo que significa vivir en zonas de sacrificio, esos lugares donde la producción industrial vale menos que la vida y salud de sus propios habitantes. También constatamos una verdad del terror: los habitantes están secuestrados emocionalmente por las instalaciones que los intoxican, pues son las mismas que les dan trabajo y beneficios. Una realidad que se vive casi en todas las ciudades del norte de Chile y en varias del sur. Las empresas que dan trabajo son también las que destruyen el medioambiente y la salud de las personas por su falta de regulación y la

desmedida ambición de empresarios, que tienen la ruta libre, con una constitución que los favorece.

Regresamos con mayor convicción a nuestras labores. Chile debe ser un Estado centrado en las personas antes que en la producción, las regiones deben tener atribuciones para tomar las decisiones y no ser títeres de Santiago, los beneficios que producen las empresas de regiones deben quedar en las mismas regiones, nunca más se debe condenar a nadie a vivir en una zona de sacrificio. Es simplemente inhumano.

Al regreso, nos tomamos un café con Giovanna Roa cerca de La Moneda, hablamos de la vida, la convención y nuestras historias. Le planteé que estaba buscando un lugar donde me sintiera más cómodo, conversamos acerca de la mejor fecha para comunicar la decisión y nos despedimos con cariño. Giovanna es una de las personas más lindas que conocí en la convención y me la llevo en el corazón.

El sábado 29 de enero, por vía telemática, tuve mi última reunión con el CS. Escuché los temas de la tabla y cuando llegamos al mío les dije que renunciaba al colectivo. Hubo silencio, me di cuenta de que no se lo esperaban. Raro, considerando que había dado todas las señales.

Les expliqué que no me sentía cómodo con la línea política, que me iba decepcionado porque no se habían dado la molestia de entrenar a los independientes, en ayudarnos a alcanzar nuestro mejor desempeño, en darnos responsabilidades que nos ayudaran a crecer, sino que habían capturado el poder con sus conocimientos en política y el resto íbamos en el *pickup* de la camioneta; les hablé del nulo apoyo que recibí luego del maltrato físico recibido en el hemiciclo y en la calle. «Salieron a firmar una carta y a defender a la machi Linconao, antes que a su compañero de colectivo», les dije. Mencioné el caso de Ramona y me sorprendí cuando dije lo de la fiesta en el Biobío porque, a esas alturas, descubrí que todavía

varios integrantes del colectivo no sabían lo que había ocurrido. Especifiqué que no acusaba a todos los integrantes, pero sí a quienes lo articulaban por no haber sabido construir un equipo, por no haber distribuido el poder. De vuelta por supuesto recibí acusaciones de poco compromiso con el colectivo, de votar alineado con otros grupos como el PC o el FA, de no integrarme a las conversaciones en el jardín, entre otras verdades. Una integrante lanzó un discurso donde me acusó de ser una manzana podrida y de querer ofender al pobre Ricardo Montero, que había sido como un padre para ella. Hasta donde recuerdo, ninguno de los compañeros que habían compartido conmigo sus molestias con la dirección del colectivo tomó la palabra. Les di las gracias por haberme recibido en un principio, pero que me resultaba imposible seguir ahí. Con los meses, fui sabiendo que trabajaban internamente quebrados. En las votaciones era notoria la actividad de dos grupos, uno muy conservador y otro votando alineado con la izquierda. Unos preocupados de lo que sus dirigentes o senadores del partido les pudiesen indicar y otros votando en la línea de la convención. De hecho, llegaron a tener dos listas de votación en varios pasajes. «Es que es difícil salirse», me confesó uno. «Es que me apoyaron cuando hice mi campaña», me decía otro. «Yo soy militante, si me salgo me hacen bolsa», me aclaraba uno que la sufrió harto también.

Dormí pésimo todo el fin de semana. El domingo llamé al dirigente del PS que me había contactado, le expliqué más o menos la situación, y le ofrecí devolver el apoyo económico recibido. Él dijo entenderme y me agradeció la llamada.

El lunes 1 de febrero envié un comunicado de prensa anunciando mi renuncia al Colectivo Socialista, el mismo día en que se cerró la recepción de normas constitucionales. Una semana después estaba comenzando a coordinar mi equipo con los de la bancada del FA. Era muy importante para

mí retirarme antes de iniciadas las votaciones de norma, para no enredar las cosas. Se acercaba el término de ese período y comenzaríamos muy pronto a votar los informes en el pleno.

Por desgracia, el período de presentación de normas fue quizá el que más daño le causó a la convención. La derecha hizo una fiesta con las decenas de normas delirantes que algunos convencionales muy puntuales presentaron. Fue imposible hacerle ver a la gente que no se trataba de cuestiones que quedarían en la constitución, la falta de conocimiento generalizado acerca de la manera en que se construía el cuerpo constitucional fue un terreno fértil para toda clase de titulares de la prensa.

Estoy convencido de que gran parte del voto de rechazo comenzó a incubarse por esos días. Produjo una animadversión hacia la convención e instaló la idea de «delirio», utilizando unas pocas intervenciones de convencionales bien específicos.

No le hizo bien al proceso que, el 20 de enero, la primera norma aprobada en una comisión estableciera que:

> El Estado reconoce a la atmósfera, dentro del espacio aéreo fijado por acuerdos internacionales sobre la materia, como un bien natural común, el cual comprende desde el aire que respiran sus habitantes hasta el cielo a través del cual ven el espacio.
>
> Y que la segunda fuera:
>
> Derecho de acceso a la montaña y uso de senderos ancestrales.

Me imaginé la cara de estupor de los millones de chilenos que esperaban ansiosos una norma sobre salud, vivienda, educación o trabajo. Pero ¿el

espacio, senderos ancestrales?, dando así inicio a otro de los pasajes de pésimo manejo comunicacional que tuvimos durante todo el proceso.

Durante esta etapa, los convencionales del rechazo utilizaron dos estrategias:

—Rescatar las peores normas, promoverlas por redes y en sus apariciones en televisión, como si fueran ya normas aprobadas.

—Proponer normas que sabían que serían rechazadas sobre temas sensibles, para luego salir a visibilizarlas por los medios.

¿La prensa? Claramente *El Mercurio* y su brazo armado, *La Segunda*, más *La Tercera*, estaban en campaña para desprestigiar a la convención. Hacían de caja de resonancia de cualquier cosa que oliera a problema. Entre el 4 de julio de 2021 hasta el 4 de julio de 2022, *El Mercurio* publicó 208 editoriales en contra de la convención, todas negativas, desde mensajes de dudas sobre su desempeño, hasta acusaciones directas, diatribas apocalípticas o discursos amenazantes.

«¿Constitución refundacional?», titularon el 8 de julio de 2021, a solo cuatro días de la inauguración y cuando faltaban meses para siquiera presentar alguna propuesta de norma que respaldara esa afirmación.

Estas fueron algunas de las columnas publicadas:

«Señales preocupantes»,
«Indulto a la violencia»,
«La violencia y el delito»,
«Condenar siempre la violencia»,
«Vértigo radicalizador»,
«Libertad de expresión amenazada»,
«Espiral de violencia»,
«Avanza la violencia»,

«Convención, avance con dudas»,
«La República borrada»,
«Aumento en asignaciones»,
«Bochornosa y reveladora crisis»,
«Negacionismo»,
«Libertades amagadas»,
«Cancelación institucional»,
«Fraude al pueblo»,
«La radicalización como discurso y como método»,
«Violencia entendida con ambigüedad»,
«La mentira y la fe pública»,
«Convención: legitimidad en juego»,
«Ficción peligrosa»,
«Gobernabilidad cuestionada»,
«Señal preocupante»,

«Mínimas exigencias de seriedad»,
«Nada que celebrar»,
«Camino de destrucción»,
«Decisiones controversiales»,
«La ruta al "neopobrismo"»,
«La convención y la violencia de ayer»,
«Defensa de la libertad religiosa»,
«El debate sobre la violencia»,
«Retroceso de 100 años»,
«Convención, más dudas que claridad»,
«¿La refundación en marcha?»,
«Regionalismo fragmentario»,

«Una comisión radicalizada»,
«Empresas mineras bajo amenaza»,
«Violencia y hostigamiento»,
«Refundación judicial»,
«El riesgo del fracaso»,
«Chile ¿unido o segmentado?»,
«Precarización de la propiedad»,
«Libertad de expresión amenazada»,
«Ocasión desperdiciada»,
«La alerta de las cifras económicas»,
«El riesgo de la ingobernabilidad»,
«Politización de la judicatura»,
«Una pesadilla».

Todos estos titulares en la página editorial de *El Mercurio*, la mayoría ANTES de votar una sola norma, siquiera.

Además, asociaron con intención el proceso constituyente a todo lo negativo que ocurría en el país y el mundo, la inflación, la pandemia, la escasez, el narcotráfico, etcétera. Los canales de televisión eran más predecibles: su necesidad de rating hacía que convirtieran todo en espectáculo de matinal, de manera que las normas dementes solo alimentaron su máquina con carbón de alta calidad farandulera, amplificando aún más nuestros errores e invisibilizando nuestros aciertos, creando así una percepción negativa de lo que estábamos haciendo. En redes sociales la cosa era aún peor, desde casos patéticos como el de Francisco Javier Orrego, militante de RN, contratado como asesor por el convencional Bernardo Fontaine para hacer programas de YouTube o TikTok contra la convención... con dinero de la convención; hasta grupos de

WhatsApp, envíos masivos de mensajes de texto, propaganda millonaria por Facebook, avisaje en YouTube, espacios pagados en radio, creación de falsos periódicos online como *El Baquedano*, ejércitos de bots que se le arrojaban al cuello a los convencionales todos los días, en un ejercicio de desgaste espantoso, más cualquier otro medio que se les pueda imaginar. Ni hablar de los folletos, volantes e incluso campañas de afiches imitando gráficas de izquierda, para mover a la confusión en sectores medio bajos de Santiago.

La presión que debió soportar la mesa directiva, en especial la presidenta Elisa Loncón y el vicepresidente Jaime Bassa, fue feroz. La *lamgnen* Elisa es una mujer bajita y de voz muy dulce, pero no te cruces en su camino porque voltea a cualquiera. La gracia es que no lo hace, no necesita hacerlo, es fuerte, hábil y supo llegar a acuerdos que les supusieron pérdidas dolorosas a sus objetivos y los hizo sin chistar. Cada vez que la veo la abrazo, puede ser enojona a veces —estuvo molesta conmigo durante un tiempo—, pero es muy amable y divertida; es una gran mujer a la que le guardo mucho cariño y enorme respeto, más aún por todo lo que tuvo que soportar durante este año: el desprecio, la burla, el racismo de algunos y el odio de tanto personaje que sigue creyendo que vive en el siglo XIX. Hubo muchos afectados por el acoso permanente, tuve compañeros y compañeras con fuertes cuadros de estrés no solo por el trabajo, personas con apoyo profesional, cuadros de ansiedad, llanto, hombres y mujeres por igual. No era fácil estar sacándose el cuero todos los días hasta la madrugada para que al día siguiente la prensa o un compañero o compañera se mandara un numerito haciendo una declaración inoportuna, o a veces tú mismo dejando alguna embarrada.

En esos días, en una reunión en el café Pascucci de Ahumada, hice una broma sobre escribir la «anticonstitución» con todas las normas atroces que

algunos presentaron y que tanto daño le hicieron al proceso. De haberse escrito, estos serían algunos de sus párrafos:

- Declarar a Chile país libre de armas nucleares.
- Disolver los poderes del Estado (presidencia, congreso y tribunales) para crear una asamblea plurinacional de los trabajadores que dirigiera el país.
- Reconocimiento constitucional para el reino Fungae (hongos).
- Derecho al cuerpo y a que los muertos conozcan las causas de su muerte.
- Una propuesta de preámbulo que promovía una constitución planetaria, cuántica y cósmica.

No fue fácil que, de nuevo por la falta de educación en el proceso, producto del nulo interés del gobierno de Piñera, la gente entendiera que estas pocas normas raras eran una parte minúscula dentro del gran total, que habían sido rechazadas y que no eran parte de la discusión. El rechazo levantaba cada día con más fuerza la idea de que la convención era un circo de locos, no les importaba la sensatez de la enorme mayoría versus los disparates de unos pocos que no tenían mayor relevancia. La prensa los llevaba a plana completa como ejemplo de lo que era la convención, según ellos, y la televisión los rescataba como parte del necesario show matinal. Esto no es una disculpa, aún no reparamos en el enorme daño que muchos eventos que considerábamos menores le hicieron a la credibilidad del proceso. Bailes con disfraz en el hemiciclo y personas votando desde la ducha eran capaces de borrar meses de trabajo serio y profesional de una plumada.

También costó comunicar que la construcción de norma no era una competencia de quién instalaba su propuesta en el texto definitivo. La analogía para entender el proceso es similar a la de preparar una comida entre varios. La convención recibió miles de normas diferentes, unas muy

buenas, otras solo buenas, algunas no tan buenas, un poco pasadas, locas y otras derechamente delirantes. En esa *feria* de productos elegimos (votamos) solo algunos, quedaron fuera todas las delirantes y las malas que tanto ruido hicieron en la prensa. Las que quedaron las partimos, las picamos, algunas las molimos y fuimos preparando platos entre todos. Al final, nadie puede decir que aquella norma que ingresó al inicio quedó tal cual en el texto final. Esas normas fueron materiales con los que entre todos y todas fabricamos las definitivas en un esfuerzo colectivo.

El 17 de febrero tuvimos el primer pleno para votar esas primeras normas que pasarían a la constitución. Viendo la situación hacia atrás, supongo que tampoco fue una buena señal para las personas comunes que el primer artículo que pasó a formar parte de la nueva constitución fuera el de pluralismo jurídico:

> *Plurinacionalidad*, *pluralismo jurídico e interculturalidad*. La función jurisdiccional se define en su estructura, integración y procedimientos conforme a los principios de plurinacionalidad, pluralismo jurídico e interculturalidad.

En esos días de febrero aún no teníamos del todo identificado que la plurinacionalidad se estaba convirtiendo en una barrera para la aprobación de la nueva constitución. Entramos convencidos de estar realizando un acto de justicia histórica, al establecer derechos específicos para los pueblos originarios y su tan demorada justicia territorial. El despojo, las masacres y la discriminación, además del respeto reverencial a los pueblos, nos hizo quizá avanzar sin tomarle la temperatura al país completo. Los chilenos y chilenas tenemos marcada una palabra a fuego en nuestra alma, una palabra que ha significado acaparamiento, desigualdad y burla: la palabra *privilegio*. Mucha gente vio en el trato diferenciado que se les dio a los pueblos originarios en la nueva constitución otras formas de privilegio. La

verdad es que solo se estaban escribiendo cuestiones que Chile había firmado hacía décadas en tratados internacionales, pero que nunca había implementado. No eran privilegios, sino más bien «diferente trato» en algunas cosas, que no es lo mismo que «mejor trato». La derecha identificó tempranamente esa percepción y comenzó a hablar de «constitución indigenista». Apeló a la más baja emoción humana: la construcción de un otro al que odiar. En la Alemania nazi eran los judíos, en Norteamérica eran los negros, hasta hace un par de años en Chile eran los haitianos; para la constitución la derecha levantó a los indígenas como ese otro al que hay que detestar y acusar de todos los problemas. Era perfecto, porque también eran responsables, decían, del terrorismo y la violencia generalizada; era un grupo que quería obtener tierras gratis y hasta una justicia propia. Eran el enemigo. Teresa Marinovic dijo que ella no había matado a nadie y no tenía por qué hacerse responsable de cosas que habían pasado hace cientos de años, Ruth Hurtado dijo que los indígenas tendrían más derechos que los chilenos, entre otras falsedades y malinterpretaciones.

La plurinacionalidad no es más que admitir una verdad: Chile está compuesto por diversidad de naciones. El error que explotó la derecha fue hacerle pensar a los chilenos que país y nación eran lo mismo y que reconociendo esas naciones dividíamos al país. Una nación es un conjunto de gente que comparte la misma cultura, el mismo idioma, las mismas costumbres y creencias, no es un país. Hay naciones sin país, como los judíos antes de 1948. O hay naciones que viven en varios países, como los aymara, que pueblan territorios en Perú, Chile, Bolivia y Argentina. Un país es lo que hay al interior de la línea punteada en los mapas con una oficina administrativa llamada Estado, pero las naciones pueden vivir en países diferentes, como los mapuche, cuyo territorio de asentamiento está en Argentina y Chile. Los mapuche nacidos en Chile son chilenos y los

nacidos en Argentina son argentinos. Eso no cambia. Solo reconocemos que al interior del país hay varias naciones. Porque, como dice el artículo 3 del borrador de la nueva constitución:

> Chile, en su diversidad geográfica, natural, histórica y cultural, forma un territorio único e indivisible.

Harry Jurgensen, convencional RN, insistió cada vez que pudo: «¡No! ¡Chile es pluricultural, no plurinacional!». Pero ahí teníamos otro problema, una nación es muchísimo más que una cultura. La Garra Blanca tiene una cultura propia, códigos, insignias, emblemas, palabras propias; los hiphoperos también se diferencian del resto, pero no son un pueblo con idioma propio, comida propia o creencias espirituales propias, con una cosmovisión, tradiciones ancestrales que regulan sus relaciones con un territorio específico, etcétera. Hablamos de dos situaciones de muy distinta magnitud.

En fin, las tergiversaciones del rechazo encontraron un lugar en el corazón de los chilenos y calaron hondo entre quienes buscaban razones para oponerse.

En esta nueva etapa donde votábamos las normas que salían de las comisiones, nos vimos enfrentados a otra herramienta del rechazo para obstaculizar el proceso. Para explicarlo en simple: imagínense que teníamos que aprobar los mejores cuentos de un libro con veinte textos en su interior. Pues bien, la derecha, haciendo uso de un resquicio, nos obligó a votar los veinte cuentos no solo por separado, sino párrafo por párrafo. A veces significó que en vez de votar hasta las 16 horas debíamos votar pausadamente y sin ningún sentido hasta las 23, todos los días, en un agote

que buscaba justo aquello, desgaste y cansancio. También hicieron uso excesivo de los minutos para hacer acusaciones de reglamento, todos los días enviaban oficios (cartas a la secretaría) sobre cuales creaban debates artificiales para demorar todo. Además, por supuesto, de una permanente provocación para producir exabruptos o peleas. Todos los días, todas las semanas, debimos ver cómo esta gente atornillaba al revés, mentía, tergiversaba y ponía todos los obstáculos disponibles. Campeón de aquello fue Martín Arrau García-Huidobro, un personaje que hizo gala y exhibición de su racismo, de su desprecio por el resto y su enorme capacidad para mentir y tergiversar cada aspecto de la discusión.

Durante esos meses de febrero y marzo, la aprobación de la convención no hacía más que bajar. No encontrábamos otra explicación que la muy ordenada campaña de desprestigio orquestada por la prensa de derecha, no por nuestros tropiezos. Creíamos que las personas sabrían diferenciar las cuestiones de forma sin importancia, de las cosas de fondo, lo relevante. Pero no fue así. Por estos días, la forma en que se hacen las cosas importa tanto o más que el fondo y nunca supimos distinguirlo. No éramos políticos profesionales y pensábamos que, haciendo bien el trabajo de constituyente, a la gente no le iba a importar que fuéramos desordenados, que hiciéramos algún chiste o que nos sorprendieran en alguna acción impropia. Fuimos torpes e ingenuos. Chile es un país mucho más moderado y circunspecto de lo que pensábamos y nunca dejamos de cometer errores en ese sentido. Recuerdo haber dicho en alguna entrevista que nunca un organismo como este había estado tan sujeto al escrutinio diario de los medios, convertido por ellos en un reality donde el contenido no importaba. Éramos una institución nueva que cometía errores porque se adentraba en territorios desconocidos; si le hubieran puesto cámaras a las carabelas de Colón, a los tres días habrían estado exigiendo que el barco se devolviera. Por esos días

pensábamos que el rechazo se comportaba de modo tan violento porque tenía que aprovechar el período de «normas locas», porque luego, cuando se comenzaran a aprobar los derechos sociales, estarían sonados. «Cuando salga en la prensa que tenemos derecho a salud pública de calidad, o educación gratuita universitaria, pensiones suficientes y derecho a la vivienda, la cosa va a cambiar», decíamos. Pucha que fuimos ingenuos. A veces sentíamos que era el pavor de los chilenos acostumbrados a que los jefes mandaran y que les daba miedo ver a sus iguales controlando el buque. Pensamos tantas cosas mientras el trabajo frenético nos impedía levantar la cabeza.

Mientras tanto, el pleno —cuando los 154 tenían que votar alguna norma — funcionaba perfecto, de hecho, a muy poco andar me convencí de que aprobar por 2/3 había sido una gran idea o habríamos terminado estatizando la niebla o el poder de los chakras. El pleno fue una demostración de que un grupo lleno de visiones diversas pensaba mejor que individuos o colectivos ideológicos. Me sorprendió ver normas pasadas de rosca que entraban en la juguera de la discusión y salían ordenaditas, sin puntas peligrosas o carencias. Como dijimos antes: no representando a nadie, pero representándonos a todos. Por supuesto, los extremos pensaban que los de centro eran traidores que les habían quitado algo a sus normas y los de centro pensaban que los de extremos eran unos dementes que les habían quitado también algo a las propias. Nadie conforme, todos conformes. Hay que pensar que las normas se aprobaron con un 75 por ciento del pleno, casi diez puntos más que los dos tercios, 66 por ciento, que se consideraban inalcanzables al comienzo. La legitimidad de todo lo aprobado por la convención constitucional no puede ser discutida por nadie. Fueron acuerdos de enorme amplitud que requirieron que todos se ordenaran, se moderaran y entraran en diálogo con los otros.

¿Fue bloqueada la derecha? Desde mi punto de vista, no. Creo que se automarginaron de la discusión, como dijimos antes.

Febrero de 2022 fue el mes de la ofensiva conservadora externa a la convención. Suponemos que a raíz de la perplejidad de la derecha, que vio cómo alcanzábamos fácilmente acuerdos y votaciones por 2/3. Primero surgió un grupo pintoresco en torno a Cristián Warnken, que juntó a su alrededor a una cantidad de personajes autodenominados «los amarillos», que en una carta a la prensa declararon: «Muchas de las propuestas que han emanado de las comisiones y algunas de las que ya están alcanzando los 2/3 en el pleno están encendiendo la señal de alerta entre quienes no queremos la deconstrucción de Chile, ni su desmembramiento, ni su refundación desde cero». La mayoría de quienes firmaban la carta habían pertenecido al ala más conservadora de la concertación y se reconocían desilusionados por el camino que estaba tomando la convención —recién estábamos votando— y pedían que se hicieran «reformas, no revolución, no una constitución inarmónica o sesgada, sino una nueva constitución equilibrada». Lo que fuera aquello a lo que ellos llamaban «una constitución equilibrada», porque jamás hicieron propuesta alguna, ni criticaron artículos específicos, salvo el de plurinacionalidad. Un grupo preocupado, decían, porque en la convención estaban primando los criterios de la mayoría por encima de los de la minoría —algo sorprendente en democracia, sobre todo cuando esa minoría había entrado a mentir, tergiversar y bloquear permanentemente el trabajo convencional—. Los amarillos eran setenta personas que se quejaban de representar a una minoría desplazada —nosotros representábamos a millones—, la que curiosamente no tuvo obstáculo para que, desde ese momento y hasta el final del proceso, se les entregaran páginas completas de diarios, horas de radio y televisión para transmitir una opinión que básicamente solo hablabla por ellos y por quien fuera que los

estaba generosamente financiando —hasta el cierre de este libro no se sabe —. Las razones por las que levantaron la voz en aquella carta de febrero demostraron estar infundadas. Nunca desmembramos el país, nunca hicimos revolución alguna, nunca deconstruimos ni refundamos nada, sin embargo, ahí siguen, llamando al sector de centro a votar rechazo sin mayores razones. En una primera etapa se trató de figuras públicas y luego continuaría con miembros en activo de la centro izquierda, relacionados con las diferentes formas de élite que se formaron posdictadura. Socialistas como Fulvio Rossi o Fidel Espinoza. El extraño caso de Javiera Parada, que de luchar por la organización MARCA AC, que buscaba el cambio constitucional, pasó a ser parte del equipo de la derecha y a estar en contra de la convención. Entre muchos próceres que comenzaron a darle la espalda al proceso.

¿Qué pensar de ellos? Sería sencillo decir que fueron comprados o cooptados por el poder económico, pero no es tan fácil. Al mirarlos uno ve personajes de la historia reciente del país que participaron de los beneficios del modelo de Pinochet mientras fueron gobierno, a gente relacionada con la alta burguesía que en algún momento se las dio de progresista, pero que descubrió que los cambios reales les producen vértigo y pánico. Los moderados y sensatos que siempre están ahí para decir que algo «es demasiado», no porque sean sensatos, sino porque nunca han estado en la miseria y le tienen pánico a ese agujero negro que se les abre más al poniente de plaza Dignidad.

La otra patada voladora que recibió la convención durante ese febrero del terror fue la carta enviada por Pablo Longueira, militante UDI imputado por cohecho en el caso SQM. La misiva se titulaba «Nueva Oportunidad», y en ella expuso la necesidad de votar rechazo para convocar a un nuevo proceso constituyente. La verdad es que la derecha había detectado que en la

disyuntiva constitución del 80 versus nueva constitución, la del dictador tenía todas las de perder, e intentó crear una nueva confrontación: la constitución *octubrista* versus una constitución *sensata*, que debía hacerse después de votar rechazo, nadie sabía por quiénes ni cuándo. Ese primer movimiento terminó generando innumerables alternativas. Rechazar para iniciar un proceso de reformas, para las que se ofrecieron amablemente los mismos senadores que perderían su pega de aprobarse la nueva constitución; rechazar para convocar a una nueva convención constitucional; rechazar para construir una nueva constitución desde el congreso, etcétera.

Las combinaciones produjeron uno de los párrafos más delirantes del líder de los amarillos, Cristián Warnken, que en una columna nos deleitó con este trabalenguas:

> Unos «aprueban para reformar», otros «rechazan para reformar». Y se dice que los primeros aprueban así para no rechazar (aunque, en el fondo de su conciencia, rechazan). Por lo tanto, los que en verdad estarían rechazando hoy son mayoría, tan contundente como el 78 por ciento del apruebo del plebiscito de entrada. Pero ese rechazo transversal quedará invisibilizado en el resultado, porque los rechacistas encubiertos prefieren disfrazarse de apruebistas. Apruebistas con bien poco entusiasmo, apruebistas resignados.

El mundo moderado de nuestro país se volcó en masa a sabotear el proceso que llevábamos adelante en el ex congreso nacional. Se cuestionó nuestra legitimidad. Inútil fue explicar que el proceso fue aprobado con un plebiscito de entrada rotundo, que los convencionales fueron electos de manera legítima para escribir la nueva constitución y que el proceso se cerraría con un plebiscito de salida en toda norma. Al ver la lista de integrantes, era posible distinguir conspicuos nombres de lo que botó la ola del naufragio concertacionista más rancio. El sector de derecha que todo

partido de izquierda tiene estaba en pleno Ximena Rincón, Mariana Aylwin, los Walker, Fidel Espinoza, entre otras joyas.

La pregunta por esos días era si las élites intelectuales, empresariales y políticas iban a permitirle al pueblo de Chile decidir democráticamente su propio destino Porque parecían tenerle pavor a la democracia a pesar de todos los timbres y estampillas de validez que ostentaba el proceso. El clasismo era evidente los rotos se habían atrevido a escribir algo que les correspondía hacer a ellos.

Desde nuestro punto de vista, las trabas que le habían impuesto al proceso les habían fallado: el plebiscito de entrada había sido de un categórico 80 20 por ciento, la derecha que debía hacer de contrapeso no alcanzó los dos tercios que habían sido instalados para moderar las votaciones, y los propios dos tercios fueron fácilmente alcanzados por los acuerdos de las fuerzas transformadoras. Como ningún freno les resultó y se estaban aprobando normas por los 103 votos que parecían inalcanzables, comenzaron a preparar el derrumbe del proceso. Era demasiado atrevimiento desmontar el modelo neoliberal que le había dado prosperidad a tanto pobre multimillonario chileno. Porque ese era el corazón de la convención la disputa entre el modelo neoliberal subsidiario de Pinochet y los Chicago Boys, versus el modelo de Estado social de derecho que se escondía detrás de las exigencias ciudadanas sobre derechos garantizados y un Estado más presente.

El modelo neoliberal instalado por primera vez en el mundo en nuestro país, alrededor de 1975, es la desregulación del mercado y el absoluto libertinaje para hacer negocios La conversión de los derechos fundamentales en negocios privados y la eliminación del Estado del juego social Ellos hablan de libertad, pero de lo que hablan en realidad es de eliminar las rejas en un zoológico donde los tigres y los leones serán los

únicos que la pasarán bien El capitalismo se basa en la competencia; mientras más negocios sobre lo mismo existan, habrá más competencia para mejorar los productos y venderlos a precios justos, de lo contrario la gente preferirá otra marca. Pero el neoliberalismo, al no regular la concentración de poder, hace todo lo contrario, elimina la competencia comprándola Por eso en Chile tres grupos económicos fueron comprando todas las farmacias hasta que solo quedaron tres marcas, no hay competencia entre ellos, se han coludido y nuestros fármacos son de los más caros del mundo. Por eso hay dos consorcios periodísticos dueños de casi todos los diarios regionales del país, por eso hay cuatro marcas de supermercados y nada más, por eso en nuestro país te venden lo que ellos quieren al precio que ellos quieren Ni hablar de los derechos sociales. La salud es un negocio carísimo. Y con nuestra cotización en las AFP alimentamos a los grandes multimillonarios para que hagan negocios que los hacen aún más millonarios, mientras que la plata que les prestaste hoy te la devuelven en cuarenta años y en cuotas mensuales. Son todos ellos los que están en contra de cambiar un Estado social de derecho, donde salud, educación, pensiones y vivienda son derechos garantizados y no bienes de consumo. Dejarán de sacarte la sangre mes a mes No entienden que este modelo incluso se volvió incompatible con la democracia, depende del extractivismo más brutal, del consumo más brutal, del desprecio por el hombre y el medioambiente y de la desigualdad más brutal. La Tierra ya no soporta este nivel de estrés sobre sus hombros. El modelo incluso debió volverse autoritario porque la sociedad está reaccionando. Los muertos por activismo en el mundo son mayoritariamente medioambientalistas Trump y Bolsonaro son negacionistas del cambio climático; el propio gobierno de Donald Trump declaró feliz que gracias al calentamiento global y el derretimiento del ártico ¡se abrirán nuevas rutas de comercio marítimo!

Nuestra intención en la constituyente era empujar los cambios necesarios para los desafíos del nuevo siglo. Partiendo por darle a nuestro pueblo los derechos que se le habían negado por cuarenta años.

El corazón de la rebelión de octubre eran esos derechos garantizados, lo que se traducía en cambiar el modelo a un Estado social de derecho.

Dignidad para el pueblo de Chile, para que nunca más tengan que arrastrarse por una pensión de miseria, humillarse por una hora al médico de tres meses de espera o recibir una educación que en la práctica no sirve para nada.

Cuando uno inscribe a su hijo en el registro civil de algún modo está firmando lo que se conoce como *contrato social*. Te conviertes en socio de esta sociedad. El Estado te dice: trabaja, forma familia, respeta la ley, aporta a la sociedad y yo te voy a proteger mientras lo haces. Te voy a educar para que trabajes mejor y florezcas, porque si lo haces mejora la sociedad toda. Te voy a cuidar porque si estás sano trabajas mejor. Te voy a dar una pensión suficiente cuando hayas cumplido tu parte del contrato.

Pero en Chile, el Estado no cumple su parte, te la cobra. El hermano de Piñera descubrió una trampa horrenda: «¿Y si cobramos por los derechos?». Seguramente alguien dijo: «Pero nadie aceptaría algo así». Y casi escucho la respuesta: «Pero estamos en dictadura, por qué tenemos que preguntar». Acto seguido, seguro celebraron abriendo una botella de champaña.

Hoy, el pueblo de Chile financia a los más ricos pagando cuestiones que son derechos en todos los países civilizados. El frágil pueblo de Chile se asfixia cada día pagando el CAE, el colegio subvencionado, los medicamentos de precio inflados, los exámenes clínicos y además debe ayudar o acoger a sus padres, que ganan una pensión miserable. Hasta que llega reventado a fin de mes, solo para comenzar de nuevo.

El pueblo de Chile no vive, sobrevive.

¿Se imaginan si no tuvieran que gastarse la vida en salud, médicos, medicamentos y exámenes? ¿O destrozarse por educar a sus hijos? Podrían dejar de sobrevivir y comenzar a vivir, a tener aire, espacio y alivio Podríamos florecer.

¿Se imaginan acercarse a los sesenta años sin la angustia diaria de saber que vas a enfrentar una vejez no solo sin dinero, sino sin la posibilidad de trabajar con la misma energía que antes, sin oportunidades porque ya estás viejo, moliéndote la espalda cuando ya podrías estar descansando? Eso nos imaginábamos en la convención Un país donde florecer, no un desierto donde secarse día tras día mientras otros se llevan el agua.

La noche en que aprobamos el artículo 1 del borrador, donde se declaraba Chile un Estado social y democrático de derecho, lloramos abrazados con Bea, Giovi, Cote Oyarzún, Cristián Ramírez, Ale, Paulina y Clara

Salimos llorando a la conferencia de prensa, muy tarde en la noche. Pude decir

> Estoy muy feliz, porque hoy, 11 de abril de 2022, para la convención constitucional muere el modelo de Pinochet
>
> (...) Estado social y democrático de derecho es la llave que va a clausurar el Estado subsidiario que en cuarenta años no entregó mejor salud, no entregó mejores pensiones, no entregó mejor educación. Y esa misma llave abre las grandes alamedas, para que el Estado garantice los derechos y le entregue dignidad al pueblo de Chile

¿Qué dice ese artículo 1?

> Chile es un Estado social y democrático de derecho. Es plurinacional, intercultural y ecológico.
>
> Se constituye como una República solidaria, su democracia es paritaria y reconoce como valores intrínsecos e irrenunciables la dignidad, la libertad, la igualdad sustantiva de los seres humanos y su relación indisoluble con la naturaleza.
>
> La protección y garantía de los derechos humanos individuales y colectivos son el fundamento del Estado y orientan toda su actividad. Es deber del Estado generar las condiciones necesarias y

proveer los bienes y servicios para asegurar el igual goce de los derechos y la integración de las personas en la vida política, económica, social y cultural para su pleno desarrollo.

Raúl Letelier, profesor que apoyó el proceso de manera voluntaria y aperrada, nos invitó a un asado en su casa esa noche, donde de nuevo nos abrazamos y lagrimeamos un poco por un cambio histórico. Un momento de aquellos quizá comparables a la nacionalización del cobre, la apertura de las universidades a las mujeres, etcétera. Realmente un cambio en 180 grados para la gente de nuestro país.

Por supuesto que la derecha sacó su carta de siempre: la crítica al Estado porque sería mal empresario, corrupto y lento. Déjenme decirles que la gran empresa privada chilena, desde la Colonia, ha tenido como centro de su quehacer cortar palos, picar piedras y sacar frutas. Fue el Estado de Chile quien creó las primeras carreteras, puentes, túneles y puertos; fueron empresas estatales las que levantaron los tendidos eléctricos y las redes de telecomunicaciones; los primeros laboratorios farmacológicos, los rieles y locomotoras. Las que armaron automóviles, manufacturaron electrodomésticos, radios y tocadiscos; las que realizaron las primeras prospecciones mineras y petroleras, que levantaron las hidroeléctricas y las redes de preciosas escuelas sólidas con altos estándares arquitectónicos a lo largo del país. Que cuando Pinochet se las regaló a sus amigos durante su tiranía, lo que hicieron fue vendérselas a españoles y franceses, porque querían seguir picando piedras, sacando fruta y cortando palos.

Hoy venden piedras de litio, pero nunca crearán una industria para fabricar baterías.

Chile necesita un Estado robusto para asegurar la entrega de esos derechos sociales garantizados que merecemos, para hacerse fuerte y

defendernos de los abusos de los poderosos. Para planificar al país y su futuro, teniendo como centro la felicidad de su pueblo, antes que la ganancia de unos pocos.

Para que Chile deje de ser una empresa donde solo los accionistas ganan y los trabajadores sobreviven a los caprichos de los gerentes. En el fondo, que el país vuelva a ser de su gente, de donde nunca debió haber salido.

Lo que estábamos peleando en la convención era una batalla contra un Leviatán gigantesco compuesto de las grandes fortunas del país, las grandes empresas que querían seguir extrayendo brutalmente nuestros recursos naturales, sin freno alguno. Peleábamos contra los grupos económicos que querían continuar siendo dueños del agua, de nuestra sangre y de nuestros ahorros para enriquecerse a destajo.

El 18 de junio de 2021, antes del inicio de la convención, escribí en un cuaderno la siguiente pregunta y respuesta:

> ¿Qué espero de la nueva constitución de la República? Espero el fin del neoliberalismo y la construcción de un Estado robusto, descentralizado y garante de derechos sociales, para una constitución centrada en el bienestar del ser humano y su diversidad, con criterio de Derechos Humanos, género y medioambiente.

A eso entré y por aquello luchamos día a día la mayoría de los que estuvimos ahí. Para que la salud fuera para sanar, para que la educación fuera para educar y la previsión fuera para darle seguridad y felicidad a los trabajadores y trabajadoras en su última etapa. No para que cada aspecto de nuestras vidas fuera un buen negocio para unos pocos.

Todo valió la pena mientras dejamos el cuero en esa batalla.

¿Qué cosa voy a odiar hasta el fin de mis días? Una tontera. Las largas sesiones de votaciones que podían comenzar a las 9:30 y terminar de madrugada. Largas sesiones con mascarilla, vasos de café comprados en los alrededores, sándwiches del Castaño, almuerzos en El Rápido o el Dos y

Dos; bolsas de galletas, bebidas en lata, con calor o con frío, pendientes de una votación de la que no te podías desconcentrar porque dejabas la embarrada. Había que ir al baño con el celular abierto para votar con la aplicación, porque los espacios entre votaciones eran muy cortos y hubo muchas cosas que se decidieron por uno o dos sufragios de margen.

Las votaciones no se decidían ahí en el momento del pleno, por supuesto. Se ordenaban con días de anticipación y trabajo. Cuando las comisiones estaban sesionando y armaban el listado de normas que se votarían, nos juntábamos todo el colectivo a conversar norma por norma, a deliberar su conveniencia o inconveniencia a las horas más insólitas, muy temprano en la mañana o a las 23, con caras de cansancio atroces. A veces eran temas muy técnicos y complejos, eran necesarias miniclases o leer textos con anticipación, otras veces había acuerdos tomados y nos pedían que votáramos de tal o cual manera para obtener algún beneficio en otra votación; ello no implicaba una obligación, podíamos negarnos sin drama. Ni en el Colectivo Socialista ni en el Frente Amplio recibí jamás una orden para votar. La razón por la que tantas veces voté diferente al Colectivo Socialista cuando estuve ahí y por la que tantas veces voté igual que el Frente Amplio cuando me cambié fue porque simplemente me sentí más cómodo políticamente en un lugar que en el otro. No porque crea que los socialistas son menos de izquierda o porque los comunistas lo sean demasiado, hoy no veo a ningún colectivo puramente de izquierda. De hecho, el Partido Comunista no pocas veces votó de manera muy conservadora, favoreciendo las posiciones de centro e incluso votando con la derecha.

«¿Qué es ser de izquierda hoy?», me pregunté durante algunas de las eternas votaciones. A veces digo que ser de izquierda es una ética, antes que una ideología; la ética de la empatía por el otro que sufre, de la igualdad,

del respeto mutuo entre todas las maneras de ser. Otras, digo que es luchar contra emociones básicas, instintivas, animales; como la fuerza y la sobrevivencia. Reemplazarlas por colaboración, fraternidad, generosidad. Luchar para que la sociedad no regrese a la ley de la jungla donde lo natural es correr solo, ganar solo, golpear al más débil y quedarse con todo.

Sí, es cierto, el neoliberalismo en efecto es una ley natural; tanto como que el tigre mata y devora tantas gacelas como quiere y que los más débiles viven con miedo y hambre. Tan natural como la fuerza de gravedad. Pero soy de izquierda justamente para luchar contra esas emociones naturales, básicas, instintivas; como el egoísmo, el individualismo, el abuso de poder, el acaparamiento. Porque soy humano, creo que debemos aspirar a diseñar una sociedad sofisticada que trascienda la selva y construya un espacio bueno para todos, que todos tengan su lugar para ser felices y alcanzar su plenitud, no solo los más fuertes, rápidos o jóvenes. Un reino en la tierra donde seamos hermanos, no monos agarrándose a mazazos por un pedazo de carne.

En otras ocasiones me pongo más simple y digo que ser de derecha es la celebración del esfuerzo individual, mientras que ser de izquierda es la celebración del esfuerzo colectivo. Que la historia política de la humanidad se mueve entre esos dos valores.

A veces digo que ser de izquierda es la cultura del amor al otro. Porque somos hermanos y hermanas. Porque pareciera que una comunidad, cultura o proyecto se construye en el interés colectivo y se destruye en la aparición del interés individual.

Todas estas reflexiones chocaron contra muros de realidad cada cierto tiempo. En marzo de 2022, chocaron contra la portada de un diario en quizá

el evento más violento en contra de la convención Como dijeron varios un misil bajo el nivel de flotación de este barco tan golpeado.

El 31 de marzo amanecimos con Bernardo Fontaine Talavera en la portada de *Las Últimas Noticias* diciendo: «Los trabajadores ya no serán dueños de sus ahorros previsionales»

Siempre hemos escuchado esas preguntas acerca de ¿dónde estabas cuando fue el terremoto del 2010? Mi momento constituyente clave fue ese, el día en que un diario populista le disparó al corazón del chileno neoliberal posdictadura

Antes de la pandemia nadie tenía en su cabeza el dinero acumulado en las AFP porque en ningún lugar del mundo puedes acceder a tus fondos de pensiones porque... ¡¡son para las pensiones!! Pero la ineptitud de Piñera abrió la puerta para que las personas se ayudaran a sí mismas durante esos meses complejos. De pronto, los chilenos y chilenas que normalmente viven al día, endeudados y con sus líneas de crédito copadas, se dieron cuenta de que lo único que tenían en realidad eran esos ahorros y se aferraron a ellos como a un tronco en medio del océano Ahora, aparentemente, la convención constitucional de la que estaban aprendiendo a desconfiar les quería quitar eso poco que guardaban

Al inicio no le dimos más importancia que la rabia natural por otra mentira más del rechazo, pero con las horas nos fuimos dando cuenta de que se volvía tema nacional, que en todas las casas se estaba discutiendo y que el miedo se volvía real

—Pero es mentira —le decía a una señora con la que conversé luego de un encuentro en San Joaquín

—Ah, yo no sé. Tengo la noticia en WhatsApp y lo vi en la tele —me respondió, con un poco de rabia en el tono

El origen de la afirmación de Bernardo Fontaine, un evidente lobista por

las AFP al interior de la convención, nacía de una iniciativa popular de norma que había presentado un grupo de personas lideradas por un chileno común que resultó ser su propio asesor, Francisco Javier Orrego La IPN se llamaba «Con mi plata no» y exigía que en la constitución se estableciera que los fondos previsionales son de propiedad de cada persona La iniciativa se rechazó por una cuestión obvia: las constituciones consagran el derecho a propiedad a secas, en general, no consagran el derecho a propiedad sobre los autos, los terrenos, los televisores, las gallinas o los ahorros Todo aquello está cubierto por el derecho de propiedad Pero a Bernardo no le bastó, como su intención era sembrar la duda, publicó a los cuatro vientos   prensa mediante   que la convención había rechazado consagrar la propiedad sobre los ahorros, prueba irrefutable de que buscábamos expropiarlos

La bomba hizo su efecto y hasta el final del proceso estuvimos dando explicaciones por un punto que no tiene ningún sustento Pero el miedo y la desconfianza de la gente en las autoridades penetró incluso a la convención. A los chilenos ya les cuesta creer y ahí se metió el rechazo

Todos nos decíamos «tranquilos, cuando aprobemos los derechos fundamentales la gente se volcará a apoyar nuestro trabajo»

Qué ingenuos fuimos, otra vez.

El 18 de abril tuvimos nuestro primer logro gigante. Votamos y celebramos a gritos que el agua sería un bien inapropiable, que debería ser administrado con criterios estrictos: primero asegurar el consumo humano, luego el cuidado del medioambiente y después un sistema de concesiones a privados racional y que podía ser caducado y retirado. Miré a Jaime Bassa, sentado al lado, los dos teníamos cara de «mira lo que estamos haciendo». Causas y

luchas históricas, activistas muertos, estaban encontrando su respuesta en el hemiciclo de la convención constitucional.

El día 19 de abril, cuando comenzamos a aprobar el derecho a la salud de calidad y gratuita, el derecho a la vivienda digna y el derecho a un gran sistema de seguridad social que te proteja integralmente, sentíamos que estábamos tocando la utopía. Por fin nadie se quedaría sin atención médica oportuna y de calidad, porque los grandes recursos ya no se los llevarían las Isapres para un sector privilegiado de los chilenos, sino que irían a un fondo común que administraría buena salud para todos y todas. Luego, en las semanas siguientes, la convención votaba a favor de que la educación fuera pública, laica y gratuita —como soñaba Pedro Aguirre Cerda— ¡hasta la universidad! También se votaba el viejo sueño sindicalista de la negociación colectiva por rama, que les permitiría luchar por mejores condiciones laborales de mejor manera frente al poder empresarial. Se votó a favor de un derecho que pocas constituciones del mundo consideran: el derecho a una vivienda digna y adecuada, que permita el libre desarrollo de una vida personal, familiar y comunitaria; que considere servicios adecuados, espacio digno y entorno apropiado. Un logro que las organizaciones de pobladores celebraron a gritos afuera de la convención, en calle Compañía.

Días después, el 11 de mayo, aniversario de la primera gran protesta nacional contra la dictadura en 1983, los trabajadores y trabajadoras reunidos en el hemiciclo de un congreso históricamente elitista celebraban junto a nosotros los derechos y garantías que por primera vez en nuestra historia estábamos logrando para nuestro pueblo.

Bárbara Rebolledo (Independiente por EVOPOLI) hizo un discurso furibundo e incendiario contra la aprobación de los derechos sociales. Fuimos insultados, ninguneados y calumniados en una intervención que me hizo temer por la presión arterial de la convencional.

Constanza Hube (UDI) subió a la testera a exigir que no celebráramos las votaciones que consagraban los derechos. En su sector parecían estar asistiendo a un funeral.

Mientras aprobábamos cuestiones que afectaban a grandes fortunas del país, miraba los rostros de los más duros de enfrente y pensaba «de más que hay locos llamando a sus parientes militares en este momento».

Tati se nos acercó angustiada a decirnos que algunos escaños indígenas amenazaban con no aprobar el artículo de financiamiento estatal para la educación —fundamental— si no les aprobábamos el de medicina ancestral.

En la galería estaba Orlando Caputo, ex ministro de minería durante el gobierno de Allende, junto al premio nacional de Historia, Gabriel Salazar. Un poco más allá un grupo grande de profesores con banderas y mensajes de apoyo. Pronto se votarían cosas importantes para ellos y el país.

En cosa de segundos, la galería del hemiciclo se llenó de cámaras fotográficas y de video, se venía el plato fuerte de la noche: el derecho a la educación.

Sería gratuita, estatal, sin fines de lucro, sin discriminación, orientada a la calidad, laica y de acceso universal. Era el fin del negociado de la educación y el inicio de una para todos y todas.

Arturo Zúñiga (UDI) tomó su mochila y se retiró antes de esa votación.

Había electricidad en el aire.

Apretamos los botones y nos miramos con risa nerviosa.

Cuando aparecieron los 116 cuadraditos verdes en las pantallas del hemiciclo, dando por aprobado el artículo de base para educación, el excongreso se vino abajo en aplausos y gritos de emoción.

Valentina Miranda, estudiante durante el estallido social, había hecho un discurso desgarrador sobre las carencias en las escuelas del país un par de horas antes. Ahora la abrazaba mientras lloraba y me decía «por fin, por fin, compañero». A mi lado, Bea Sánchez no lo podía creer y se tomaba la cara con las manos mientras le corrían las lágrimas. Yo me agarré la cabeza y me reí sin control. Estábamos hablando de que, después de tantos años de pelea, lo habíamos hecho sin intermediarios, sin congreso, sin presidentes. Las y los constituyentes electos por su pueblo estaban botando uno a uno los muros que la dictadura había instalado a muerte y fuego, pero con democracia, sin costo alguno en vidas. Derechos que se estaban consiguiendo con aroma a salitre y sangre, en páginas vivas hechas con personas que nos estaban mirando desde el fondo de la historia. Mi papá, mi abuela. Al menos eso sentíamos.

Ruggero Cozzi (RN) pidió un punto de reglamento para acusar que nos comportábamos como barra brava celebrando frente a ellos, humillándolos. Nosotros, la verdad, estábamos llorando por siglos de exclusión, ni siquiera habíamos notado que ellos seguían ahí sentados.

Durante la semana siguiente, los títulos editoriales de *El Mercurio* fueron en particular violentos con nosotros:

«Incertidumbre»,
«Un borrador deficiente»,
«No es la constitución de todos»,
«La unidad del Estado en riesgo»,
«Grupos privilegiados y la negación del terrorismo».

A partir de junio nos sentíamos empoderados por el trabajo que habíamos estado realizando. La comisión de sistema político había tenido su

telenovela propia. Atria y el FA habían entrado a instalar el parlamentarismo y habían salido trasquilados: perdieron todo. La presión de sus senadores hizo mella en el Colectivo Socialista y terminaron asociándose a quienes buscaban mantener el bicameralismo.

La comisión de forma de Estado tuvo su celebración propia. Fue una de las comisiones más exitosas que sacó adelante una visión novedosa y tremendamente moderna de Chile como Estado regional, con autonomía para que las regiones decidan qué hacer con su territorio, su plata y sus autoridades como jamás antes.

La comisión de derechos fundamentales, quizá la más sufrida de todas, dirigida por Matías Orellana y Damaris Abarca en su primer período y por César Valenzuela y Janis Meneses en el segundo —los cuatro en gran forma —, la pasó pésimo por la enorme cantidad de normas, presiones gremiales, sociales y partidistas que debió acoger y tramitar. Además, se sacaron el premiado compartiendo espacio con Bárbara Rebolledo, Teresa Marinovic, Rocío Cantuarias y Katerine Montealegre, cuatro de las convencionales más tóxicas del rechazo, que permanentemente hostigaron y entorpecieron el desarrollo de sus sesiones.

La comisión de medioambiente, desgraciadamente, fue una burbuja notoriamente separada del sentido común que había construido la convención al estar integrada mayoritariamente por activistas, ecologistas, animalistas, que intentaron instalar una visión que no le hizo sentido al pleno. Muchos de sus informes fueron rechazados casi íntegramente y costó mucho diálogo, sangre y sudor que rebajaran sus posturas hacia algunas que encontraran mayor consenso en el total. Su mayor logro fue sin duda dotar de derechos a la naturaleza. Su mayor fracaso, también sin duda, no haber llegado a un consenso para aprobar un artículo sobre la explotación de los recursos mineros. Al final hubo dos propuestas, una de consenso más

moderada y una indicación más radical sobre la explotación exclusiva del cobre y el litio por el Estado que, al ir separadas, no lograron la aprobación del pleno.

La comisión de principios pudo instalar que Chile será un Estado social y democrático de derecho —que beneficia a trabajadores y trabajadoras—, que el país es paritario —para beneficio de las mujeres—, plurinacional —para pueblos originarios— y ecológico —para el cuidado del medioambiente—. Su gran logro fue constitucionalizar los mecanismos de democracia directa, es decir, los ciudadanos y ciudadanas contarán con herramientas para proponer leyes, para derogarlas, para proponer cambios constitucionales, para vetarlos, y con una caja de mecanismos regionales y comunales, para participar por fin de las decisiones que los afectan. Era mi interés personal y quedé muy feliz de poder colaborar en su redacción.

Todo parecía comenzar a brillar para la convención, pero la batalla todavía ni siquiera comenzaba. Posterior a la votación de los derechos sociales se abrieron dos flancos:

1. La hilera de insatisfechos que dejó el fin de las votaciones. La película se podría llamar *Esto no es exactamente lo que yo quería*.

2. La estrategia para desactivar el triunfo de los derechos que implementó el rechazo. La película se podría llamar *Si no tiene letra chica, inventémosla*.

Sobre el primer punto, nos encontramos con la reacción sobredimensionada de personas que recién habían descubierto que la constitución no sería exactamente lo que ellos querían, punto por punto y coma tras coma. Personas a las que no se les ocurre que hay otros diecisiete millones de chilenos y chilenas, cada uno con una idea diferente de lo que la constitución debiese contener.

Además, vivimos en tiempos donde el melodrama abunda. Donde todo es atroz, violento o definitivo. Donde, llevado al mundo constituyente, todo «se acabó» con esa decisión, el constituyente «se me cayó» con esa votación o «todo se terminó» después de tal o cual decisión que me parecía fundamental. Tenemos ya constituyentes «traidores» por haber votado algo que a alguien no le gustó, y constituyentes que «seguramente» ya se habrían «vendido», porque no fueron lo suficientemente revolucionarios en algún punto de las miles de indicaciones vistas en el pleno.

La verdad es que nadie quedaría por completo feliz. Yo voté para rechazar el quórum de 2/3 y perdí frente a la votación de la mayoría en el pleno, pero fue buenísimo haber perdido. Si no se hubieran aprobado los dos tercios, habríamos terminado nacionalizando el consumo de ayahuasca, se me ocurre. También perdí la nacionalización de la explotación del cobre y la revocatoria de mandato a presidentes, gobernadores y alcaldes. Bajo ninguna circunstancia se me habría ocurrido salir a acusar de traidores a mis colegas en los medios porque no votaron como yo quería. Lo más probable es que haya sido yo el equivocado si el resto votó en mayoría por otra alternativa. La verdad es que la única frase que se me vino a la cabeza mientras mordía mi rabia en aquellas ocasiones fue «malditos desgraciados. Viva la democracia»... jajajaja.

El segundo punto, la estrategia para desactivar la alegría por la aprobación de los derechos sociales, fue mucho más doloroso y de alcances insospechados. Espero que no tengamos que esperar años para saber quiénes estuvieron detrás de la campaña del rechazo, de su análisis y enorme financiamiento, porque los quiero felicitar, hicieron todo bien.

La genialidad consistió en identificar que la gran debilidad del proceso estaba en la desconfianza que las personas le tenían a las autoridades políticas. De manera que le inventaron letra chica falsa a cada uno de los

derechos consagrados. Para introducir confusión y desconfianza algunas de esas letras chicas falsas fueron muy creativas, otras eran delirantes, pero todas funcionaron.

Esta vez no se trataba de que el miedo le ganara a la esperanza, tampoco de que la verdad le ganara a la mentira; sino de que la confianza —material escaso por estos días— le ganara a la desconfianza que sembraba el rechazo.

—¡Señora, por primera vez tendrá derecho a la vivienda digna!
—Sí, pero ya me dijeron que no será mía y que podrán quitármela cuando quieran.

—¡Podrá educar a sus hijos con calidad y gratuidad!
—Pero me dijeron que van a eliminar los colegios subvencionados y no podré elegir el colegio que quiera.

—¡Tendrá mejor pensión!
—Sí, claro. Pero leí en Facebook que no será de mi propiedad y no podré heredarla.

—¡Todo el proceso judicial será gratuito para usted!
—Claro, pero me llegó un whatsapp que dice que los indígenas tendrán otra justicia y podrán hacer lo que quieran. Si matan a un chileno, lo van a juzgar los lonkos.

—¡Tendrá salud de calidad y gratuita para usted!
—Media cosa, escuché que van a colapsar Fonasa, porque van a mandar a todos los cuicos para acá. Todos arrumbados en el Cesfam.

Algo grave pasó y no nos dimos cuenta. Los chilenos, como cualquier persona, lo quieren todo y cuidan como hueso de santo lo poco que tienen, porque saben que en este modelo nadie te recibe cuando te caes, solo puedes rascarte con tus uñas, así que las cuidas como oro. Las mentiras entraron como un virus en el país.

Las oleadas de encuestas que comenzaron a aparecer a partir de abril

también traían malas noticias para la convención. Todos nos decían que no estábamos comunicando los logros y que los medios solo mostraban los errores. Por desgracia la convención podía hacer un muy buen trabajo para comunicar sus aciertos, pero si los canales de televisión no los mostraban o los diarios se empecinaban en desprestigiarnos, no teníamos nada que hacer. Simplemente no contábamos con medios masivos propios para dar a conocer lo que estábamos logrando.

En un programa me preguntaron cómo era posible que hubiéramos iniciado la convención con un apruebo de 80 por ciento y ahora estuviéramos —dependiendo de la encuesta— bajo el 50 por ciento y perdiendo el plebiscito. De inmediato el locutor me dijo: «Esto es responsabilidad de ustedes, es una muestra de la mala evaluación a la convención».

«La verdad, no», le contesté. El 25 de octubre de 2021, cuando aprobamos el plebiscito, lo hicimos porque queríamos «cambios», una palabra genérica sin contenido concreto. Después, cambios significó diferentes cosas para todos los chilenos y comenzaron las disputas. La derecha, además, izquierdizó un estallido que no tenía paternidad política y lo hizo justamente para atraer a su redil de rechazo al habitual 45 por ciento que ha estado obteniendo en las votaciones. Cuando empezamos a tomar decisiones acerca de qué significaba la palabra «cambios», cada vez que decidíamos ir por un camino y no por otro, estábamos dejando atrás a un nuevo grupo de adherentes. Algunos decían «yo no aprobé para que hubiera paridad, eso es privilegio para un grupo de chilenos», otros decían «yo no aprobé para que Chile fuera plurinacional, eso es dar privilegios a un grupo de chilenos», etcétera. Somos un país que ha devenido egoísta, muchos ven por los beneficios propios más que por el total de la sociedad.

La incomodidad que comenzó a apoderarse de la población no era nueva.

Los chilenos explotamos fácil, prometemos y gritamos cosas por las que después no respondemos. «Tiramos pa la cola», decían en mi cerro. Algunos decían que era eso lo que estaba ocurriendo con la baja aprobación de la constituyente, que en el fragor del estallido habíamos exigido cuestiones para las que, después de un gobierno inepto, la pandemia y la inflación que nos tenía medio derrotados, ya no teníamos tanta de la energía que se necesita para apañar transformaciones.

A algunos nos parecía que era propio del carácter del país, algo que ya habíamos visto en las manifestaciones de 2011. Una revuelta que al final no fue para buscar un país más solidario, sino para exigir un pedazo de la torta neoliberal que se estaban comiendo unos pocos. Cuestionar el modelo fue tema solo para la élite política e intelectual. Si no, pregúntenle a Michelle Bachelet, que cuando quiso eliminar los colegios subvencionados para construir la nueva educación solidaria, gratuita y de calidad que parecía que los chilenos exigían se encontró con una tremenda resistencia.

Hoy, algo de eso había también. «Estoy consciente del derrumbe del modelo neoliberal, quiero un Estado social que me entregue derechos... pero no me toquen los ahorros previsionales, son míos y no los quiero compartir».

Por supuesto que estoy generalizando. Pero es una realidad que está ahí, incluso con mucha fuerza entre la juventud de poblaciones. «Tenía miedo. Pensé que no lo iba a lograr, que jamás tendría esas zapatillas Gucci con las que soñaba», declaró un hiphopero a una revista.

Hay otro Chile que creció sobre el olvido mientras seguíamos llorando en blanco y negro. Un Chile que corrió la mirada y siguió adelante por cansancio, por miedo, por hastío o quién sabe por qué. Construyó su ética sobre un cementerio que a veces ni siquiera sabía que existía. Dio vuelta la página, pero no los culpo, era un libro duro de leer. Es un Chile que creció

comiendo frutos gordos desde un suelo con aroma a cadáver. La concertación envolvió en un rostro más humano este modelo inhumano. Mantenía a los hámster corriendo hacia ningún lado, moviendo las ruedas del desarrollo, y soltaba la presión de la caldera cuando era necesario, pero Piñera no tenía esa muñeca y el delicado equilibrio explotación/ beneficio se fue al carajo.

También a veces pienso que la sociedad estalló, pero no tuvo muy claro qué hacer con ese estallido y aún no lo sabemos del todo. Muchos chilenos quieren los beneficios del Estado social de derecho, pero también los beneficios individuales del modelo neoliberal. Quiere que sean solidarios con él, pero es implacable con migrantes, pobres o mapuches.

Los chilenos quieren una base de derechos sociales garantizados, pero también un entorno que les permita proyectos de interés pura y radicalmente individual.

Algunos, los menos, son socialdemócratas con los derechos, neoliberales con la propiedad y nazis con la pena de muerte y los migrantes.

Es extraño todo. Lo que me preocupa es que no haya salida a la enorme cantidad de energía emocional que empuja desde bajo tierra, bajo el inconsciente del país. Ni siquiera el éxito de la nueva constitución será una válvula de escape definitiva para la magnitud de la presión que hay bajo la piel de los chilenos, porque no será inmediata y no responde a todos los enigmas que planteó el 18 de octubre. Es preocupante porque la energía, cuando no se le da vía de escape para que sea constructiva, comienza a ser destructiva —una bomba, conectada a un émbolo, se llama locomotora, por ejemplo—. Las consecuencias de la energía acumulada producen explosiones que conocemos: violencia intrafamiliar, suicidios, disolución de lo social, crimen y derrumbe. Si no se le dan vías de salida la energía seguirá ahí, erosionando el sentido común, desquiciando la convivencia,

difuminando los límites de la conducta, criando un monstruo, criando muerte. Chile estará servido para el autoritarismo, el uso de la fuerza y la militarización de la sociedad una vez más. Siempre los fracasos sociales tienen que ver con la mala administración de la energía. Esta vez no será diferente.

Escribo esto luego de escuchar a Katerine Montealegre escupir frases llenas de odio sobre lo que serían nuestras «ideas degeneradas» que nos llevarían a «la antesala de la destrucción total», con rostro desencajado y la voz llena de desprecio por nuestro trabajo. Más temprano, Martín Arrau nos llamó «abusadores»; Neumann habló de las «razas privilegiadas», él, hombre blanco clase alta de apellido Neumann, llamando privilegiados a los mapuche. El odio y la frustración se perciben como un aroma agridulce que los rodea. Se aplauden rabiosamente entre ellos al término de cada intervención.

El 24 de junio, a diez días del cierre de la convención constitucional y de la entrega de la propuesta al presidente de la República, seguimos preguntándonos por qué estuvimos permanentemente pegándonos disparos en los pies por cuestiones tan pequeñas. Por qué no invitamos a los expresidentes y ya, por qué no dejamos ese párrafo tal cual en vez de cambiarlo a última hora y regalarle al rechazo la posibilidad de ensuciar más a la mesa directiva. Mesa que, lamentablemente, no alcanzó jamás la altura, notoriedad y categoría política de la dupla Loncón-Bassa, me temo.

En un contexto de profundo cansancio, agotamiento mental y emocional, dimos nuestras últimas energías en la comisión de preámbulo, la de transitorias y la de armonización. Entre el viernes y el sábado de esa semana pudimos hacer un discurso de cierre. Los del rechazo fueron extremadamente virulentos, cargados de insultos y desprecio:

Ustedes no creen en el valor de la vida humana, no creen en la libertad personal, en la igualdad de

todas las personas en dignidad y derechos. Ustedes desprecian la maternidad y la fe en Dios. Ustedes no creen en el valor del esfuerzo personal, ni en el respeto de la palabra empeñada, pero sobre todo ustedes desprecian ser chilenos. Detrás de cada uno de ustedes existe una profunda vergüenza de la patria, de nuestra bandera, de nuestro himno y de nuestra historia. Los miro y veo a aspirantes a revolucionarios rusos, a dictadores africanos, a guerrilleros caribeños, a burócratas soviéticos, pero no veo a nadie que aspire a ser un trabajador chileno, no veo a nadie orgulloso de lo que somos.
(...)
ustedes aman la muerte, aman el aborto y la eutanasia, ustedes aman la pobreza y quieren multiplicarla, aman la ignorancia y quieren difundirla, ustedes aman el pasado y temen que la modernidad los deje obsoletos, ustedes aman la esclavitud y le tienen miedo a la libertad, ustedes aman la injusticia y la violencia, y este borrador las promoverá quitándole tierras, agua y ahorros a miles de chilenos.

Rocío Cantuarias (EVOPOLI)

En esta hora de balance final manifiesto con total claridad que el borrador de texto propuesto por esta convención es el fruto ideológico de la izquierda más radical y fracasada que ha conocido la América Latina sufriente, proyecto político estatista expropiatorio y marxista, que ha dispersado por el mundo como inmigrantes a millones de nuestros hermanos venezolanos y otros tantos países que le creyeron al proyecto político revolucionario de socialismo del siglo XXI (...) Su afán no disimulado de refundar completamente Chile desde el indigenismo e indianismo absoluto, desde el feminismo radical, desde el ecologismo extremo y los preceptos del movimiento LGBT internacional, convierten a este texto en un impedimento para la libertad, la democracia y viabilidad del Estado chileno.
(...)
ese pueblo chileno que es sencillo y pobre, pero nunca tonto, hoy les está diciendo rechazo, no a los cambios sociales sino a ustedes, a su borrador borroso marxista, identitario y extremista.
Finalmente, en esta hora crucial llamo a todos los verdaderos patriotas pobres y ricos, ateos y creyentes, hombres y mujeres, jóvenes y mayores, militantes de la derecha, los independientes, la izquierda democrática y sobre todo los exconcertacionistas responsables en gran medida del desarrollo de Chile, a que actuemos con amor a la patria y con la responsabilidad política que requiere esta etapa crítica de la historia nacional. Digamos no a este borrador espurio de ideas parasitarias extranjeras marxistas.

Luciano Silva (RN)

Los lectores deberán saber que estuvimos un año expuestos a estos epítetos

y mentiras de manera a veces diaria. Los mismos que salían en la prensa victimizándose porque los excluíamos, tenían esta y otras formas de trato peores hacia nosotros. Nos acusaron de no dialogar con ellos. Ricardo Neumann, por ejemplo, lamentó la falta de diálogo y debate al interior de la comisión de preámbulo en su discurso, pero solo asistió una vez presencial a las sesiones de trabajo, se conectó dos más por zoom y el resto del tiempo no estuvo disponible para ninguna de las reuniones a las que citamos para debatir. Punto aparte para don Raúl Celis (RN), que debatió lealmente con nosotros y se lleva todo mi aprecio y respeto.

Ese 24 de junio lo recordaré siempre. Iba a ser la última vez que emitiría palabra durante el proceso constituyente en el excongreso, así que pedí mi turno y esperé pacientemente entre las maderas oscuras del hemiciclo, escuchando a todos mis compañeros que se pasearon por diversos temas y preocupaciones, agradeciendo a sus equipos, sus familias, a sus organizaciones de base. El ambiente estaba muy cargado de emociones, las voces se quebraban, las palabras faltaban, se estaba completando un año y había que quitar las banderas, pañuelos y carteles de este espacio que volvería a dormir, hasta quién sabe cuándo. Estábamos más viejos, más dañados, con dolores y pérdidas de todo tipo, pero enteros. Sabiendo que lo habíamos dado todo, que habíamos dejado el cuero día y noche más allá de lo imaginable. Contra todo pronóstico estábamos entregando una nueva constitución en los plazos insólitos que nos dieron. Felices y preocupados, honrados de la confianza que el pueblo había depositado en nosotros y seguros del esfuerzo entregado. Así, cuando don John Smok dijo por última vez «convencional Jorge Baradit, tiene usted la palabra», comencé:

> Fuimos un grupo extraordinariamente diverso, como nunca antes en la historia de Chile, que nos encerramos un año en una olla a presión a discutir nuestras diferencias. Distintas culturas, oficios, clases sociales y orientaciones políticas. Solo imaginen la cantidad de desencuentros y cuentas

pendientes que afloraron. Una familia que jamás antes se había mirado al rostro para decirse todo y buscar acuerdos. Una familia que decidió que iba a resolver las diferencias por primera vez sin echar mano del fusil y lo haría cara a cara, sin más herramientas que el voto popular y las ideas.

Por supuesto que hubo diferencias profundas, por supuesto que hubo discusiones que se salieron de control y palabras que nunca debieron ser dichas. Cometimos muchos errores y fuimos imperfectos, fuimos lo mejor y lo peor de un país que quiso verse representado así acá. Pero también porque la convención fue un prototipo que debimos ir diseñando a medida que avanzábamos, por una carretera desconocida hacia territorios inexplorados.

Todos hemos visto el taller de un carpintero. Desordenado, manchado, lleno de escombros producto del trabajo y las peleas contra la madera. Pero el taller no importa; los carpinteros a veces desordenados, gritones como somos los chilenos tampoco y no seremos recordados. Es la obra terminada, reluciente al centro del taller, lo relevante. Reciban esta nueva constitución como producto del profundo amor que los convencionales tenemos por nuestro pueblo, de los sueños de felicidad para todas y todos con que venimos soñando desde hace tanto tiempo. Porque por fin tendremos UNA posibilidad este 4 de septiembre, no dos o tres, solo UNA ÚNICA oportunidad para cambiarlo todo en favor de la gente. Nosotros no importamos, nos retiraremos honrados de haber podido servir a nuestro país desde la verdad.

Porque no es cierto que les expropiarán sus ahorros previsionales.

Al contrario, tendremos un sistema de seguridad social que protegerá su salud y entregará pensiones suficientes y no las miserias que soportamos hoy.

No es cierto que tendrán que entregar sus segundas viviendas.

Por el contrario, tendremos el derecho a vivienda digna, será propia y podrán heredarla porque el derecho a propiedad está garantizado en la nueva constitución.

No es cierto que no podrán elegir la educación para sus hijos.

Al revés, se garantizó ese derecho, junto con un sistema público que garantiza la calidad y la gratuidad para que tus hijos incluso puedan ir a la universidad de manera gratuita.

No es cierto que los delincuentes podrán ser alcaldes.

Al contrario, queda establecido que los políticos corruptos no podrán postularse a cargo alguno y el código penal deja claro que ningún condenado podrá tener cargos públicos.

No es cierto que Chile será descuartizado en 11 países.

Por el contrario, todas las diferentes maneras de ser chileno serán reconocidas, valoradas e integradas en un solo Chile ÚNICO e INDIVISIBLE, como dice la nueva constitución.

Los miles de millones de pesos que tienen en sus bolsillos para difundir el terror no podrán frenar esta primavera que se iniciará el 4 de septiembre.

¿Qué buscamos? Buscamos alcanzar la felicidad para todas las diferentes formas de ser chileno que han sido escondidas y despreciadas, ecualizando al Estado para que remueva los obstáculos que cada una de esas maneras enfrenta (...) La igualdad no basta, hay que ayudar a todas las diferentes formas de ser chilenos a alcanzar su felicidad sin importar si es como tú, de recursos insuficientes, o tú, niño, niña o adolescente, tú, mujer, tú, trabajador, diversidad, pueblo originario,

persona mayor, allegado o cualquier otra manera de ser chileno. No son ventajas porque nunca las has tenido; no es atentar contra la igualdad porque nunca hemos sido iguales.

¿Cumplí con mis promesas de campaña? NO, y estoy tranquilo porque aquí aprendí que no se trata de cumplir alguna promesa personal o implantar a contrapelo lo que yo creo que es la verdad. Se trataba de invitar a una mesa redonda donde todos tiráramos nuestras fichas y el éxito consistía en que el montón quedara al centro, donde nadie ganara, pero donde nadie perdiera, donde nadie se llevara el pozo sino todos. Para que el colectivo decidiera por el bien de todos y todas. Para ello renunciamos a mucho; ganamos y perdimos. Viva la democracia.

A los que no quisieron jugar deberán rendirle cuentas a la historia por buscar, como siempre, patear el tablero cuando están perdiendo.

La derecha nunca quiso asumir que fueron minoría. No supieron serlo y renunciaron, en su profunda arrogancia y terquedad, a influir en el diseño de sociedad que evidentemente estaba primando por mandato popular. Algún día tendrán que responderle a su electorado por una decisión tan torpe y suicida que los volvió absolutamente irrelevantes.

Nosotros no tenemos odio, estamos llenos de una larga esperanza criada atravesando el desierto, con banderas empolvadas, morrales con penas y sacos de sueños oxidados. Doscientos años demoramos en llegar desde la Escuela Santa María hasta este edificio. Somos ruidosos, a veces nos disfrazamos, porque somos chilenos comunes, como ustedes, como todos, miramos la multitud porque sabemos que ahí está nuestro abuelo, nuestra madre y nuestro hijo con una bandera en la mano y ahí volveremos.

Ahora, lo importante. Lean la nueva constitución, huele a flores de primavera, pero nunca olviden que también huele a sangre sobre la que se ha levantado este país doloroso. Honremos lo que hemos perdido, tenemos el DEBER de soñar, como pueblo no tenemos más opción que la esperanza y no tenemos más refugio que la verdad.

Por todo esto, queridos compañeros y compañeras, yo apruebo este 4 de septiembre.

Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores. Muchas gracias.

EPÍLOGO

El 28 de junio nos reunimos como bancada del FA en la famosa sala 3 del excongreso, frente a la máquina expendedora de café y los baños El ambiente no era bueno, rostros cansados.

Si el plebiscito es hoy, lo perdemos dijo Bea

Sabíamos que la contracampaña había calado hondo.

No podemos seguir saliendo solo para defendernos de las mentiras agregó Cony Schönhaut—, estamos jugando en su lado de la cancha, tenemos que desmarcarnos y comenzar a defender los beneficios de la nueva constitución.

Pero no es tan fácil, el texto tiene trescientos ochenta y ocho artículos que pueden significar trescientas ochenta y ocho mentiras o tergiversaciones que no podemos dejar pasar

—Me temo que tendremos que seguir haciéndolo de aquí y hasta el final de la campaña metí la cuchara No hay fuerza más poderosa que la enorme desconfianza que la gente ha desarrollado hacia las instituciones y sus promesas Ha sido un mecanismo de defensa frente a la gran cantidad de veces que la han engañado. Ya no creen.

Esto no es la disputa entre el miedo y la esperanza dijo Bea

—Yo creo que es entre la verdad y la mentira. Entre la confianza y la desconfianza agregué

Fernando Atria era de la idea de que la gente votaría según su tradición política Ignacio Achurra comentó algo sobre reforzar los derechos sociales Christián Viera insinuó que deberíamos esconder a algunos de los

integrantes más beligerantes del grupo. Daniel Stingo nos enrostró un pesimismo que él no compartía.

—En otro tema, en estos momentos se lleva a cabo una reunión de la mesa directiva donde se tocará el tema de la invitación a los expresidentes —dijo Cony—. Yarela está ahí y nos pregunta qué posición tendremos.

Quizá esta fue la última gran polémica de la convención. Inicialmente se dijo que por aforo —seguíamos con criterios de pandemia— no podríamos invitar a todas las autoridades y los expresidentes quedarían fuera hasta nuevo aviso. La verdad es que la mesa se demoró en tomar la decisión y la razón siempre fue el temor a que el sector más radical se mandara un numerito con alguna acción contra Piñera, el principal responsable de las violaciones a los derechos humanos durante el estallido social. La mesa estaba dividida y nadie quería sacar el tema. En ese momento pensábamos que era un nudo sin solución, estábamos seguros de que Elsa Labraña y sus amigos iban a manifestarse y a quebrar la necesaria tranquilidad con que el evento debía desarrollarse. La convención ya estaba suficientemente cuestionada y no soportaría un nuevo desmadre, significaría que en un año no habíamos entendido nada. Por otra parte, si no invitábamos a los expresidentes, sería interpretado como un gustito más de la «soberbia» de la que éramos acusados, una que nos impedía ver la relevancia de las formas en estas cuestiones republicanas que no tenían que ver con colores políticos.

La prensa hizo una fiesta con el tema. Ricardo Lagos envió una carta declinando su asistencia de antemano. La mesa reaccionó atrasada en una reunión extra donde se decidió finalmente invitarlos, pero ya era tarde. Frei se bajó en un comunicado escueto, muy en su línea. Michelle Bachelet hizo saber que no podría asistir y Piñera envió una extensa misiva muy crítica, que nadie pescó mucho pero que cerró el cuadro. Otro autogol muy torpe de una dirección titubeante que pocas veces estuvo a la altura.

La decisión interna estaba clara hace rato: la convención y los convencionales estaban muy desgastados, dañados y de algún modo desprestigiados por un año de dura pelea, aciertos y desaciertos. De modo que lo único que restaba era hacer brillar el texto. Los convencionales no importaban, lo que importaba era la nueva constitución. Necesitábamos desaparecer rápidamente y comenzar a dar a conocer los beneficios en abierta campaña. Como bancada rechazamos la propuesta de la mesa de realizar un acto cultural oficial de cierre, no preparamos ninguna actividad pública como FA, decidimos asistir lo más formalmente vestidos a la ceremonia y no figurar. Declinamos la invitación que comenzó a circular desde la izquierda más dura, para realizar un acto conjunto de cierre el sábado 3 y nos dedicamos a esperar, cruzando los dedos para que nadie se mandara un numerito, incluidos nosotros.

El domingo 3 de julio me junté a almorzar con mi hijo de quince años. Conversamos hasta por los codos de los temas que más nos fascinan y que compartimos. En la noche me acosté y vi los últimos capítulos de la serie *For All Mankind*, una ucronía delirante sobre el destino de la carrera espacial si la Unión Soviética hubiese llegado primero a la Luna. Esa noche no me costó dormir, el cansancio todo lo puede. Desperté a la hora que correspondía, me duché, me vestí y me miré al espejo. «Estoy más viejo», murmuré. Mientras me lavaba los dientes pensaba en qué decir si me entrevistaban los medios. «Es importante reforzar que nosotros no importamos, que la gente lea la nueva constitución y se olvide de nosotros», me repetía. Era otro departamento el que miraba mientras me tomaba un té y comía pan tostado con mantequilla. Me puse un sombrero de paño negro que me había comprado cerca del excongreso y salí al 4 de julio de 2022.

Con mi jefa de equipo decidimos irnos caminando. Ella no sabía si se había abrigado lo suficiente porque la mañana estaba despejada y muy fría.

La conversación partió recordando cuánto había cambiado todo desde el 4 de julio pasado y cuánto había cambiado el mundo en el último tiempo, mientras caminábamos por el parque Forestal. El proceso constituyente, desde octubre de 2019 y bajo el gobierno de Piñera, había atravesado una pandemia y una crisis humanitaria de migrantes en el norte, la agudización de la violencia en la Araucanía y la aparición de carteles internacionales del narcotráfico en nuestras poblaciones. Vivió una extraña seguidilla de eventos que pusieron en riesgo el concepto mismo de democracia en Chile y el exterior. Estados Unidos abandonó Afganistán y vimos con horror lo que aquello significó para los derechos de las mujeres, que debieron escapar como refugiadas, mientras otras fueron ajusticiadas en plena calle, como mostraron los videos que recorrieron el mundo. Sufrimos la ultraderecha de Trump, Bolsonaro y Boris Johnson, al que vimos dejar su mandato hace pocos días en medio de escándalos de acoso sexual y fiestas en pandemia, bestias que han dejado en bancarrota moral a la democracia mundial. Vimos la irrupción de una guerra entre Rusia y Ucrania. Estamos ahora mismo sufriendo el descalabro económico mundial a raíz de esa guerra y los efectos de la pandemia. La inflación mundial que hace que nuestro pueblo esté teniendo que decidir frente a los anaqueles de los supermercados qué comprar y qué no, asfixiados por deudas y carencias en medio de la inestabilidad laboral que produjo la suma del estallido social, el confinamiento por COVID y los efectos internacionales de las convulsiones de un mundo sumido en la confusión. Nos enteramos de que en el Estado de Florida en Estados Unidos se prohibió en las escuelas hablar de orientación sexual, retrotrayendo a la comunidad gay de nuevo hacia la invisibilización de la que había logrado salir. El 25 de junio, a una semana de terminar la convención, la Corte Suprema norteamericana revocó la protección constitucional al derecho al aborto tras cincuenta años de su promulgación.

Esa mañana comentábamos que la convención parecía ir a contrapelo del mundo. La amenaza del fascismo parecía servida, el retroceso de los derechos civiles también, y nosotros acá consagrándolos por primera vez en nuestra historia. Quizá en el momento más inoportuno, con un país sumido en la desorientación y las carencias.

El Museo de Bellas Artes estaba cerrado por huelga, a nadie le preocupa la cultura y nosotros consagrándola, me digo. El plan era juntarse como bancada frente al museo y desde ahí caminar hasta el edificio del excongreso, donde la ceremonia comenzaría a las 10 en punto.

Nos fuimos caminando en una minimarcha donde las selfies y los abrazos reinaban. Llegamos al primer cierre policial y amablemente nos dejaron pasar. «Buenos días, señor convencional», me saludó un carabinero, pero esta vez no me asusté. Las entradas estaban expeditas, di mi declaración a TVN pero me cortaron para darle paso a la abogada que comentaría el aspecto técnico de la ceremonia, se trataba de Marisol Peña, discípula de Jaime Guzmán y defensora enconada de la constitución del 80. «Giorgio, por la chucha, qué pasa con TVN», pienso mientras cruzo los espacios que me separan del salón de honor. Me despedí de Paulina y de mi querida Edita. Entré al salón y me senté donde me indicaron.

No hay mucho más que contar que lo que todos vieron en la televisión ese día: una ceremonia sobria, donde Gaspar Domínguez opacó a todos con un discurso muy inteligente, donde dijo lo que había que decir sin estridencias y con respeto. Lo hizo con traje y corbata, como recibiendo el mensaje de una ciudadanía a la que no le había gustado la informalidad rampante en un país donde a la institucionalidad se le respeta. Los niños de la orquesta juvenil al final tocaron el himno después de un año desde su interrupción y algo se pudo cerrar en nuestras preocupaciones. Las notas las dieron los integrantes de la bancada del rechazo: encabezados por Marcela

Cubillos, Eduardo Cretton y Arturo Zúñiga, pifiaron el ingreso de la ministra de Defensa, hicieron ruidos cuando algo no les pareció, aplaudieron desaforadamente cuando alguien mencionó en sus palabras que la convención se terminaba; se burlaron abiertamente cuando Valentín Trujillo, en un gesto personal, quiso interpretar el himno nacional en piano por segunda vez luego de las palabras del presidente Boric.

Recibimos un ejemplar de la nueva constitución y nos pedimos las firmas entre convencionales, como recuerdo.

Fue tranquilo, fome y republicano. Fue un éxito.

La salida fue fácil. La verdad no me emocioné en ningún momento, el trabajo ya estaba hecho y entregado. Me despedí de mis compañeros del Colectivo Socialista, creo que no de Pedro Muñoz ni de Ricardo Montero. A la salida di entrevistas para Mega, Chilevisión, TVN, radios varias y algunos medios independientes. Le pedí a Paulina y Edita que saliéramos de ahí a tomar un café y comer algo. Nos sentamos en el Good Café del Espacio M —donde Rojas Vade dio la famosa entrevista al diario *La Tercera* que lo desenmascaró—, conversamos alegremente mientras mirábamos el ejemplar de la nueva constitución que nos habían regalado. De nuevo era el ciudadano Jorge Baradit, a secas. Entré a mi cuenta de Twitter y borré de la bio la frase «miembro de la convención constitucional de la República» y dejé la palabra «escritor».

La mezcla de emociones comenzaba a aflorar y era enorme: alivio, preocupación, temor, satisfacción, alegría, ganas, cansancio, fuerza, incertidumbre.

¿Cuánto tiempo pasará antes de poder medir lo que hicimos y dejamos de hacer?

¿Cuánto de lo que queríamos lo logramos y cuánto no?

Soñamos como locos, trabajamos como locos.

¿Tuvimos apoyo? Poco, estuvimos bastante solos. Los estudiantes universitarios, por ejemplo, tan presentes en otras luchas, inexplicablemente brillaron por su ausencia. Era natural que fuésemos un foco para las exigencias, pero nos habría gustado un poco más de apoyo de gremios y de la población. También esperé mucho más del nuevo gobierno. Pero, salvo la señora Erica y dos o tres «mamás de la convención» que se instalaban afuera con un puestito a repartir volantes y hacernos barra cada jueves, la verdad es que estuvimos bastante solos.

¿Qué quedará de todo esto demencial que abrazamos con todas nuestras fuerzas?

¿Cómo se hablará de este proceso en veinte años más?

¿Tendremos alguna vez una visión de consenso acerca de lo que acababa de terminar?

Es importante que contemos y celebremos los enormes logros del proceso constituyente que, ajeno al resultado, son logros en sí.

Aprobamos como pueblo darnos una nueva constitución por una enorme mayoría, los ciudadanos constituyentes logramos levantar una convención constitucional desde cero, logramos que fuera la primera convención paritaria de la historia mundial, logramos realizarla sin el congreso, logramos realizarla con pueblos originarios, independientes y movimientos sociales, logramos que fuera extraordinariamente diversa y representativa de todo el país y sus diferentes clases, oficios, culturas y procedencias; elegimos a una mujer mapuche, de origen popular y de regiones para dirigirla, reglamentamos para que todo en la convención fuera paritario, descentralizado y con espacios para todos y todas las diversidades, logramos llegar a acuerdos y aprobar los trescientos ochenta y ocho artículos con un promedio de 75 por ciento, logramos entregarla en el plazo fijado por la ley, a pesar de la incredulidad de muchos.

Voy a estar siempre orgulloso de haber pertenecido a este grupo de 154 chilenos, que nos hicimos pedazos para cumplir con el honor recibido de representar a nuestro pueblo. Pero no me gusta lo que están haciendo con él, por estos días.

Hoy me produce profunda tristeza ver el proceso constituyente convertido por la prensa en un pozo de mentiras y calumnias diarias contra sus integrantes. Tampoco me gusta verlo convertido por la televisión en un reality, en un show de concursos donde alguien pierde o gana en medio de luces, aplausos grabados y fanfarrias tipo *Sábados Gigantes*; o programas de alcantarilla donde la discusión es arrastrada a un pantano de malabarismo retórico a grito pelado, estilo show futbolero. Cuando pienso que ellos mismos nos trataban de circo, verlos ahora levantar una carpa de colores en sus sets y armar circos, pero romanos, con gráficas de Mortal Kombat para matar convencionales, me da un poco de asco. Ahí estuvo siempre el verdadero circo.

Porque, cuando pienso en quiénes eran aquellos por los que alguna gente denominó «circo» a esta constitución, no veo a más de diez personas sobre las que recayeron los actos más destacados por la prensa.

Los protagonistas del griterío de la inauguración,
el discurso guitarreado,
el discurso a torso desnudo,
al acto pachamámico,
los dos convencionales disfrazados,
las normas dementes,
los talismanes,
el voto desde la ducha,

y solo un par más, durante un año laboral que entregó 8.760 horas de

trabajo, 581.285 votaciones en el pleno, trabajando bajo el microscopio de manera obsesiva por el escrutinio público.

¿Qué hacían el resto de los convencionales durante estos pocos eventos circenses? Trabajar, trabajar y trabajar en silencio.

No me malentiendan. ¿Trabajó el constituyente del discurso con chistes y guitarreo? Sí, se sacó la cresta y es injusto etiquetarlo como si fuera lo único que hizo durante un año. ¿La cagó con sus performances? La cagó en grande. ¿Fue entendiendo a lo largo del camino el daño que le hacía la falta de protocolo al proceso? No mucho. Fue el mismo del voto en la ducha y de otras bromas en el hemiciclo. Me cae muy bien, pero esto no era un curso de cuarto medio.

Elsa Labraña fue la que gritoneó a Carmen Gloria Valladares el día de la inauguración, la que hizo callar a gritos a la orquesta de niños cuando interpretaban el himno, la que declaró a la prensa haber escondido amuletos por todas las dependencias del edificio, la que presentó y apoyó la mayoría de las propuestas más radicales y descabelladas, la que resultó ultrona incluso para la Coordinadora Plurinacional; la que organizó los sahumerios de señoras ñuñoínas que se paseaban con sus potes de incienso por los jardines, que gracias a que es antivacunas tuvimos esos problemas de aforo al interior del salón de honor, quien hizo uno de los discursos de cierre más incendiarios; un personaje tan controversial que muchos llegaron a pensar que se trataba de una infiltrada del rechazo, la que declaró haber estado dispuesta a funar a los expresidentes cuando estos se presentaran a la ceremonia de cierre. Los restantes ciento cuarenta convencionales, menos ruidosos, menos performáticos, no le importaron a la TV porque no eran show y no le importaron a la prensa escrita porque no dañaban la imagen de la convención.

Los exuberantes, los ruidosos y los delirantes coparon los titulares y le

hicieron un enorme daño a la convención, pero no tuvieron casi ninguna relevancia en el resultado del texto final.

Nos duele ver a un pueblo con temor a perder lo poco que tiene, asustado por las amenazas de los poderosos que quieren mantener sus privilegios a costa de llenarles de terror los corazones:

«Te van a quitar tu casa, tus ahorros, tu pensión», les mienten quienes en realidad tienen temor de ver disminuidos sus propios negocios multimillonarios.

La gente quiere transformaciones, pero cuando estamos al borde de realizarlas, históricamente se pregunta «pero ¿me va a afectar de algún modo?». No siempre entiende que para hacer transformaciones... hay que hacer transformaciones. Somos un país telúrico, con horror a que se nos mueva el piso y los entiendo, tenemos tan poco.

Nuestra medalla es que después de tres cambios de constitución realizados por la élite, fusil en mano a lo largo de nuestra historia, este último cambio el pueblo de Chile eligió hacerlo de manera institucional y pacífica.

Después del 4 de julio, de día participo en asambleas por el apruebo y quedo lleno de esperanza. De noche me ataca el miedo. ¿Qué nos hizo pensar que usando un método democrático íbamos a quitarle el poder a los dueños del país, sin que estos hicieran hasta lo indecible por retenerlo?

He conocido desde chico a esos viejos luchadores con el corazón quebrado por el golpe militar. Me da pánico pertenecer a otra generación así, chilenos viviendo con el corazón roto por otra utopía perdida en la puerta del horno.

Estamos muy cansados, agotados, pero seguimos yendo a reuniones para promover la articulación de la sociedad por los cambios que trae este nuevo texto, del que estoy profundamente orgulloso. Del que creo que contiene

todos los puntos sobre los que se equilibra el Chile del futuro, pase lo que pase después con él.

¿Qué concluyo de la constituyente? Que la política no es una industria limpia, pero que puede producir cosas maravillosas. El problema es cuando esa industria sucia... solo produce suciedad. Eso ocurre cuando el interés se interpone ante el deber, a veces sin darte cuenta, a veces conscientemente. Cuando haces lo conveniente en vez de lo correcto. Aprendí que un político que no esté enamorado de su pueblo no puede liderarlo, y si está enamorado de sí mismo no puede estar en política. Enamorado de su pueblo porque solo así se vuelven uno, sin desconfianzas, sin intereses, fundido en uno solo, velando desinteresadamente el uno por el otro, dispuesto a morir el uno por el otro. Aprendí que la única manera es colectiva. La obsesión por los logros personales puede desbarrancarlo todo. El personalismo es un cáncer. De hecho, salgo con mucha menos fe en las personas, pero completamente enamorado de la democracia.

¿Qué va a pasar? No lo sabemos, es incierto.

Pero lo dimos todo. Nadie podrá decir otra cosa.

AGRADECIMIENTOS

A Paulina Rojas, por su amor, capacidad de trabajo, gestión y compromiso fuera de este mundo

A mi hijo, Gabriel, por entender mi ausencia, por quererme y ser una persona maravillosa

A mi mamá, Elizabeth. A mi hermana, Marcela. A toda mi familia, que sufrió mucho con la violencia de este proceso y nunca dejó de respaldarme

A Giovanna Roa, Beatriz Sánchez, Cristián Ramírez, Alejandra Toledo, María José Oyarzún, Cristián Letelier, Clara Martner y Enza Alvarado Mi familia en la convención.

A Edita Cortés, por su vida maravillosa y al comité asesor de personas mayores que me acompañó durante todo el proceso. Gracias por ese cumpleaños

A los trabajadores de la convención constitucional, los secretarios —en especial a Mario Rebolledo , a los técnicos que tantas veces debieron trabajar más allá de su deber para que todo pudiese funcionar, a los funcionarios del excongreso en particular a Juan Veglia , a los empleados que mantenían todo limpio, ordenado, el jardín bello y las salas listas, a los carabineros que nos custodiaron y nos recibían respetuosamente cada mañana.

A mis 154 compañeros convencionales constituyentes y a sus sacrificados asesores —en especial a los míos: Ramón Badillo, Egidio

Pérez y Juan Peña—, con los que nos unían y separaban infinidad de cosas, pero que estoy seguro estaban en el proceso buscando un mejor país para todos y todas. Al Colectivo Socialista que me recibió y al Frente Amplio+, grupo de tremendas y admirables compañeras y compañeros que me acogieron y me sostuvieron hasta hoy.

A las miles de personas del distrito 10 que creyeron que podía representar sus sueños en la convención, a quienes llegaron a plazas y recintos bajo el sol del verano, el frío o la lluvia helada.

A todo el país, que creyó que este proceso era la vía para lograr ese mundo con el que soñamos hace demasiado tiempo.

Edición en formato digital: septiembre de 2022

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 9789562626460

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.megustaleer.cl